



TROTSKY, por G. Anandov.

**OBRAS ESCOGIDAS**

*L. Trotsky*

*La revolución  
estrangulada*  
**León Trotsky**

Edicions internacionals Sedov



## Edicions Internacionals Sedov

Edicions internacionals Sedov


[germinal\\_1917@yahoo.es](mailto:germinal_1917@yahoo.es)

Valencia, septiembre de 2020

En 1974 Rodolfo Alonso Editor, de Buenos Aires, publicó como libro estos materiales de Trotsky que forman parte del apéndice a la versión en francés de *La revolución permanente* como anexo desde su primera edición (bajo control de Trotsky) en 1932.

El editor argentino no incluía la justificación de Trotsky a la inclusión de tal anexo; nosotros sí la incluimos, siendo esta la única diferencia con aquella edición, al margen de la fuente de los materiales, todos ellos tomados de nuestra segunda edición a *La revolución permanente* en estas mismas **Obras Escogidas de León Trotsky en español**.

**Índice**

<i>Nota de Trotsky a la primera edición en francés</i> .....	4
<i>La revolución estrangulada</i> .....	5
<i>Sobre la revolución estrangulada y sus estranguladores. Respuesta al señor André Malraux</i> .....	11
<i>La revolución española y la táctica de los comunistas</i> .....	15
<i>I La vieja España</i> .....	15
<i>II El ejército español y la política</i> .....	17
<i>III El proletariado español y la nueva revolución</i> .....	18
<i>IV El programa de la revolución</i> .....	21
<i>V Comunismo, anarcosindicalismo, socialdemocracia</i> .....	24
<i>VI Junta revolucionaria y partido</i> .....	26
<i>La revolución española y sus peligros</i> .....	29
<i>¿Cómo actuar ante las cortes?</i> .....	30
<i>El cretinismo parlamentario de los reformistas y el cretinismo antiparlamentario de los anarquistas</i> .....	31
<i>¿Cuál será el carácter de la revolución en España?</i> .....	33
<i>El problema de la revolución permanente</i> .....	35
<i>¿Qué es la “transformación” de la revolución?</i> .....	35
<i>Dos variantes: el oportunismo y el aventurismo</i> .....	36
<i>Las perspectivas de las “jornadas de julio”</i> .....	37

<i>La lucha por las masas y las juntas obreras</i> .....	39
<i>La cuestión de los ritmos de la revolución española</i> .....	40
<i>¡Por la unidad de las filas comunistas!</i> .....	42
<i>La revolución española al día. Cartas dirigidas al Secretariado Internacional</i> .....	43
<i>y a los camaradas de la sección española</i> .....	43
<b>25 de mayo de 1930</b> .....	43
<b>21 de noviembre de 1930</b> .....	43
<b>12 de diciembre de 1930</b> .....	44
<b>19 de enero de 1931</b> .....	44
<b>31 de enero de 1931</b> .....	44
<b>5 de febrero de 1931</b> .....	45
<b>13 de febrero de 1931</b> .....	45
<b>15 de febrero de 1931</b> .....	45
<b>13 de marzo de 1931</b> .....	47
<b>14 de abril de 1931</b> .....	48
<b>20 de abril de 1931</b> .....	49
<b>23 de abril de 1931</b> .....	49
<b>17 de mayo de 1931</b> .....	50
<b>20 de mayo de 1931</b> .....	50
<b>31 de mayo de 1931</b> .....	51
<b>18 de junio de 1931</b> .....	51
<b>24 de junio de 1931</b> .....	53
<b>29 de junio de 1931</b> .....	56
<b>1 de julio de 1931</b> .....	56
<b>2 de julio de 1931</b> .....	59

### *Nota de Trotsky a la primera edición en francés<sup>1</sup>*

La composición de este libro, complejo e imperfecto en su arquitectura, es la imagen misma de las circunstancias en las que nació: el autor intentaba hacer evidente una determinada concepción de la dialéctica propia del proceso revolucionario y en el curso de este intento completó su obra. Cualquiera que esté interesado sólo en los aspectos dramáticos de una revolución hará mejor en hacer este libro a un lado. Pero quien vea la revolución como algo más que un espectáculo grandioso, quien la considere como una crisis social objetivamente determinada, regida por sus leyes internas, encontrará quizás algún beneficio en la lectura de las páginas que le presentamos.

En el momento de publicar este libro en francés, me resigno de antemano a ser acusado de dogmatismo, casuística, predilección por la exégesis de textos antiguos y, sobre todo, de cierta falta de “claridad”. Desgraciadamente, en la aversión que se siente por la dialéctica materialista, una aversión tan habitual en los círculos franceses de “izquierda”, incluyendo, por supuesto, las filas socialistas, sólo se expresa una cierta forma de pensamiento oficial, un espíritu conservador que hunde profundas raíces en la historia de la burguesía francesa. Pero no dudemos de que la dialéctica del proceso histórico superará a los hábitos ideológicos de esta burguesía, así como de que prevalecerá sobre la propia burguesía. Y el idioma francés, tan bello, tan completo en sus formas, cuya cortesía le debe algo a un instrumento tan afilado como la guillotina, se precipitará de nuevo, por efecto de la dialéctica histórica, en un profundo crisol para someterse a una refundición a alta temperatura. Sin perder su perfecta lógica, adquirirá una mayor maleabilidad. La revolución dialéctica del lenguaje sólo expresará una nueva revolución en el campo de las ideas, que no se puede disociar de una revolución en el campo de las cosas.

Una parte considerable de este libro está dedicada a Rusia, a las luchas ideológicas que han sido y están siendo entabladas entre los revolucionarios. Los acontecimientos han dado a estos debates una importancia internacional. Así, y sólo así, se justifica la publicación en francés de esta obra de teoría y polémica.

En el apéndice ofrecemos algunos textos, dos de los cuales se refieren a una novela escrita por un francés sobre la revolución china, y otros tres relativos a la revolución española que se desarrolla ante nuestros ojos. Cualesquiera que sean las diferencias entre los países y períodos considerados, un mismo tema (la revolución permanente) da unidad a un libro cuyos defectos evidentes aparecen más claramente al autor que a cualquier otra persona.

El lector que permanezca indeciso ante tal o cual capítulo de polémica o ante una digresión, sobrecargado de referencias a los textos, en el pasado histórico del marxismo ruso, y que con toda legitimidad se pregunte para qué puede servir esto, hará bien en interrumpir su lectura e ir directamente a las páginas finales que tratan de China y España. Entonces quizás ciertos capítulos que a primera vista le habrían parecido “doctrinarios” y “casuistas” le parezcan menos detestables. Al menos eso es en lo que el autor quisiera confiar.

---

<sup>1</sup> Versión al castellano desde L. Trotsky, *La révolution permanente*, Gallimard, París, 1964, páginas 29-30.

## *La revolución estrangulada*

Lamentablemente, he leído con dieciocho meses o dos años de atraso *Los Conquistadores*. Es un libro dedicado a la revolución china, es decir, al tema más importante de estos últimos cinco años. Un estilo conciso y bien elaborado, el ojo agudo de un artista, la observación original y audaz, todo confiere a esta novela una importancia excepcional. Me ocupo de ella en estas páginas, no sólo porque el talento de su autor se manifiesta plenamente (hecho nada despreciable, por cierto), sino porque la obra es fuente de valiosas enseñanzas políticas. ¿Proviene de Malraux? No, se desprenden de la misma novela sin que el mismo autor se percate de ello, y son un testimonio en contra de él, lo que honra al observador y al artista, pero no al revolucionario. Sin embargo, tenemos el derecho de juzgar a Malraux también desde este punto de vista: con su propio nombre y, especialmente, con el de Garin, su otro yo, el autor no escatima juicios sobre la revolución.

El libro se intitula novela. En efecto, estamos ante la crónica novelada de la revolución china en su primer período, el de Cantón. No es una crónica completa. Por momentos, le falta el vigor social. Por lo contrario, pasan frente al lector no sólo brillantes episodios de la revolución, sino también siluetas netamente recortadas que se graban en la memoria como símbolos sociales.

Con pequeños toques de color, característicos de una técnica puntillista, Malraux presenta un cuadro inolvidable de la huelga general, no con la perspectiva de los que la hicieron, sino de los que la percibieron desde arriba: los europeos no tienen su almuerzo y se mueren de calor (los chinos han dejado de trabajar en las cocinas y de hacer funcionar los ventiladores). Esto no es un reproche a la habilidad del autor: un artista extranjero no hubiera podido, sin duda, tratar el tema de otro modo. Pero se le puede hacer otra crítica, que, esa sí es importante: falta al libro la afinidad natural entre el escritor, a pesar de todo lo que él sabe y comprende, y su heroína, la revolución.

La simpatía, activa por supuesto, del autor por la China revolucionaria es indudable. Pero está corroída por exceso de individualismo y de capricho estético. Al leer el libro atentamente, se experimenta, por momentos, un sentimiento de despecho cuando, a través del tono del relato, se percibe un matiz de ironía protectora con respecto a los bárbaros capaces de entusiasmarse. Nadie exige que se silencie que China está atrasada o que algunas de sus manifestaciones políticas tienen un carácter primitivo. Pero es necesaria una perspectiva justa que ponga todas las cosas en su lugar. Los acontecimientos de la historia china, sobre cuyo fondo se desarrolla la “novela” de Malraux son incomparablemente más importantes para la historia de la cultura humana que el barullo hueco y lastimoso de los parlamentos europeos y que las montañas de productos literarios de las civilizaciones estancadas. Malraux parece un poco indeciso para darse cuenta de ello.

Hay en la novela páginas hermosas por su intensidad que muestran cómo el odio revolucionario nace del sojuzgamiento, de la ignorancia, de la esclavitud y se temple como el acero. Estas páginas podrían integrar la *Antología de la Revolución*, si Malraux hubiera tratado a las masas populares con mayor libertad y audacia y si no hubiera introducido en su obra un matiz de aburrida superioridad, cuando se excusa, ante sí mismo y ante los burócratas académicos de Francia y ante los traficantes del opio para el espíritu, de su pasajera unión con la insurrección del pueblo chino.

Borodin representa la Internacional Comunista y ocupa el cargo de consejero del gobierno de Cantón. Garin, el predilecto del autor, está encargado de la propaganda. Todo el trabajo se lleva a cabo dentro de los límites del Kuomintang. Borodin, Garin, el “general” ruso Gallen, el francés Gérard, el alemán Klein se olvidan del pueblo sublevado y hacen su propia política revolucionaria en vez de orientar la política de la revolución; así forman una original burocracia revolucionaria.

Las organizaciones locales del Kuomintang están definidas del siguiente modo: “La reunión de algunos pocos fanáticos evidentemente valientes, de algunos ricachones que buscan consideración o seguridad, de muchos estudiantes, de *coolis*...” Los burgueses no sólo forman parte de cada organización, sino que dirigen totalmente el partido. Los comunistas dependen del Kuomintang. Se persuade a los obreros y a los campesinos de que no cometan ningún acto hostil para los amigos de extracción burguesa. “Así son estas sociedades que nosotros controlamos (no del todo, por otra parte, no os equivoquéis)”. Confesión edificante. La burocracia de la Internacional Comunista trata de “controlar” la lucha de clases en China, de la misma manera que la internacional bancaria controla la vida económica de los países atrasados. Pero a una revolución no se le pueden hacer imposiciones. Solamente es posible dar una expresión política a sus fuerzas internas. Cada hombre debe saber a cuál de estas fuerzas ligará su destino.

Los *coolis* están descubriendo que existen, nada más que eso, que existen. Están bien orientados. Pero, para darse cuenta de que existen, los *coolis*, los obreros, y los campesinos tienen que derribar a aquellos que les imposibilitan la existencia. La dominación extranjera está indisolublemente ligada al sojuzgamiento interior. Los *coolis* no sólo tienen que echar a Baldwin o Macdonald, sino derrocar, además, a la clase dirigente. Ambas acciones se complementan. De este modo, entre las masas de China, diez veces más numerosas que la población francesa, la personalidad humana despierta, apoyándose inmediatamente en la lava de la revolución social. Grandioso espectáculo.

Pero he aquí que Borodin entra en escena y dice: “En esta revolución, los obreros deben hacer para la burguesía el trabajo de los *coolis*”<sup>2</sup>. El proletario encuentra transpuesto hacia la esfera de la política, el sojuzgamiento social del cual quiere liberarse. ¿Quién es el responsable de esta operación pérfida? La burocracia de la Internacional Comunista... Tratando de “controlar” el Kuomintang, ayuda, en efecto, al burgués que busca “consideración y seguridad” para sojuzgar a los *coolis* que quieren existir.

Borodin, que durante todo el tiempo permanece en un segundo plano, se caracteriza en la novela como un “hombre de acción”, como un “revolucionario profesional” como una viva encarnación del bolchevismo en el territorio de China. ¡No hay nada tan inexacto! Veamos la biografía política de Borodin: en 1903, a los diecinueve años, emigra hacia América; en 1918 vuelve a Moscú donde, por sus conocimientos del inglés, “procura el enlace con los partidos extranjeros”; en 1922 es detenido en Glasgow; después es enviado a China como representante de la Internacional Comunista. Habiendo dejado Rusia antes de la primera revolución y vuelto a ella *después* de la tercera, Borodin aparece como un perfecto representante de esta burocracia del estado y del partido que reconoció la revolución después de su victoria. Cuando se trata de los jóvenes a veces no es más que una cuestión de cronología. Con respecto a los hombres de cuarenta a cincuenta años, ya es una característica política. Que Borodin se haya adherido brillantemente a la revolución triunfante en Rusia, no significa de ninguna manera que haya sido llamado para asegurar la victoria de la revolución en China. Esta clase de hombres asimila sin esfuerzo los gestos y las entonaciones de los “revolucionarios profesionales”. Gracias a su disfraz, muchos de ellos no sólo confunden a los otros, sino

---

<sup>2</sup> Cfr. Carta de Chen Du-siu, *La lucha de clases*, números 25-26, p. 676.

que se engañan a sí mismos. Muy a menudo, la inflexible audacia del bolchevique se metamorfosea en ellos en ese cinismo del funcionario dispuesto a todo. ¡Ah!, ¡tener unos poderes del comité central! Esta salvaguardia sacrosanta que Borodin tenía siempre en su bolsillo.

Garin no es un funcionario, es más original que Borodin y quizás esté más cerca del tipo del revolucionario. Pero carece de la formación indispensable: como es un diletante y una primera figura circunstancial, se pierde desesperadamente en medio de los grandes acontecimientos y esto se evidencia a cada instante. Con respecto a las consignas de la revolución china, él se manifiesta de la siguiente manera: "... verborragia democrática, derechos del pueblo, etc." (cf. P. 36). Esto tiene un sello radical, pero es un falso radicalismo. Las consignas de la democracia son una charlatanería execrable en boca de Poincaré, Herriot, León Blum, escamoteadores de Francia y carceleros de Indochina, Argelia y Marruecos. Pero cuando los chinos se sublevaron en nombre de los "derechos del pueblo", esto se parece a la charlatanería tan poco como se parecían las consignas de la revolución francesa del siglo XVIII. En Hong-Kong, durante el tiempo de la huelga, los saqueadores británicos amenazaban con restablecer los castigos corporales. "Los derechos del hombre y del ciudadano", esto significaba en Hong-Kong para los chinos el derecho de no ser castigados por el látigo británico. Se sirve a la revolución revelando la podredumbre democrática de los imperialistas; en cambio, llamando charlatanería a consignas de la insurrección de los oprimidos, se ayuda involuntariamente a los imperialistas.

Una buena inyección de marxismo hubiera podido preservar al autor de los fatales errores de este tipo. Pero Garin piensa, en general, que la doctrina revolucionaria es un "fárrago doctrinal". Es uno de esos para quienes la revolución es simplemente un "estado de cosas determinado". ¿No es sorprendente? Pero justamente, como la revolución es un "estado de cosas" (es decir, un estadio del desarrollo de la sociedad condicionado por causas objetivas y sometido a leyes determinadas) un espíritu científico puede prever la dirección general del proceso. Solamente el estudio de la anatomía de la sociedad y de su fisiología permite reaccionar sobre la marcha de los acontecimientos, basándose en previsiones científicas y no en conjeturas de diletante. El revolucionario que "desprecia" la doctrina revolucionaria vale tanto como el curandero que no valora la por él ignorada doctrina médica o como el ingeniero que recusa la tecnología. Los hombres que, sin la ayuda de la ciencia, tratan de rectificar este "estado de cosas" que se llama enfermedad, reciben el nombre de hechiceros o charlatanes y, según las leyes, son perseguidos. Si hubiera existido un tribunal para juzgar a los hechiceros de la revolución, es probable que Borodin, como sus inspiradores moscovitas, habría sido condenado severamente. Temo que el mismo Garin no habría salido indemne de este asunto.

Dos figuras se contraponen en la novela, como los dos polos de la revolución nacional: el viejo Tcheng-Daï, autoridad espiritual del ala derecha del Kuomintang (el profeta y el santo de la burguesía), y Hong, jefe juvenil de los terroristas. Los dos están representados con una fuerza muy grande. Tcheng-Daï encarna la vieja cultura china traducida a la lengua de la cultura europea; bajo este ropaje refinado, "ennoblece" los intereses de todas las clases dirigentes de China. En verdad, Tcheng-Daï quiere la liberación nacional, pero teme más a las masas que a los imperialistas; odia más a la revolución que al yugo puesto sobre la nación. Avanza en la vanguardia de la revolución solamente para apaciguarla, domarla, agotarla. Dirige la política de la resistencia en dos frentes, contra el imperialismo y contra la revolución, la política de Gandhi en la India, la política que en períodos determinados y con diferentes formas la burguesía dirigió en todas las latitudes y en todas las longitudes. La resistencia pasiva nace de la tendencia de la burguesía a canalizar y confiscar los movimientos de masas.

Cuando Garin dice que la influencia de Tcheng-Daï va más allá de la política, lo único posible es encogerse de hombros. La política enmascarada del “justo”, en China como en la India, expresa, bajo forma sublime y abstractamente moralizante, los intereses conservadores de las clases pudientes. El desinterés personal de Tcheng-Daï no se encuentra de ninguna manera en oposición con su función política: los explotadores necesitan a los “justos” como la jerarquía eclesiástica necesita a los santos. ¿Qué pesa alrededor de Tcheng-Daï? La novela responde con una precisión meritoria: un mundo “de viejos funcionarios, contrabandistas de opio o fotógrafos, de literatos transformados en vendedores de velocípedos, de abogados provenientes de la facultad de París, de todo tipo de intelectuales” (cf. p. 125). Detrás de ellos permanece, ligada a Inglaterra, una sólida burguesía que arma al general Tang contra la revolución. Mientras espera la victoria, Tang se prepara para convertir a Tcheng-Daï en el jefe del gobierno. Sin embargo, los dos, Tcheng-Daï y Tang, continúan siendo miembros del Kuomintang, al que sirven Borodin y Garin.

Cuando Tang ordena que sus ejércitos ataquen la ciudad y cuando se dispone a degollar a los revolucionarios, empezando por Borodin y Garin, sus camaradas de partido, entonces, estos últimos, con la ayuda de Hong, movilizan y arman a los desocupados. Pero, después de obtener la victoria sobre Tang, los jefes tratan de no cambiar nada de lo que existía antes. No pueden romper su pacto con Tcheng-Daï porque no tienen confianza en los obreros, los *coolis*, las masas revolucionarias. Ellos mismos están contaminados por los prejuicios de Tcheng-Daï y son el arma que él debe elegir.

Para no desairar a la burguesía, deben luchar contra Hong. ¿Quién es y de dónde proviene? (“de la miseria”, cf. p. 41). Es uno de esos que hacen la revolución y no de esos que se adhieren a ella cuando ha triunfado. Después de haber llegado a la conclusión de que hay que matar al gobernador inglés de Hong-Kong, Hong se preocupa por una sola cosa: “Cuando yo sea condenado a la pena capital, habrá que decir a los jóvenes que me imiten” (cf. p. 40). A Hong hay que darle un programa claro: levantar a los obreros, unirlos, armarlos y oponerlos contra Tcheng-Daï, como a un enemigo. Pero la burocracia de la Internacional Comunista busca la amistad con Tcheng-Daï, rechaza a Hong y lo exaspera. Hong mata banqueros y comerciantes, los mismos que “sostienen el Kuomintang”. Hong mata misioneros: “... Los que enseñan a los hombres a soportar la miseria deben ser castigados, ya sean sacerdotes católicos o de otras religiones...” (cf. p. 174). Hong no encuentra su verdadero camino, por culpa de Borodin y de Garin que han ubicado la revolución a remolque de los banqueros y comerciantes. Hong refleja la masa que ya se despierta pero que aún no se ha frotado los ojos ni se ha desentumecido las manos. Con el revólver y el puñal, intenta actuar a favor de la masa, a la que paralizan los agentes de la Internacional Comunista. Así es, sin afeites, la verdad sobre la revolución china.

Sin embargo, el gobierno de Cantón “oscila, tratando de no caer, de Garin y Borodin, que dominan la policía y los sindicatos, a Tcheng-Daï, que no domina nada pero que existe de todos modos” (cf. p. 72). Tenemos un cuadro casi completo del duunvirato. Los representantes de la Internacional Comunista cuentan con los sindicatos obreros de Cantón, la policía, la escuela de cadetes de Wampoa, la simpatía de las masas, la ayuda de la Unión Soviética. Tcheng-Daï tiene una “autoridad moral”, es decir, el prestigio entre los potentados mortalmente enloquecidos. Los amigos de Tcheng-Daï se apoyan en un gobierno impotente, sostenido por la benevolencia de los conciliadores. Pero, ¿acaso no fue así el régimen de la revolución de febrero, el sistema de Kerensky y de su banda, con la única diferencia de que el papel de los mencheviques está representado por pseudo bolcheviques! Borodin no duda porque está caracterizado como bolchevique y toma en serio su maquillaje.



La idea capital de Garin y Borodin es prohibir la escala en Hong-Kong a los barcos chinos y extranjeros que se dirigen hacia el puerto de Cantón. Estos hombres, que se consideran revolucionarios realistas, esperan, por medio del bloqueo comercial, romper la dominación inglesa en China meridional. Pero no consideran necesario derrocar previamente al gobierno de la burguesía de Cantón que lo único que hace es esperar la hora de entregar la revolución a Inglaterra. No, Borodin y Garin recurren cada día al “gobierno” y, aceptando las condiciones de éste, piden que sea promulgado el decreto salvador. Uno de los suyos recuerda a Garin que, en el fondo, este gobierno es un fantasma. Garin no se inquieta. “Fantasma o no [contesta], que continúe, puesto que lo necesitamos.” De la misma manera, el pope necesita reliquias que fabrica él mismo con cera y con algodón. ¿Qué se esconde detrás de esta política que agota y envilece la revolución? La consideración de un revolucionario de la pequeña burguesía por un burgués de un sólido conservadorismo. Es así como el más rojo de los extremistas franceses está siempre dispuesto a postrarse delante de Poincaré.

Pero, ¿las masas de Cantón no están quizás maduras para derrocar al gobierno de la burguesía? De toda esta atmósfera se desprende la convicción de que, sin la oposición de la Internacional Comunista, el gobierno fantasma habría sido derrocado bajo la presión de las masas. Admitamos que los obreros de Cantón estén todavía demasiado débiles para establecer su propio poder. ¿Cuál es, en términos generales, el punto débil de las masas? Su falta de preparación para suceder a los explotadores. En este caso el primer deber de los revolucionarios es ayudar a los obreros para que se liberen de la confianza servil. Sin embargo, la obra realizada por la burocracia de la Internacional Comunista ha sido diametralmente opuesta. Ha inculcado a las masas esta noción de que hay que someterse a la burguesía y les ha dicho que la burguesía y las masas tienen los mismos enemigos.

¡No desairar a Tcheng-Daï! Pero si, no obstante, Tcheng-Daï se aleja, lo que es inevitable, esto no significará que Garin y Borodin se habrán liberado de su benévola dependencia con respecto a la burguesía. Solamente habrán elegido, como nuevo objeto de su malabarismo, a Tchang Kai-shek, perteneciente a la misma clase que Tcheng-Daï, de quien es hermano menor. Tchang Kai-shek, que es jefe de la Escuela Militar de Wampoa, fundada por los bolcheviques, no se limita a una oposición pasiva; está dispuesto a recurrir a la fuerza sangrienta, no en forma plebeya (como las masas), sino militarmente y sólo dentro de los límites que permitirán a la burguesía conservar un poder ilimitado sobre el ejército. Borodin y Garin, armando a sus enemigos, desarman y rechazan a sus amigos. De esta manera preparan la catástrofe.

Sin embargo, ¿no sobrestimamos la influencia de la burocracia revolucionaria en estos hechos? No. Ella se ha mostrado, no para el bien, sino para el mal, más fuerte de lo que ella pensaba. Los *coolis* que no hacen más que empezar a existir políticamente, necesitan una dirección atrevida. Hong necesita un programa audaz. La revolución necesita la energía de millones de hombres que se despiertan. Pero Borodin y sus burócratas necesitan a Tcheng-Daï y a Tchang Kai-shek. Ahogan a Hong e impiden al obrero levantar cabeza. En algunos meses ahogarán la insurrección campesina para no desairar a toda la oficialidad burguesa del ejército. Su fuerza consiste en que representan al octubre ruso, al bolchevismo, a la Internacional Comunista. Después de usurpar la autoridad, la bandera, los subsidios de la mayor revolución, la burocracia obstaculiza el camino a otra revolución que tenía, ella también, todas las posibilidades de ser grande.

El diálogo entre Borodin y Hong (cf. pp. 181-182) es la acusación más tremenda contra Borodin y sus inspiradores moscovitas. Hong, como siempre, busca acciones decisivas. Exige el castigo de los burgueses más destacados. Borodin encuentra esta única respuesta: “No hay que tocar a los que pagan”. “La revolución no es tan simple”, dice Garin por su parte. “La revolución consiste en pagar al ejército”, intercede Borodin. Estos

aforismos contienen todos los elementos del nudo con el cual fue estrangulada la revolución china. Borodin preservaba a la burguesía que, en recompensa, invertía dinero a favor de la “revolución”. El dinero estaba destinado al ejército de Tchang Kai-shek. El ejército de Tchang Kai-shek exterminó al proletariado y liquidó la revolución. ¿Era esto algo imposible de prever? ¿No fue previsto, en realidad? La burguesía paga voluntariamente sólo al ejército que la defiende contra el pueblo. El ejército de la revolución no espera gratificación: obliga a pagar. Esto se llama dictadura revolucionaria. Hong interviene con éxito en las reuniones obreras y ataca a los “rusos”, portadores de la ruina de la revolución. Los caminos del mismo Hong no llevan a destino, pero tienen razón contra Borodin. “¿Acaso los jefes de los Tai-Ping tenían consejeros rusos? ¿Y los de los Boxers?” (cf. p. 189). Si la revolución china de 1924-1927 hubiera sido librada a su suerte, quizás no hubiera triunfado inmediatamente, pero no habría necesitado de los métodos del harakiri, no habría conocido vergonzosas capitulaciones y habría formado cuadros revolucionarios. Entre el duunvirato de Cantón y el de Petrogrado existe esta trágica diferencia: en China no hubo, en efecto, bolchevismo; bajo el nombre de “trotskismo”, fue declarado doctrina contrarrevolucionaria y fue perseguido por todos los medios de la calumnia y de la represión. En aquello en que Kerensky no había triunfado durante las jomadas de julio, Stalin triunfó en China diez años más tarde.

Borodin y “todos los bolcheviques de su generación [afirma Garin] han sido marcados por su lucha contra los anarquistas”. El autor necesitaba esta advertencia para preparar al lector para la lucha de Borodin contra el grupo de Hong. Históricamente, es falsa: el anarquismo no pudo levantar cabeza en Rusia no porque los bolcheviques han luchado con éxito contra él, sino porque antes le habían socavado el terreno. El anarquismo, si no permanece dentro de las cuatro paredes de los cafés intelectuales, o de las redacciones de los diarios, si penetra más profundamente, traduce la psicología de la desesperación de las masas y es el castigo político para los engaños de la democracia y para las traiciones del oportunismo. La rapidez del bolchevismo en plantear los problemas revolucionarios y enseñar sus soluciones no dejó lugar para el desarrollo del anarquismo en Rusia. Pero si la investigación histórica de Malraux no es exacta, su novela, por lo contrario, muestra admirablemente cómo la política oportunista de Stalin-Borodin ha preparado el terreno para el terrorismo anarquista en China.

Empujado por la lógica de esta política, Borodin consiente en entregar un decreto contra los terroristas. La burguesía de Cantón, provista de la bendición de la Internacional Comunista, declara fuera de la ley a los verdaderos revolucionarios, lanzados al camino de la aventura por los crímenes de los dirigentes moscovitas. Estos revolucionarios responden con actos de terrorismo a los burócratas seudorrevolucionarios, protectores de la burguesía que paga. Borodin y Garin se apoderan de los terroristas y los exterminan y de esta manera defienden no ya a los burgueses, sino a su propia cabeza. De esta manera, la política de los acomodados se desliza fatalmente hacia el último grado de la felonía.

El libro se intitula *Los Conquistadores*. En el espíritu del autor, este último tiene un doble sentido, donde la revolución se disfraza de imperialismo, se refiere a los bolcheviques rusos o, más exactamente, a un sector de ellos. ¿Los conquistadores? Las masas chinas se han levantado para una insurrección revolucionaria, bajo la influencia indiscutible del golpe de estado de octubre, como ejemplo, y del bolchevismo, como bandera. Pero los conquistadores no han conquistado nada. Por lo contrario, han entregado todo al enemigo. Si la revolución rusa ha provocado la revolución china, los epígonos rusos la han sofocado. Malraux no establece estas deducciones. Ni siquiera parece pensar en ellas. Estas deducciones se destacan más claramente sólo en su notable libro.

Prinkipo, 9 de febrero de 1931.

## ***Sobre la revolución estrangulada y sus estranguladores. Respuesta al señor André Malraux***

Un trabajo urgente me ha impedido leer en el momento oportuno el artículo del señor Malraux, en el cual, contra mi crítica, pleitea, a favor de la Internacional Comunista, de Borodin, de Garin y de él mismo. El señor Malraux está aún más alejado del proletariado y de la revolución como escritor político que como artista. Este hecho no bastaría, por sí mismo, para justificar estas líneas, pues jamás se dijo que un escritor de talento deba ser necesariamente un revolucionario proletario. Si, no obstante, vuelvo a examinar una cuestión ya tratada, lo hago por el interés del tema y no para hablar del señor Malraux.

Las mejores figuras de su novela, yo lo he dicho, se elevan hasta transformarse en símbolos sociales. Debo agregar que Borodin, Garin y todos sus “colaboradores” son los símbolos de una burocracia casi revolucionaria, de este nuevo “tipo social” que ha nacido gracias a la existencia del estado soviético, por una parte, y, por otra, gracias a un cierto régimen de la Internacional Comunista.

No he querido asimilar a Borodin al tipo de los “revolucionarios profesionales”, aunque así esté caracterizado en la novela del señor Malraux. El autor trata de demostrarme que Garin posee muchos galones de funcionario que le darían derecho al título. El señor Malraux no considera fuera de propósito agregar que Trotsky posee algunos más. ¿No es extraño? El tipo del revolucionario profesional no tiene nada de un personaje ideal. Pero, en todo caso, es un tipo bien definido, que tiene su biografía política y los rasgos netamente señalados. Sólo Rusia ha sido capaz, desde hace algunas decenas de lustros, de crear este tipo y, dentro de Rusia, más acabadamente que cualquier otro partido, el partido bolchevique.

Los revolucionarios profesionales de la generación a la cual, por su edad, pertenece Borodin, han comenzado a formarse en la víspera de la primera revolución, han soportado la prueba de 1905, se han templado e instruido (o corrompido) durante los años de la contrarrevolución<sup>3</sup>.

En 1917 han tenido la mejor oportunidad de probar lo que eran. Entre 1903 y 1918, es decir, en el período durante el cual se formaba, en Rusia, el tipo del revolucionario profesional, un Borodin y centenas y millares de los que a él se parecían han permanecido fuera de la lucha. En 1918, después de la victoria, Borodin se puso al servicio de los sóviets: esto lo honra; es más honroso servir a un estado proletario que a un estado burgués.

Borodin se encargaba de las misiones peligrosas. Pero también los agentes de las potencias burguesas corren en el extranjero, especialmente en las colonias, serios peligros, en el cumplimiento de su deber. Y esto no los convierte en revolucionarios. El tipo del revolucionario aventurero y el del revolucionario profesional pueden, en ciertos aspectos y en ciertas circunstancias, parecerse. Pero por su constitución psíquica y su función histórica, son tipos opuestos.

El revolucionario se abre camino junto con su clase. Si el proletariado es débil, retrasado, el revolucionario se limita a hacer un trabajo discreto, paciente, prolongado y poco brillante; crea los círculos, hace propaganda, prepara cuadros; con la ayuda de estos

---

<sup>3</sup> De 1906 a 1917.

últimos consigue agitar a las masas, legal o clandestinamente, según las circunstancias. Siempre hace una distinción entre su clase y la enemiga y tiene una sola política, la que corresponde a las fuerzas de su clase, a las cuales asegura. El revolucionario proletario, ya sea francés, ruso o chino, considera que los obreros son su ejército, para hoy o para mañana. El funcionario aventurero se ubica por encima de todas las clases de la nación china. Se cree llamado a dominar, a decidir, a mandar, independientemente de las relaciones internas de las fuerzas que existen en China. Como él observa que el proletariado chino es actualmente débil e incapaz de ocupar con seguridad los puestos dirigentes, el funcionario trata de reconciliar y combinar las diferentes clases. Actúa como inspector de una nación, como virrey encargado de los asuntos de una revolución colonial. Busca un entendimiento entre el burgués conservador y el anarquista, improvisa un programa *ad hoc*, edifica una política basada en equívocos, crea un bloque de cuatro clases opuestas, se convierte en tragasables y pisotea los principios. ¿Cuál es el resultado? La burguesía es rica, influyente, experimentada. El funcionario aventurero no consigue inducirla en error. En cambio, logra engañar a los obreros, abnegados pero carentes de experiencia, y los entrega a la burguesía.

Así es la función que desempeñó la burocracia de la Internacional Comunista en la revolución china.

Como él cree que el derecho de la burocracia “revolucionaria” es mandar, independientemente, por supuesto, de la fuerza del proletariado, Malraux nos enseña que era imposible participar en la revolución china sin participar en la guerra, que no se podía participar en la guerra sin estar afiliado al Kuomintang, etc. A todo esto agrega que la ruptura con el Kuomintang le traería al partido comunista la necesidad de volver a la acción clandestina. Cuando se piensa que tales argumentos resumen la filosofía de los representantes de la Internacional Comunista en China, es imposible no decir: ¡Sí, la dialéctica del proceso histórico a veces hace chistes muy malos a las organizaciones, a los hombres y a las ideas! ... ¡Se da una solución demasiado simple al problema! Para triunfar, hay que subordinarse políticamente a la clase enemiga, participando en los hechos que ella dirige; para escapar a la represión del Kuomintang, hay que engalanarse con sus colores...

¡En esto consiste todo el secreto que Borodin y Garin tenían que revelarnos! La apreciación política del señor Malraux acerca de la situación, de las posibilidades y de los problemas de China en 1925, es completamente falsa; apenas este autor alcanza el punto donde los verdaderos problemas de la revolución comienzan a esbozarse. Sobre este tema he dicho todo lo que era indispensable decir. En todo caso, el artículo de Malraux, publicado en otra parte, no me da motivos para reconsiderar lo que he dicho. Pero aun en el terreno del juicio equivocado que adopta Malraux sobre la situación, es absolutamente imposible reconocer que la política de Stalin-Borodin-Garin sea justa. Para protestar contra esta política en 1925, era necesario ser vidente. En 1931, sólo un ciego incurable podía defenderla.

¿Acaso la estrategia de los funcionarios de la Internacional Comunista procuró al proletariado chino otra cosa que no fuera humillaciones, la exterminación de los cuadros militantes y, lo que es más grave, un terrible confucionismo? ¿Acaso una vergonzosa capitulación ante el Kuomintang protegió al partido contra las represiones? Muy por el contrario, el resultado es un acrecentamiento y una concentración de las medidas represivas. ¿Acaso el partido comunista no debió volver al subterráneo de la ilegalidad? ¿Y cuándo? ¡En el período de la derrota de la revolución! Si los comunistas hubieran comenzado por actuar subterráneamente, en el momento del ascenso revolucionario, enseguida habrían podido manifestarse abiertamente, encabezando a las masas. Tchang Kai-shek, después de introducir la confusión en el partido, después de desfigurarle y

desmoralizarlo, con la ayuda de los Borodin-Garin, actuaba con mayor seguridad, obligando al partido, en estos años de contrarrevolución, a una existencia clandestina. La política de Borodin-Garin se entregó entera y absolutamente al servicio de la burguesía china. El partido comunista chino, como estaba expuesto a la desconfianza de los obreros progresistas, debe recomenzar completamente su obra, en un terreno cubierto de desechos, obstruido por los prejuicios y los errores no reconocidos. Así es el resultado.

El carácter criminal de toda esta política es particularmente flagrante en ciertos pormenores. El señor Malraux honra a Borodin y compañía por haber llevado conscientemente al líder burgués Tcheng-Daï debajo del cuchillo del terror, entregando al mismo tiempo los terroristas a la burguesía. Semejante maquinación es digna de un Borgia burócrata o de esa nobleza polaca revolucionaria que ha preferido siempre practicar el asesinato a través de intermediarios, ocultándose detrás del pueblo. No, el problema no era ejecutar a Tcheng-Daï en una emboscada; la verdadera tarea era preparar la caída de la burguesía. Cuando un partido de la revolución se ve forzado a matar, actúa asumiendo abiertamente sus responsabilidades, invocando tareas y fines accesibles y comprensibles para la masa.

La moral revolucionaria no se basa en las normas abstractas de Kant. Está formada por reglas de conducta que ubican a la revolución, con sus tareas y con sus propósitos, bajo el control de su clase. Borodin y Garin no estaban ligados a la masa, no se habían impregnado de un sentimiento de responsabilidad con respecto a su clase. Son superhombres de la burocracia que creen que “todo está permitido” ... dentro de los límites de una orden recibida de las autoridades superiores. La acción de esos hombres, aunque en algunos momentos pueda ser muy destacada, al final de cuentas se vuelve necesariamente contra los intereses de la revolución.

Una vez que hacen asesinar a Tcheng-Daï por Hong, Borodin y Garin entregan a este último y a su grupo a los verdugos. De esta manera, toda su política está signada por la marca de Caín. En esta ocasión, el señor Malraux también actúa como su abogado. ¿Cómo argumenta? Dice que también Lenin y Trotsky han tratado implacablemente a los anarquistas. Es difícil creer que esto sea afirmado por un hombre que ha tenido, al menos durante un cierto tiempo, algo en común con la revolución. Malraux olvida o no comprende que una revolución se hace contra una clase para asegurar la dominación de otra y que sólo para cumplir esta tarea, los revolucionarios adquieren el derecho de ejercer la violencia. La burguesía extermina a los revolucionarios, a veces también a los anarquistas (pero a estos últimos cada vez menos frecuentemente, pues se vuelven más y más sometidos) para mantener un régimen de explotación y de infamia. Ante una burguesía dirigente, los bolcheviques se declaran siempre a favor de los anarquistas, en contra de los Chiappe. Cuando los bolcheviques han conquistado el poder, han hecho todo para ganar a los anarquistas a favor de la dictadura del proletariado. Y la mayoría de los anarquistas ha sido, efectivamente, arrastrada por los bolcheviques. Pero, efectivamente también, los bolcheviques han tratado muy duramente a aquellos anarquistas que intentaron arruinar la dictadura del proletariado. ¿Teníamos razón? ¿Estábamos equivocados? Se juzgará según la opinión que se pueda tener acerca de la revolución llevada a cabo por nosotros y del régimen que esta revolución ha establecido. Pero, ¿es posible imaginar, nada más que por un segundo, que los bolcheviques, bajo el gobierno del príncipe Lvov o bajo el de Kerensky, un régimen burgués, se hubieran convertido en los agentes de semejante gobierno para exterminar a los anarquistas? Basta plantear claramente la cuestión para desecharla con repugnancia.

Así como el juez Brid'oison despreciaba siempre el fondo de un asunto, interesándose sólo en la “forma”, de la misma manera la burocracia seudorrevolucionaria y su abogado literario se interesan nada más que en el mecanismo de una revolución y no

se preguntan a qué clase ni a qué régimen esta revolución debe servir. En este punto, un abismo separa al revolucionario del funcionario de la revolución.

Lo que dice Malraux acerca del marxismo es verdaderamente curioso. Si damos crédito a lo expresado por él, no se podía aplicar la política marxista en China, dado que el proletariado chino no tenía, según él, conciencia de clase. Parece que, en este caso, el problema es despertar esta conciencia de clase. Ahora bien, Malraux concluye justificando una política dirigida contra los intereses del proletariado.

Malraux usa otro argumento que no es más convincente, pero sí más divertido: Trotsky, dice, afirma que el marxismo es útil para la política revolucionaria; pero Borodin también es un marxista, igual que Stalin; hay que pensar, pues, que el marxismo no sirve para nada en este asunto...

En cuanto a mí, he defendido contra Garin la doctrina revolucionaria como defendería la ciencia médica contra un curandero pretencioso. El curandero me contesta que los médicos diplomados matan frecuentemente a sus enfermos. El argumento es indigno no sólo de un revolucionario, sino de un vulgar ciudadano poseedor de una mediana instrucción. La medicina no es todopoderosa; los médicos no consiguen siempre curar; hay, entre ellos, ignorantes, imbéciles y aun envenenadores; evidentemente, esto no es una razón para autorizar a los curanderos que jamás han estudiado medicina de la cual niegan la importancia.

Después de leer el artículo de Malraux, debo agregar una corrección a mi artículo anterior: yo había escrito que la inyección de marxismo sería útil para Garin. No lo pienso más.

Kadiköy, 12 de junio de 1931

## ***La revolución española y la táctica de los comunistas***

### ***I La vieja España***

La cadena del capitalismo se ve de nuevo amenazada con romperse en el eslabón más débil: ha llegado el turno a España. El movimiento revolucionario se desarrolla en este país con una fuerza tal que priva de antemano a la reacción de todo el mundo de la posibilidad de creer en el rápido restablecimiento del orden en la península ibérica.

Indiscutiblemente, España pertenece al grupo de los países más atrasados de Europa. Pero su atraso tiene un carácter peculiar, determinado por el gran pasado histórico del país. Mientras que la Rusia de los zares siempre quedaba muy atrás con respecto a sus vecinos de occidente y avanzaba lentamente bajo su presión, España conoció periodos de gran florecimiento, de superioridad sobre el resto de Europa y de dominio sobre América del Sur. El poderoso desarrollo del comercio interior y mundial iba venciendo el aislamiento feudal de las provincias y el particularismo de las regiones nacionales del país. El aumento de la fuerza y de la importancia de la monarquía española se hallaba indisolublemente ligado en aquellos siglos con el papel centralizador del capital comercial y la formación gradual de la *nación española*.

El descubrimiento de América, que en un principio fortaleció y enriqueció a España, se volvió contra ella. Las grandes vías comerciales se desviaron de la península ibérica. La Holanda enriquecida se desgajó de España. Después de Holanda fue Inglaterra la que se elevó por encima de Europa a una gran altura y por largo tiempo. Y a partir de la segunda mitad del siglo XVI la decadencia de España es evidente. Después de la destrucción de la Armada Invencible (1588) esta decadencia toma, por decirlo así, un carácter oficial. Es el advenimiento de este estado de la España feudal-burguesa que Marx calificó de “putrefacción lenta e ingloriosa”.

Las viejas y las nuevas clases dominantes (la nobleza latifundista, el clero católico con su monarquía, las clases burguesas con sus intelectuales) intentan tenazmente conservar sus viejas pretensiones, pero sin los antiguos recursos. En 1820 se separaron definitivamente las colonias sudamericanas. Con la pérdida de Cuba en 1898, España quedó casi completamente privada de dominios coloniales. Las aventuras en Marruecos no han hecho más que arruinar al país y alimentar el descontento, ya asaz, profundo del pueblo.

El retraso del desarrollo económico de España ha debilitado inevitablemente las tendencias centralistas inherentes al capitalismo. La decadencia de la vida comercial e industrial de las ciudades y de las relaciones económicas entre las mismas determinó inevitablemente la atenuación de la dependencia recíproca de las provincias. Tal es la causa que no ha permitido hasta ahora a la España burguesa vencer las tendencias centrífugas de sus provincias históricas. La pobreza de recursos de la economía nacional y el sentimiento de malestar en todas las partes del país no podían hacer otra cosa que alimentar las tendencias separatistas. El particularismo se manifiesta en España con una fuerza particular, sobre todo en comparación con la vecina Francia, donde la Gran Revolución afirmó definitivamente la nación burguesa, una e indivisible, sobre las viejas provincias feudales.

El estancamiento económico, al mismo tiempo que no permitía que se formara la nueva sociedad burguesa, descomponía asimismo las viejas clases dominantes. Los activos nobles cubrían a menudo su orgullo con capas raídas. La Iglesia despojaba a los

campesinos, pero de tiempo en tiempo se veía obligada a sufrir el pillaje por parte de la monarquía. Esta última, según la observación de Marx, tenía más rasgos comunes con el despotismo asiático que con el absolutismo europeo. ¿Cómo interpretar este pensamiento? La comparación, establecida más de una vez, del zarismo con el despotismo asiático, parece mucho más natural, tanto desde el punto de vista geográfico, como del histórico. Pero por lo que respecta a España esta comparación conserva también toda su fuerza. La diferencia consiste únicamente en que el zarismo surgió sobre la base del *desarrollo extraordinariamente lento*, tanto de la nobleza como de los centros urbanos primitivos. La monarquía española se formó en las condiciones creadas por la *decadencia* del país y la *putrefacción* de las clases dominantes. Si el absolutismo europeo pudo desarrollarse gracias a la lucha de las ciudades consolidadas contra las viejas castas privilegiadas, la monarquía española, lo mismo que el zarismo ruso, hallaba su fuerza relativa en la impotencia de las viejas castas y de las ciudades. En esto consiste su analogía indudable con el despotismo asiático.

La preponderancia de las tendencias centrífugas sobre las centrípetas, tanto en la economía como en la política, ha privado de base al parlamentarismo español. La presión del gobierno sobre los electores ha tenido un carácter decisivo: durante todo el siglo pasado, las elecciones daban invariablemente la mayoría al gobierno. Como las Cortes dependían del ministerio de turno, el ministerio mismo caía de un modo natural bajo la dependencia de la monarquía. Madrid hacía las elecciones y el poder caía en manos del rey. La monarquía era doblemente indispensable a las clases dominantes desunidas y descentralizadas, incapaces de dirigir el país en su propio nombre. Y esa monarquía, que reflejaba la debilidad de todo el estado, era (entre dos sublevaciones) suficientemente fuerte para imponer su voluntad al país. En suma, el sistema estatal de España puede ser calificado de *absolutismo degenerativo limitado por pronunciamientos periódicos*.

Al lado de la monarquía y en alianza con ella, el clero representaba otra fuerza centralizada. El catolicismo sigue siendo hasta nuestros días la religión del estado, el clero desempeña un gran papel en la vida del país y es el eje más firme de la reacción. El estado gasta anualmente muchos millones de pesetas para la Iglesia. Las órdenes religiosas, extraordinariamente numerosas, poseen bienes inmensos y una influencia todavía mayor. El número de frailes y monjas es de 70.000, número igual al de los alumnos de las escuelas secundarias, y superior en dos veces y media al de los estudiantes. En estas condiciones, no tiene nada de sorprendente que el 45% de la población no sepa leer ni escribir. La masa principal de los analfabetos está concentrada, ni que decir tiene, en el campo.

Si los campesinos de la época de *Carlos V (Carlos I)* obtuvieron escaso provecho del poderío del imperio español, ulteriormente fueron ellos los que soportaron las consecuencias más graves de la decadencia de dicho imperio. Durante siglos arrastraron una existencia miserable, que en muchas provincias fue una existencia de hambre. Los campesinos, que forman el 70% de la población, soportan sobre sus espaldas el peso principal del edificio del estado. Falta de tierras, insuficiencia de agua, arriendos elevados, utillaje agrícola primitivo, métodos de cultivo rudimentarios, impuestos crecidos, precios elevados de los artículos industriales, exceso de población agraria, gran número de vagabundos, de mendigos, de frailes; he aquí el cuadro que ofrece el campo español.

La situación de los campesinos ha empujado a los mismos, desde hace mucho tiempo, a participar en numerosos levantamientos. Pero esas explosiones sangrientas han tenido un carácter no nacional, sino local, y los matices más variados; en la mayor parte de los casos, un matiz reaccionario. De la misma manera que las revoluciones españolas han sido pequeñas revoluciones, los levantamientos campesinos han tomado forma de pequeñas guerras. España es el país clásico de las guerrillas.



## ***II El ejército español y la política***

Después de la guerra contra Napoleón, surgió en España una nueva fuerza: la oficialidad metida en política, la joven generación de las clases dominantes, heredera de la ruina del que fue en otro tiempo gran imperio y *déclassée* en un grado considerable.

En el país del particularismo y del separatismo, el ejército ha adquirido, por la fuerza de las cosas, una importancia enorme como fuerza de centralización y se ha convertido, no sólo en el punto de apoyo de la monarquía, sino también en el conductor del descontento de todas las fracciones de las clases dominantes y, ante todo, de su propia clase: lo mismo que la burocracia, la oficialidad se recluta entre los elementos, extremadamente numerosos en España, que exigen ante todo del estado medios de existencia. Pero como los apetitos de los diferentes grupos de la sociedad “ilustrada” sobrepasan en mucho la totalidad de los cargos gubernamentales, parlamentarios y otros, el descontento de los eliminados alimenta al partido republicano, el cual, por otra parte, es tan inestable como todos los demás grupos de España. Pero, como bajo esta inestabilidad se oculta a menudo una indignación auténtica y aguda, se forman de vez en cuando en el movimiento republicano grupos revolucionarios decididos y valerosos para los cuales la república es una divisa mística de salvación.

El ejército español está formado por cerca de 170.000 hombres, de los cuales más de 13.000 son oficiales; a esto hay que añadir unos 15.000 marinos de guerra. Los oficiales, que son los instrumentos de las clases dominantes del país, arrastran a sus conspiraciones a la masa del ejército. Ya en el pasado, los suboficiales intervinieron en la política sin los oficiales y contra ellos. En 1836 los suboficiales de la guarnición de Madrid se insurreccionaron y obligaron a la reina a proclamar la constitución. En 1866 los sargentos de artillería, descontentos de las reglas aristocráticas en el ejército, promovieron también una rebelión. Sin embargo, en el pasado, el papel directivo quedó siempre en manos de los oficiales. Los soldados marchaban tras sus jefes descontentos, aunque el descontento de aquéllos, políticamente impotente, se alimentaba en otras fuentes sociales más profundas.

Las contradicciones en el ejército corresponden ordinariamente a las distintas armas. Cuanto más calificada es el arma, esto es, cuanto más inteligencia exige por parte de los soldados y oficiales, más aptos son éstos para asimilarse las ideas revolucionarias. Mientras que la caballería se inclina habitualmente por la monarquía, los artilleros suministran un tanto por ciento considerable de republicanos. No tiene nada de sorprendente que la aviación, esta nueva arma, se haya puesto al lado de la revolución y aportando a la misma los elementos de aventurismo individualista propios de esta profesión. La última palabra debe decirla la infantería.

La historia de España es la historia de convulsiones revolucionarias ininterrumpidas. Los pronunciamientos y las revoluciones de palacio se han sucedido unos tras otros. En el transcurso del siglo XIX y del primer tercio del siglo XX se produce un cambio continuo de regímenes políticos y en el interior de cada uno de ellos un cambio caleidoscópico de ministerios. La monarquía española, no hallando un apoyo suficientemente sólido en ninguna de las clases poseyentes (aunque todas tenían necesidad de ella) ha caído más de una vez bajo la dependencia del propio ejército. Pero la disgregación provincial de España imprimía su sello al carácter de los complotos militares. La rivalidad mezquina de las juntas no era más que la expresión exterior de que las revoluciones españolas carecían de una clase dirigente. Precisamente por esto la monarquía salía invariablemente triunfante de cada nueva revolución. Sin embargo, poco después de la victoria del orden, la crisis crónica se manifestaba nuevamente en una explosión aguda de indignación. Ninguno de esos regímenes que se derribaban

mutuamente removía el terreno profundamente. Cada uno de ellos se gastaba rápidamente en la lucha con las dificultades, engendradas por la pobreza de la renta nacional, insuficiente para satisfacer los apetitos y las pretensiones de las clases dominantes. Hemos visto particularmente el modo ignominioso como terminó sus días la última dictadura militar. El terrible Primo de Rivera cayó incluso sin un nuevo pronunciamiento: sencillamente se deshinchó, como un neumático que tropieza con un clavo.

Todos los golpes de estado anteriores fueron movimientos de una minoría contra otra: las clases dirigentes y semidirigentes se arrebatan impacientemente de las manos el pastel del estado.

Si se entiende por revolución permanente la sucesión de levantamientos sociales que transmiten el poder a las manos de la clase más decidida, la cual se sirve luego de dicho poder para la supresión de todas las clases y, por consiguiente, de la posibilidad misma de nuevas revoluciones, hay que constatar que a pesar del carácter “ininterrumpido” de los levantamientos españoles, no hay en ellos nada parecido a la revolución permanente; se trata más bien de convulsiones crónicas en las cuales halla su expresión la enfermedad inveterada de una nación que se ha quedado atrás.

Ciertamente, el ala izquierda de la burguesía, sobre todo la representada por la juventud intelectual, se ha asignado como fin hace ya tiempo la transformación de España en república. Los estudiantes españoles, que, por los mismos motivos que los oficiales, han sido reclutados principalmente entre la juventud descontenta, están acostumbrados a desempeñar en el país un papel completamente desproporcionado a su importancia numérica. La dominación de la reacción católica ha encendido la oposición de las universidades, dando a la misma un carácter anticlerical. Sin embargo, no son los estudiantes los que crean un régimen.

En sus sectores dirigentes, los republicanos españoles se distinguen por un programa social extremadamente conservador: su ideal lo ven en la Francia reaccionaria de hoy, creyendo que con la república vendrá la riqueza, y no están dispuestos, ni son capaces de ello, a seguir el camino de los jacobinos franceses: su miedo ante las masas es más fuerte que su odio a la monarquía.

Si las grietas y los poros de la sociedad burguesa se llenan en España con los elementos *déclassés* de las clases dominantes, con los innumerables buscadores de empleos y de provechos, abajo, en las grietas de los cimientos, el mismo sitio es ocupado por numerosos “lumpenproletarios”, por los elementos *déclassés* de las clases trabajadoras. Los *lazaroni* con corbata, lo mismo que los *lazaroni* en andrajos, forman las arenas movedizas de la sociedad y son tanto más peligrosos para la revolución cuanto menos esta última encuentra un verdadero punto de apoyo motor y una dirección política.

Los seis años de dictadura de Primo de Rivera ahogaron y comprimieron todas las formas de descontento e indignación. Pero la dictadura llevaba en sí el vicio incurable de la monarquía española: fuerte frente a cada una de las clases por separado, era impotente con respecto a las necesidades históricas del país. Esta fue la causa de que la dictadura se quebrara contra los escollos submarinos de las dificultades financieras y de otro género antes de que fuera alcanzada por la primera oleada revolucionaria. La caída de Primo de Rivera despertó todos los descontentos y todas las esperanzas. Fue así como el general Berenguer se convirtió en el portero de la revolución.

### ***III El proletariado español y la nueva revolución***

En esta nueva revolución observamos, a la primera ojeada, los mismos elementos que en la serie de revoluciones precedentes: una monarquía pérfida; las fracciones escindidas de los conservadores y de los liberales que odian al rey y se arrastran ante él; republicanos de derecha siempre dispuestos a traicionar, y republicanos de izquierda

siempre dispuestos a la aventura; oficiales conspiradores, de los cuales unos quieren la república y otros, ascensos; estudiantes descontentos a los cuales sus padres observan con inquietud y, en fin, los obreros huelguistas, dispersos en distintas organizaciones, y campesinos que tienden la mano hacia las horquillas y aun el fusil.

Sería, sin embargo, un grave error creer que la crisis actual se desarrollará de un modo parecido a todas las precedentes. Las últimas décadas, y sobre todo los años de la guerra mundial, han aportado modificaciones considerables a la economía del país y a la estructura social de la nación. Naturalmente, España sigue marchando a la cola de Europa. No obstante, en el país se ha ido desarrollando una industria nacional, extractiva de una parte, y ligera de otra. Durante la guerra se desarrolló considerablemente la producción hullera, la textil, la construcción de centrales hidroeléctricas, etc. Han surgido en el país centros y regiones industriales. Esto crea una nueva correlación de fuerzas y abre nuevas perspectivas.

Los éxitos de la industrialización no han atenuado en lo más mínimo las contradicciones internas. Al contrario, el hecho de que la industria de España, a consecuencia de la neutralidad de este país, progresara bajo la lluvia de oro de la guerra, se convirtió, al terminar esta última, cuando desapareció la demanda acentuada del extranjero, en fuente de nuevas dificultades. No solamente han desaparecido los mercados exteriores (la parte de España en el comercio mundial es actualmente aún inferior a la de antes de la guerra, 1,1%, contra 1,2%), sino que la dictadura se vio obligada, con ayuda de la barrera aduanera más elevada de Europa, a defender el mercado interior contra la afluencia de las mercancías extranjeras. Los derechos arancelarios elevados han provocado el aumento de los precios, lo cual ha disminuido la capacidad adquisitiva, ya muy reducida, del pueblo. Por esto, después de la guerra, la industria no sale del estado de marasmo, que se traduce por el paro forzoso crónico, de una parte, y por explosiones agudas de la lucha de clases, de otra.

La burguesía española, en la actualidad aun menos que en el siglo XIX, puede tener la pretensión de desempeñar el papel histórico que desempeñó en otro tiempo la burguesía británica o francesa. La gran burguesía industrial de España, que ha llegado demasiado tarde, que depende del capital extranjero, que está adherida como un vampiro al cuerpo del pueblo, es incapaz de desempeñar, aunque sea por un breve plazo, el papel del caudillo de la “nación” contra las viejas castas. Los magnates de la industria española forman un grupo hostil al pueblo, constituyendo uno de los grupos más reaccionarios en el bloque, corroído por las rivalidades internas, de los banqueros, los industriales, los latifundistas, la monarquía, sus generales y funcionarios. Bastará indicar el hecho de que el punto de apoyo más importante de la dictadura de Primo de Rivera fueran los fabricantes de Cataluña.

Pero el desenvolvimiento industrial ha reforzado al proletariado. Sobre una población de 23.000.000 (ésta sería mucho mayor a no ser por la emigración), hay que contar cerca de un millón y medio de obreros de la industria, del comercio y del transporte. A éstos hay que añadir una cifra aproximadamente igual de obreros del campo.

La vida social de España se ha visto condenada a moverse en un círculo vicioso mientras no ha habido una clase capaz de tomar en sus manos la solución de los problemas revolucionarios. La entrada del proletariado español en la arena histórica cambia radicalmente la situación y abre nuevas perspectivas. Para darse cuenta de ello hay que comprender ante todo que el afianzamiento de la dominación económica de la gran burguesía y el aumento de la importancia política del proletariado han privado definitivamente a la pequeña burguesía de la posibilidad de ocupar un puesto dirigente en la vida política del país. La cuestión de saber, si las sacudidas revolucionarias actuales pueden conducir a una verdadera revolución capaz de transformar las bases mismas de la

existencia nacional, se reduce, por consiguiente, a saber si el proletariado español es capaz de tomar en sus manos la dirección de la vida nacional. En la nación española no hay otro pretendiente a este papel. La experiencia histórica de Rusia nos ha mostrado en estos tiempos de un modo evidente el peso específico del proletariado, unido por la gran industria, en un país con una agricultura atrasada, presa en las redes de unas relaciones semifeudales.

Ciertamente, los obreros españoles tomaron ya una participación combativa en las revoluciones del siglo XIX; pero siempre a la cola de la burguesía, siempre en segundo término, en calidad de fuerza auxiliar. En el transcurso del primer cuarto del siglo XX se robustece el papel revolucionario independiente de los obreros. La insurrección de Barcelona de 1909 mostró las fuerzas que encerraba el joven proletariado de Cataluña. Numerosas huelgas, transformadas en levantamientos, surgieron asimismo en otras regiones del país. En 1912 se desarrolló la huelga de los ferroviarios. Las regiones industriales se convirtieron en territorio de valerosos combates proletarios. Los obreros españoles se manifestaron libres de toda rutina, se mostraron capaces de reaccionar ante los acontecimientos y de movilizar sus filas con no menos rapidez y dieron pruebas de audacia en el ataque.

Los primeros años que siguieron a la guerra, más propiamente los primeros años que siguieron a la revolución rusa (1917-1920), fueron años de grandes combates para el proletariado español. 1917 fue testigo de una huelga general revolucionaria. Su derrota, así como la de una serie de movimientos que la siguieron, preparó las condiciones para la dictadura de Primo de Rivera. Cuando el derrumbamiento de esta última planteó nuevamente en toda su magnitud la cuestión del destino ulterior del pueblo español; cuando las taimadas intrigas de las viejas camarillas y los esfuerzos impotentes de los radicales pequeñoburgueses mostraron claramente que la salvación no podía venir de esta parte, los obreros, con una serie de acciones huelguísticas valerosas gritaron al pueblo: ¡*presentes!*

Los periodistas burgueses europeos de “izquierda” y, siguiendo su ejemplo, los socialdemócratas, gustan de filosofar, con una pretensión científica, sobre el tema de que España se apresta sencillamente a reproducir la Gran Revolución Francesa con un retraso de cerca 150 años. Discutir sobre la revolución con estas gentes es lo mismo que discutir a propósito de colores con un ciego. A pesar de todo su retraso, España está mucho más adelantada que la Francia de fines del siglo XVIII. Grandes establecimientos industriales, 16.000 kilómetros de líneas férreas, 50.000 kilómetros de telégrafos, representan en sí para la revolución un factor más importante que los recuerdos históricos.

Intentando dar un paso adelante, el conocido semanario inglés *Economist* dice a propósito de los acontecimientos españoles: “Aquí obra más bien la influencia del París de 1848 y de 1871 que la influencia del Moscú de 1917”. Pero el París de 1871 representa un paso del de 1848 hacia 1917. Por esto la contraposición de estas dos fechas carece absolutamente de contenido.

Incomparablemente más seria y más profunda era la conclusión que sacaba Andrés Nin en su artículo publicado el año pasado en *La lutte des classes*: “El proletariado (de España), apoyándose en las masas campesinas, es la única fuerza capaz de tomar el poder en sus manos”. Esta perspectiva es trazada como sigue: “La revolución debe conducir a la dictadura del proletariado, la cual realizará la revolución burguesa y abrirá audazmente el camino a la transformación socialista”<sup>4</sup>. ¡Es así, y sólo así como se puede plantear actualmente la cuestión!

---

<sup>4</sup> El lector puede ver materiales de Andrés Nin en nuestra serie “[Años 30: Materiales de la Oposición Comunista de España, de la Izquierda Comunista Española y de la Sección B-L de España](#)”, en particular

#### IV El programa de la revolución

Ahora, la divisa oficial de lucha es la república. Sin embargo, el desarrollo de la revolución empujará hacia la bandera de la monarquía, no sólo a las fracciones conservadoras y liberales de las clases dirigentes, sino también a las fracciones republicanas.

Durante los acontecimientos revolucionarios de 1854, Cánovas del Castillo escribía: “Aspiramos a mantener el trono, pero sin la camarilla que lo deshonorá”. Hoy, Romanones y otros desarrollan esta gran idea. ¡Como si la monarquía fuera, en general, posible sin camarilla y con tanto mayor motivo en España! No está excluida, es cierto, una situación tal en que las clases poseyentes se vean obligadas a sacrificar la monarquía para salvarse a sí mismas (ejemplo, ¡Alemania!). Sin embargo, es muy posible que la monarquía madrileña se mantenga, aunque sea con el rostro lleno de cardenales, hasta la dictadura del proletariado. La divisa de *república* es también, ni que decir tiene, la divisa del proletariado. Pero para él no se trata simplemente de reemplazar al rey por un presidente, sino de un baldeo radical de toda la sociedad, destinado a limpiar a ésta de las inmundicias del feudalismo. En este sentido ocupa un lugar preeminente la *cuestión agraria*.

Las relaciones existentes en el campo español ofrecen el aspecto de una explotación semifeudal. La miseria de los campesinos, sobre todo en Andalucía y Castilla, el yugo de los terratenientes, de las autoridades y de los caciques han impulsado ya más de una vez a los obreros agrícolas y a los campesinos pobres a manifestar abiertamente su indignación. ¿Significa esto que sea posible en España, aunque sea mediante una revolución, emancipar las relaciones burguesas de las feudales? No, esto significa únicamente que en las condiciones de España el capitalismo puede explotar a los campesinos únicamente bajo la forma semifeudal. Dirigir el arma de la revolución contra las supervivencias del medioevo español, significa dirigirla contra las raíces mismas de la dominación burguesa.

Para arrancar a los campesinos del localismo y de las influencias reaccionarias, el proletariado tiene necesidad de un programa revolucionario-democrático claro. La falta de tierras y de agua, la esclavitud del arriendo, plantean netamente la cuestión de la *confiscación de las grandes propiedades agrarias* en beneficio de los campesinos pobres. Las cargas fiscales, las deudas insostenibles del estado, la rapacidad burocrática y las aventuras africanas plantean la cuestión del *gobierno barato*, el cual podría ser establecido, no por los propietarios de los latifundios, los banqueros, los industriales o los liberales nobles, sino por los trabajadores mismos.

La dominación del clero y las riquezas de la Iglesia plantean un objetivo democrático: *separar la Iglesia del estado y desarmarla cediendo sus riquezas al pueblo*. Estas medidas decisivas serán sostenidas incluso por los sectores más supersticiosos del campo cuando se convenzan de que las sumas del presupuesto destinadas hasta ahora a la Iglesia, lo mismo que las riquezas de esta última, no irán a parar, después de la secularización, a los bolsillos de los liberales librepensadores, sino que estarán destinadas a la fecundación de la economía campesina exhausta.

Las tendencias separatistas plantean a la revolución el objetivo democrático de la *libre determinación nacional*. Estas tendencias exteriormente se han acentuado durante el periodo de la dictadura. Pero mientras que el “separatismo” de la burguesía catalana no es para ella, en su juego con el gobierno de Madrid, más que un instrumento contra el

---

en este caso “[El proletariado español ante la revolución](#)” (donde Nin cita parte del artículo en cuestión). EIS.

pueblo catalán y español, el separatismo de los obreros y de los campesinos es la envoltura de su indignación social. Hay que establecer una distinción rigurosa entre estos dos géneros de separatismo. Ahora bien, precisamente para separar de su burguesía a los obreros y campesinos oprimidos nacionalmente, la vanguardia proletaria debe adoptar en la cuestión de la libre determinación nacional una actitud audaz y sincera. Los obreros defenderán hasta sus últimas consecuencias *el derecho* de los catalanes y de los vascos a organizar su vida en un estado independiente en el caso de que la mayoría de la población de dichas naciones se pronuncie por la separación completa. Pero esto no significa, naturalmente, que los obreros avanzados empujen a los catalanes y a los vascos a la separación. Al contrario, la unidad económica del país, *con una amplia autonomía* de las nacionalidades, ofrecería grandes ventajas a los obreros y campesinos desde el punto de vista económico y cultural.

No está descontada una tentativa de la monarquía para contener el desarrollo ulterior de la revolución con ayuda de una nueva dictadura militar. Pero lo que está descontado es un éxito sólido y durable de una tentativa semejante. La lección de Primo de Rivera está demasiado fresca. Sería preciso aplicar las cadenas de la nueva dictadura a las llagas no cicatrizadas aún de la antigua. A juzgar por los telegramas, en las alturas no se tendría inconveniente alguno en intentar la experiencia, y, a este efecto, se busca nerviosamente a un candidato conveniente, pero no aparece, por ahora, ningún voluntario. Lo que aparece con claridad es que una nueva dictadura militar costaría cara a la monarquía, y daría un nuevo y poderoso impulso a la revolución. *Faites vos jeux*, pueden decir los obreros a las clases dirigentes.

¿Puede esperarse que la revolución española saltará por encima del periodo del parlamentarismo? Teóricamente, no está excluido. Se puede suponer que el movimiento revolucionario alcanzará, en un periodo relativamente breve, una fuerza tal que no dejará a las clases dominantes ni el tiempo ni el lugar para el parlamentarismo. Sin embargo, una perspectiva tal es poco probable. El proletariado español, a pesar de sus excelentes cualidades combativas, no cuenta aún con un partido revolucionario reconocido por él ni con la experiencia de la organización soviética. Además, en las filas comunistas, poco numerosas, no hay unidad, ni un programa de acción claro y admitido por todos. Sin embargo, la cuestión de las Cortes ha sido puesta ya a la orden del día. En estas condiciones, hay que suponer que la revolución tendrá que pasar por una etapa de parlamentarismo.

Esto no excluye en ningún modo la táctica del boicot con respecto a las Cortes ficticias de Berenguer, del mismo modo que los obreros rusos boicotearon con éxito la Duma de Bulguin en 1905 y consiguieron hacerla fracasar. La cuestión táctica relativa al boicot debe resolverse sobre la base de la correlación de fuerzas en una etapa dada de la revolución.

Pero aun boicoteando las Cortes de Berenguer, los obreros avanzados deberían oponer a las mismas la consigna de *Cortes Constituyentes Revolucionarias*. Debemos desenmascarar implacablemente el charlatanismo de la consigna de las Cortes *Constituyentes* en los labios de la burguesía de “izquierda”, la cual en realidad no quiere más que unas Cortes de *conciliación* por la gracia del rey y de Berenguer para hacer un trato con las viejas camarillas dirigentes y privilegiadas. Unas verdaderas Cortes Constituyentes pueden ser convocadas únicamente por un gobierno revolucionario, como resultado de la insurrección victoriosa de los obreros, de los soldados y de los campesinos. Podemos y debemos oponer las Cortes revolucionarias a las Cortes de Conciliación; pero, a nuestro juicio, sería erróneo renunciar, en la *etapa actual*, a la consigna de las Cortes Revolucionarias.

Constituiría un doctrinarismo lamentable y estéril oponer escuetamente la consigna de la dictadura del proletariado a los objetivos y divisas de la democracia revolucionaria (república, revolución agraria, separación de la Iglesia del estado, confiscación de los bienes eclesiásticos, libre determinación nacional, Cortes Constituyentes Revolucionarias). Las masas populares, antes de que puedan conquistar el poder, deben agruparse alrededor de un partido proletario dirigente. La lucha por la representación democrática, así como la participación en las Cortes en una u otra etapa de la revolución, pueden facilitar incomparablemente la realización de este cometido.

La consigna del *armamento de los obreros y de los campesinos* (creación de la milicia obrera y campesina), debe adquirir inevitablemente en la lucha una importancia cada vez mayor. Pero *en la etapa actual*, esta consigna debe asimismo enlazarse estrechamente con las cuestiones de la defensa de las organizaciones obreras y campesinas, de la transformación agraria, de la libertad de las elecciones y de la protección del pueblo contra los pronunciamientos reaccionarios.

Un programa radical de *legislación social*, particularmente el seguro de los sin trabajo, la transferencia de las cargas fiscales a las clases poseyentes, la enseñanza general obligatoria, todas estas y otras medidas análogas, que no sobrepasan aún el marco de la sociedad burguesa, deben ser inscritas en la bandera del partido proletario.

Sin embargo, deben propugnarse ya paralelamente reivindicaciones de carácter transitorio: nacionalización de los ferrocarriles, los cuales son todos en España de propiedad privada; nacionalización de las riquezas del subsuelo; nacionalización de los bancos; control obrero de la industria; en fin, reglamentación de la economía por el estado. Todas estas reivindicaciones, inherentes al paso del régimen burgués al régimen proletario, preparan esta transición para, después de la nacionalización de los bancos y de la industria, disolverse en el sistema de medidas de la economía organizada según un plan que sirve para preparar la sociedad socialista.

Sólo los pedantes pueden ver una contradicción en la combinación de consignas democráticas con otras transitorias y puramente socialistas. Un programa combinado así, que refleja la estructura contradictoria de la sociedad histórica, se desprende inevitablemente de la diversidad de problemas legados en herencia por el pasado. Reducir todas las contradicciones y todos los objetivos a un solo denominador: la *dictadura del proletariado*, es una operación necesaria, pero completamente insuficiente. Aun en el caso de dar un paso adelante, admitiendo que la vanguardia proletaria se haya dado cuenta claramente de que sólo la dictadura del proletariado puede salvar a España de la descomposición, sigue planteada en toda su amplitud la tarea preliminar de reunir y cohesionar alrededor de la vanguardia a los sectores heterogéneos de la clase obrera y a las masas trabajadoras del campo, todavía más heterogéneas. Oponer pura y simplemente la consigna de la dictadura del proletariado a los objetivos históricamente condicionados que impulsan actualmente a las masas hacia la senda de la insurrección, significaría reemplazar la comprensión marxista de la revolución social por la comprensión bakuninista. Sería el mejor medio de perder la revolución.

Ni que decir tiene que las consignas democráticas no persiguen en ningún caso como fin el acercamiento del proletariado a la burguesía republicana. Al contrario, crean el terreno para la lucha victoriosa contra la izquierda burguesa, permitiendo poner al descubierto a cada paso el carácter antidemocrático de la misma. Cuanto más valerosa, decidida e implacablemente luce la vanguardia proletaria por las consignas democráticas, más pronto se apoderará de las masas y privará de base a los republicanos burgueses y a los socialistas reformistas, de un modo más seguro los mejores elementos vendrán a nuestro lado y más rápidamente la república democrática se identificará en la conciencia de las masas con la *república obrera*.

Para que la fórmula teórica bien comprendida se convierta en hecho histórico vivo, hay que hacer pasar esta fórmula por la conciencia de las masas a base de la experiencia, de las necesidades y de las exigencias de las mismas. Para esto es preciso, sin perderse en detalles, sin distraer la atención de las masas, reducir el programa de la revolución a unas pocas consignas claras y simples y reemplazarlas según la dinámica de la lucha. En esto consiste la política revolucionaria.

### ***V Comunismo, anarcosindicalismo, socialdemocracia***

Como es de rigor, los acontecimientos españoles han empezado por pasar inadvertidos para la dirección de la Internacional Comunista. Manuisky, “jefe” de los países latinos, declaraba, incluso recientemente, que los acontecimientos de España no eran dignos de atención. No podía ser de otro modo. Esa gente proclamaba en 1928 que Francia se hallaba en vísperas de la revolución proletaria. Después que durante tanto tiempo habían, amenizado un entierro con su música nupcial, no podían acoger, una boda con una marcha fúnebre. Obrar de otro modo significaba para ellos traicionarse a sí mismos. Cuando resultó, sin embargo, que los acontecimientos de España, no previstos por el calendario del “tercer periodo”, seguían desarrollándose, los jefes de la Internacional Comunista sencillamente decidieron callar; esto, en todo caso, era más prudente. Pero los acontecimientos de diciembre no hicieron posible la continuación del silencio. Y de nuevo, de acuerdo rigurosamente con la tradición, el jefe de los países latinos describió sobre su propia cabeza un círculo de 180°. Nos referimos al artículo de la *Pravda* del 17 de diciembre.

En dicho artículo la dictadura de Berenguer, como la dictadura de Primo de Rivera, es declarada “régimen fascista”. Mussolini, Mateoti, Primo de Rivera, MacDonald, Chang Kai-shek, Berenguer, Dan, todo eso son variedades del fascismo. Puesto que existe una palabra a punto, ¿qué necesidad hay de pensar? Lo único que queda es añadir a esta lista, para completarla, el régimen “fascista” del Negus de Abisinia. Con respecto al proletariado español, la *Pravda* comunica que éste no solamente “va asimilándose cada día más rápidamente el programa y las consignas del partido comunista español”, sino que “ha comprendido ya que en la revolución le corresponde la hegemonía”. Al mismo tiempo, los telegramas oficiales de París dan cuenta de la constitución de sóviets de campesinos en España. Como se sabe, bajo la dirección estalinista son, ante todo, los campesinos los que se asimilan y realizan el sistema de los sóviets (¡China!). Si el proletariado “ha comprendido ya que en la revolución le corresponde la hegemonía”, y los campesinos han empezado a organizar sóviets, y todo esto bajo la dirección del partido comunista oficial, la victoria de la revolución española se puede considerar como asegurada, por lo menos hasta el momento en que el “ejecutivo” de Madrid sea acusado por Stalin y Manuisky de haber aplicado erróneamente la línea general, la cual aparece nuevamente en las páginas de la *Pravda* como la ignorancia y la ligereza generales. Corrompidos hasta la médula por su propia política, estos “jefes” no son capaces de aprender nada.

En realidad, a pesar de las poderosas proporciones tomadas por la lucha, los factores subjetivos de la revolución (partido, organización de las masas, consignas) se hallan extraordinariamente retrasados con respecto a los objetivos del movimiento, y en este atraso consiste hoy el principal peligro. El desarrollo semiespontáneo de las huelgas, determinantes de sacrificios y derrotas, o que terminan en nada, constituye una etapa completamente inevitable de la revolución, un periodo de despertar de las masas, de su movilización y de su entrada en lucha. No hay que olvidar que en el movimiento toma parte no sólo de la “élite” de los obreros, sino toda su masa. Van a la huelga los obreros de las fábricas, pero asimismo los artesanos, los chóferes y panaderos, los obreros de la



construcción y, finalmente, los jornaleros agrícolas. Los veteranos ejercitan sus músculos, los nuevos reclutas aprenden. A través de estas huelgas la clase empieza a sentirse clase.

Sin embargo, lo que en la etapa actual constituye la fuerza del movimiento (su carácter espontáneo) puede convertirse mañana en su debilidad. Admitir que el movimiento siga en lo sucesivo librado a sí mismo, sin un programa claro, sin una dirección propia, significaría admitir una perspectiva sin esperanzas. No hay que olvidar que se trata nada menos que de la conquista del poder. Aun las huelgas más turbulentas, y con tanto mayor motivo esporádicas, no pueden resolver este problema. Si en el proceso de la lucha el proletariado no tuviera la sensación en los meses próximos de la claridad de los objetivos y de los métodos, de que sus filas se cohesionan y robustecen, se iniciaría inevitablemente en él la desmoralización. Los anchos sectores, impulsados por primera vez por el movimiento actual, caerían en la pasividad. En la vanguardia, a medida que se sintiera vacilar el terreno bajo los pies, empezarían a resucitar las tendencias de acción de grupos y de aventurismo en general. En este caso, ni los campesinos ni los elementos pobres de las ciudades hallarían una dirección prestigiosa. Las esperanzas suscitadas se convertirían rápidamente en desengaño y exasperación. Se crearía en España una situación parecida hasta cierto punto ala de Italia después del otoño de 1920. Si la dictadura de Primo de Rivera fue no una dictadura fascista, sino una dictadura de camarillas militares típicamente española que se apoyaba en determinados sectores de las clases poseyentes, en caso de producirse las condiciones más arriba indicadas (pasividad y actitud expectativa del partido revolucionario y carácter espontáneo del movimiento de las masas), en España podría aparecer un terreno propicio para un fascismo auténtico. La gran burguesía podría apoderarse de las masas pequeño burguesas, sacadas de su equilibrio, decepcionadas y desesperadas, y dirigir su indignación contra el proletariado. Hoy nos hallamos aún lejos de esto. Pero no hay tiempo que perder.

Aun admitiendo por un instante que el movimiento revolucionario, dirigido por el ala revolucionaria de la burguesía (oficiales, estudiantes, republicanos) pueda conducir a la victoria, la esterilidad de esta victoria resultaría, en fin de cuentas, igual a una derrota. Los republicanos españoles, como ya se ha dicho, permanecen enteramente en el terreno de las relaciones de propiedad actual. No se puede esperar de ellos ni la expropiación de la gran propiedad agraria, ni la liquidación de la situación privilegiada de la Iglesia católica, ni el baldeo radical de los establos de Augias de la burocracia civil y militar. La camarilla monárquica sería reemplazada sencillamente por la camarilla republicana. Y tendríamos una nueva edición de la efímera e infructuosa república de 1873.

El hecho de que los jefes socialistas vayan a la cola de los republicanos es completamente normal. Ayer la socialdemocracia apoyaba con el hombro derecho a la dictadura de Primo de Rivera. Hoy apoya con el hombro izquierdo a los republicanos. La finalidad superior de los socialistas, los cuales no tienen ni pueden tener una política propia, consiste en la participación en un gobierno burgués sólido. Con esta condición, en fin de cuentas, no tendrían incluso ningún inconveniente en conciliarse con la monarquía.

Pero el ala derecha de los anarcosindicalistas no se halla garantizada contra la posibilidad de seguir este mismo camino: los acontecimientos de diciembre constituyen en este sentido una gran lección y una severa advertencia.

La Confederación Nacional del Trabajo agrupa indiscutiblemente a su alrededor a los elementos más combativos del proletariado. En dicha organización la selección se ha efectuado en el transcurso de una serie de años. Reforzar dicha confederación, convertirla en una verdadera organización de masas es el deber de todo obrero avanzado y ante todo del comunista. Se puede asimismo contribuir a ello actuando en el interior de los sindicatos reformistas, denunciando incansablemente la traición de sus jefes e

incitando a los obreros a agruparse en el marco de una confederación sindical única. Las condiciones de la revolución favorecerán extraordinariamente esta labor.

Pero al mismo tiempo no debemos hacernos ninguna ilusión respecto a la suerte del anarcosindicalismo como doctrina y como método revolucionario. El anarcosindicalismo, con su carencia de programa revolucionario y su incompreensión del papel del partido, desarma al proletariado. Los anarquistas “niegan” la política hasta que ésta les coge por el pescuezo: entonces dejan el sitio libre para la política de la clase enemiga. ¡Así fue en diciembre!

Si el partido socialista adquiriera durante la revolución una situación dirigente en el proletariado, sería capaz sólo de una cosa: de transmitir el poder conquistado por la revolución a las manos agujereadas del ala republicana, de las cuales pasaría automáticamente luego a los que lo detentan actualmente. El gran parto terminaría en un aborto.

Por lo que se refiere a los anarcosindicalistas, podrían hallarse a la cabeza de la revolución sólo en el caso de que renunciaran a sus prejuicios anarquistas. Nuestro deber consiste en ayudarlos en este sentido. Hay que suponer que, en realidad, parte de los jefes sindicalistas se pasará a los socialistas o será dejada de lado por la revolución; los verdaderos revolucionarios estarán con nosotros; las masas irán con los comunistas, lo mismo que la mayoría de los obreros socialistas.

La ventaja de las situaciones revolucionarias consiste precisamente en que las masas aprenden con gran rapidez. La evolución de estas últimas provocará inevitablemente diferenciaciones y escisiones no sólo entre los socialistas, sino también entre los sindicalistas. En el transcurso de la revolución son inevitables los acuerdos prácticos con los sindicalistas *revolucionarios*. Nos mostraremos lealmente fieles a estos acuerdos. Pero sería verdaderamente funesto introducir en los mismos elementos de equívoco, de reticencia, de falsedad. Incluso en los días y las horas en que los obreros comunistas luchan al lado de los obreros sindicalistas, no se puede destruir la barrera de principios, disimular las divergencias o atenuar la crítica de la falsa posición del aliado. Sólo con esta condición quedará garantizado el desarrollo progresivo de la revolución.

### **VI Junta revolucionaria y partido**

Atestigua hasta qué punto el proletariado tiende a una acción mancomunada la jornada del 15 de diciembre, caracterizada por el hecho de que los obreros se levantaron simultáneamente no sólo en las grandes ciudades, sino también en las poblaciones secundarias aprovechándose de la señal de los republicanos porque ellos no disponen de un vocero propio suficientemente sonoro. Por lo visto, la derrota del movimiento no ha provocado ni una sombra de decepción. La masa considera las propias acciones como experimentos, como escuela, como preparación. Es este uno de los rasgos más elocuentes de los periodos de *impulso revolucionario*.

El proletariado, si quiere entrar en la senda de las grandes acciones, tiene necesidad, ya en el momento presente, de una organización que se levante por encima de las separaciones políticas, nacionales, provinciales y sindicales existentes en las filas del proletariado y que corresponda a la envergadura tomada por la lucha revolucionaria actual. Una organización tal, elegida democráticamente por los obreros de las fábricas, de los talleres, de las minas, de los establecimientos comerciales, del transporte ferroviario y marítimo, por los proletarios de las ciudades y del campo, no puede ser más que el *sóviet*. Los epígonos han causado un daño incalculable al movimiento revolucionario en todo el mundo al afirmar en muchas mentes el prejuicio de que los sóviets se crean únicamente para las necesidades del levantamiento armado y únicamente en vísperas del mismo.

En realidad, los sóviets se constituyen cuando el movimiento revolucionario de las masas obreras, aunque se halle lejos todavía de la insurrección, engendra la necesidad de una organización amplia y prestigiosa capaz de dirigir los combates políticos y económicos que abarcan simultáneamente establecimientos y profesiones diversas. Sólo a condición de que los sóviets, durante el periodo preparatorio de la revolución, penetren en el seno de la clase obrera, resultarán capaces de desempeñar un papel directivo en el momento de la lucha inmediata por el poder. Ciertamente, la palabra *sóviet* ha adquirido ahora, después de 13 años de existencia del régimen soviético, un sentido considerablemente distinto del que tenía en 1905 o a principios de 1917, cuando los sóviets surgían no como órganos del poder, sino únicamente como organizaciones combativas de la clase obrera. La palabra *Junta*, íntimamente ligada con toda la historia de la revolución española, expresa de un modo insuperable esta idea. La creación de *Juntas Obreras* está a la orden del día en España.

En la situación actual del proletariado, la organización de juntas presupone la participación en las mismas de los caudillos de la lucha huelguística, comunistas, anarcosindicalistas, socialdemócratas y sin-partido. ¿Hasta qué punto se puede contar con la participación de los anarcosindicalistas y socialdemócratas en los sóviets? Es imposible predecirlo desde lejos. El empuje del movimiento obligaría indudablemente a muchos sindicalistas y acaso aún a una parte de los socialistas a ir más allá de lo que quisieran si los comunistas saben plantear con la debida energía el problema de las juntas obreras.

Con la presión de las masas, las cuestiones prácticas de la organización de los sóviets, de las normas de representación, del momento y los procedimientos de elección, etc., etc., pueden y deben ser objeto de *acuerdo* no sólo de todas las fracciones comunistas entre sí, sino también con los sindicalistas y socialistas dispuestos a ir a la creación de dichos organismos. Los comunistas, ni que decir tiene, en todas las etapas de la lucha actuarán con sus banderas desplegadas.

Contrariamente a lo que supone la novísima teoría del estalinismo, es poco probable que las juntas campesinas, como organizaciones electivas, surjan, al menos en un número considerable, antes de la toma del poder por el proletariado. En el periodo preparatorio, es más probable que se desenvuelvan en el campo otras formas de organización fundadas no en el principio electivo, sino en la selección individual: asociaciones campesinas, comités de campesinos pobres, células comunistas, sindicatos de obreros agrícolas, etc. Sin embargo, ya ahora se puede poner a la orden del día la propaganda en favor de las *juntas campesinas* sobre la base del programa agrario revolucionario.

La insurrección republicana de diciembre de 1930 será indudablemente inscrita en la historia como un jalón entre dos épocas de la lucha revolucionaria. El ala izquierda de los republicanos estableció contacto con los jefes de las organizaciones obreras a fin de obtener la unidad de acción. Los obreros desarmados tuvieron que desempeñar el papel de coro cerca de los corifeos republicanos. Este objetivo fue realizado en la medida necesaria para poner de manifiesto de una vez para siempre la incompatibilidad del complot militar con la huelga revolucionaria. El gobierno halló en el interior del propio ejército suficientes fuerzas contra el complot militar, que oponía un arma a la otra. Y la huelga, privada de objetivo independiente y de dirección propia, quedó reducida a nada tan pronto la sublevación militar fue vencida.

El papel revolucionario del ejército, no como instrumento de los experimentos de la oficialidad, sino como parte armada del pueblo, se halla determinado en fin de cuentas por el papel de los obreros y de las masas campesinas en la marcha de la lucha. Para que la huelga revolucionaria pueda obtener la victoria, ha de enfrentar a los obreros y al ejército. Por importantes que sean los elementos puramente militares de este choque, la

política predomina. La masa puede ser conquistada sólo planteando de un modo claro los fines sociales de la revolución.

Para llevar a cabo eficazmente todas estas tareas son necesarias tres condiciones: el partido, el partido y el partido.

Es difícil juzgar desde lejos cómo se formarán las relaciones entre las distintas organizaciones y grupos comunistas actualmente existentes y cuál será el destino en el futuro. La experiencia lo mostrará. Los grandes acontecimientos someten infaliblemente a prueba las ideas, las organizaciones y los hombres. Si la dirección de la Internacional Comunista se muestra incapaz de proponer a los obreros españoles algo más que una falsa política, el mando burocrático y la escisión, el verdadero partido comunista de España se formará y templará fuera del marco oficial de la Internacional Comunista. Sea como sea, el partido debe ser creado. Dicho partido debe ser único y centralizado.

La clase obrera no puede en ningún caso constituir su organización política de acuerdo con el principio federativo. El partido comunista, que no es el prototipo del régimen estatal futuro de España, sino la palanca de acero destinada a derrumbar el régimen existente, no puede ser organizado más que a base de los principios del centralismo democrático.

La *junta* proletaria será la vasta arena en que cada partido y cada grupo serán sometidos a prueba a la vista de las grandes masas. Los comunistas opondrán la divisa del frente único de los obreros a la práctica de la coalición de los socialistas y parte de los sindicalistas con la burguesía. Sólo el frente único revolucionario hará que el proletariado inspire la confianza necesaria a las masas oprimidas de la ciudad y del campo. La realización del frente único es concebible sólo bajo la bandera del comunismo. La junta tiene necesidad de un partido dirigente. Sin una firme dirección, se convertiría en una forma vacía de organización y caería indefectiblemente bajo la dependencia de la burguesía.

A los comunistas españoles les está asignada, por consiguiente, una gran misión histórica. Los obreros avanzados de todos los países seguirán con apasionada atención el desarrollo del gran drama revolucionario que tarde o temprano exigirá de ellos no sólo simpatía, sino ayuda efectiva. ¡Estaremos con el arma al brazo!

Prinkipo, 24 de enero de 1931

## ***La revolución española y sus peligros***

La revolución española avanza. En el proceso de lucha crecen también sus fuerzas internas. Pero al mismo tiempo crecen igualmente los peligros. Hablamos, no de los peligros que tienen su origen en las clases dominantes y en sus servidores políticos republicanos y socialistas. Estos son enemigos declarados; nuestra misión con respecto a ellos es perfectamente clara. Pero hay otros peligros interiores.

Los obreros españoles miran con confianza a la Unión Soviética, hija de la revolución de octubre. Este estado de espíritu constituye un capital precioso del comunismo. La defensa de la Unión Soviética es el deber de todo obrero revolucionario. Pero no se puede permitir que se abuse de la confianza de los obreros en la revolución de octubre para imponer a los mismos una política que se halla en contradicción fundamental con todas las experiencias y las enseñanzas de octubre.

Hay que decirlo claramente; hay que decirlo de un modo tal que lo oiga la vanguardia del proletariado español e internacional: *la revolución proletaria de España se halla amenazada de un peligro inmediato por parte de la dirección actual de la Internacional Comunista*. Toda revolución, incluso la que nos inspire más esperanzas, puede ser aniquilada, como lo ha demostrado la experiencia de la revolución alemana de 1923, y, de un modo más elocuente, la experiencia de la revolución china de 1925-1927. Tanto en un caso como en otro, la causa inmediata del desastre fue la dirección errónea. Ahora le ha llegado el turno a España. Los dirigentes de la Internacional Comunista no han aprendido nada de sus propios errores o, lo que es peor, para cubrir los errores precedentes se ven precisados a justificarlos. En todo lo que depende de ellos, preparan a la revolución española la misma suerte de la revolución china.

En el transcurso de dos años se desorientó a los obreros avanzados con la desventurada teoría del “tercer período”, que ha debilitado y desmoralizado a la IC. Finalmente, los dirigentes se batieron en retirada. Pero, ¿cuándo? Precisamente en el momento en que la crisis mundial marcaba un cambio radical de la situación y daba a la luz las primeras posibilidades de una ofensiva revolucionaria. Los procesos interiores de España se desarrollaban, entre tanto, de un modo imperceptible para la IC. Manuilsky declaraba (¡y Manuilsky desempeña hoy las funciones de jefe de la IC!) que los acontecimientos de España no merecían ninguna atención.

En nuestro estudio *La revolución española y la táctica de los comunistas*<sup>5</sup>, escrito antes de los acontecimientos de abril, anticipábamos que la burguesía, adornándose con todos los matices del republicanismo, salvaguardaría con todas sus fuerzas, y hasta el último instante, su alianza con la monarquía. “Es verdad que no está excluida la circunstancia (decíamos) de que las clases poseyentes se vean obligadas a sacrificar a la monarquía para salvarse ellas mismas (ejemplos: ¡Alemania!).” Estas líneas sirvieron de pretexto a los estalinistas (naturalmente después de los acontecimientos) para hablar de un pronóstico falso<sup>6</sup>. Un agente que no ha previsto nunca nada, pide a los otros no pronósticos marxistas, sino previsiones teosóficas, para saber qué día y en qué forma se producirán los acontecimientos; es así como los enfermos ignorantes y supersticiosos exigen milagros de la medicina. La previsión marxista consiste en ayudar a orientarse en

---

<sup>5</sup> Ver en esta misma obra página 15 y siguientes.

<sup>6</sup> Los que más se distinguen en este sentido son los estalinistas norteamericanos. Es difícil imaginarse hasta donde llega la vulgaridad y la estupidez de los funcionarios retribuidos y sin control alguno. L. Trotsky.

el sentido general del desarrollo de los acontecimientos y a interpretar sus “sorpresas”. El hecho de que la burguesía española se haya decidido a separarse de la monarquía se explica por dos razones igualmente importantes. El desbordamiento impetuoso de la cólera popular impuso a la burguesía la tentativa de hacer servir de mingo a Alfonso, odiado por el pueblo. Pero esta maniobra, que traía aparejada consigo serios riesgos, le ha sido posible realizarla a la burguesía española únicamente gracias a la confianza de las masas en los republicanos y los socialistas ya que en el cambio de régimen no se tenía que contar con el peligro comunista. La variante histórica que se ha realizado en España es, por consiguiente, el resultado de la fuerza de la presión popular, de una parte, y de la debilidad de la IC, de otra. Hay que empezar con la comprobación de estos hechos. El principio fundamental de la táctica debe ser el siguiente: si quieres ser más fuerte no empieces por exagerar tus propias fuerzas. Pero este principio no tiene ningún valor para los epígonos-burócratas. Si en víspera de los acontecimientos, Manuisky<sup>7</sup> predecía que no ocurriría nada serio al día siguiente del cambio de régimen, el irreemplazable Péri, encargado de suministrar informaciones falsas sobre los países latinos, empezó a mandar telegrama tras telegrama, diciendo que el proletariado español apoyaba casi exclusivamente al partido comunista y que los campesinos españoles creaban sóviets. La *Pravda* publicaba estas estupideces, completándolas con otras sobre los “trotskystas”, que van a remolque de Alcalá Zamora, cuando la verdad es que éste metía y mete en la cárcel a los comunistas de izquierda... En fin, el 14 de mayo, la *Pravda* publicaba un artículo de fondo titulado “España en llamas”, que pretendía tener un carácter programático y que representa la condensación de los errores de los epígonos traducidos al lenguaje de la revolución española.

### ***¿Cómo actuar ante las cortes?***

La *Pravda* intenta partir de la verdad indiscutible de que la propaganda abstracta es insuficiente: “El partido comunista debe decir a las masas lo que deben hacer hoy”. ¿Qué propone la propia *Pravda* en este sentido? Agrupar a los obreros “para el desarme de la reacción, para el armamento del proletariado, para la constitución de los comités de fábrica, para la introducción por iniciativa propia de la jornada de siete horas, etcétera etc.” Etc. etc., así se dice textualmente. Las consignas enumeradas son indiscutibles, aunque se dan sin ninguna conexión interior y sin la consecuencia que debe desprenderse de la lógica del desarrollo de las masas. Pero lo que es sorprendente es que el artículo de la *Pravda* no diga ni una sola palabra sobre las *elecciones a las constituyentes*, como si este acontecimiento político en la vida de la nación española no existiera o como si no tuviera nada que ver con los obreros. ¿Qué significa este mutismo?

Aparentemente, la transformación republicana se produjo, como es sabido, por mediación de las elecciones municipales. Ni que decir tiene; son mucho más profundas las causas del cambio de régimen, de las cuales hemos hablado mucho antes de la caída del ministerio Berenguer. Pero la forma “parlamentaria” de la liquidación de la monarquía ha servido enteramente los intereses de los republicanos burgueses y de la democracia pequeño burguesa. Actualmente hay en España muchos obreros que se imaginan que pueden resolverse las cuestiones fundamentales de la vida social con ayuda de la papeleta electoral. Estas ilusiones no pueden ser destruidas más que por la experiencia. Pero hay

---

<sup>7</sup> Lo dicho por Manuisky en febrero de 1930 fue exactamente lo siguiente: “Los procesos de este género [el proceso revolucionario español] desfilan sobre la pantalla histórica como un episodio que no deja rastros profundos en el espíritu de las masas trabajadoras, que no enriquecen en experiencia de lucha de clases. Una huelga parcial puede tener para la clase obrera internacional una importancia más sugestiva que cualquier “revolución de género español” que se efectúe sin que el partido comunista y el proletariado ejerzan un papel dirigente.” J. Andrade.

que saber facilitar ésta. ¿Cómo? ¿Volviendo la espalda a las Cortes o, al contrario, participando en las elecciones? Hay que dar una respuesta.

Además del artículo de fondo citado, el mismo periódico publica un artículo “teórico” (números del 7 y del 10 de mayo) que pretende dar un análisis marxista de las fuerzas internas de la revolución española y una definición bolchevique de su estrategia. En dicho artículo tampoco se dice una sola palabra a propósito de si se deben boicotear las elecciones o participar en las mismas. En general, la *Pravda* guarda silencio sobre las consignas y los fines de la democracia política, a pesar de que califique de democrática la revolución. ¿Qué significa este mutismo? Se puede *participar* en las elecciones, se puede *boicotearlas*. Pero, ¿se puede *ignorarlas*?

Con respecto a las Cortes de Berenguer, la táctica del boicot era enteramente justa. Se veía de antemano con claridad, que, o bien Alfonso conseguiría adoptar nuevamente por un cierto periodo el camino de la dictadura militar, o bien que el movimiento desbordaría a Berenguer con sus Cortes. En estas condiciones, los comunistas debían tomar sobre sí la iniciativa de la lucha por el boicot de las Cortes. Es precisamente lo que tratamos de hacer comprender con ayuda de los débiles recursos que teníamos a nuestra disposición<sup>8</sup>.

Si los comunistas españoles se hubieran pronunciado oportuna y decididamente por el boicot, difundiendo en el país incluso pequeñas hojas sobre el particular, su prestigio en el momento de la caída del ministerio Berenguer habría aumentado considerablemente. Los obreros avanzados se hubieran dicho: “Esa gente es capaz de comprender las cosas”. Por desgracia, los comunistas españoles, desorientados por la dirección de la IC, no comprendieron la situación e iban a participar en las elecciones, aunque sin convicción alguna. Los acontecimientos los desbordaron y la primera victoria de la revolución no aumentó la influencia de los comunistas.

Actualmente es el gobierno de Alcalá Zamora el que se encarga de la convocatoria de las Cortes Constituyentes. ¿Hay algún motivo para suponer que la convocatoria de estas Cortes será impedida por una segunda revolución? De ningún modo. Son perfectamente posibles poderosos movimientos de las masas, pero este movimiento, sin partido, sin dirección, no puede conducir a una segunda revolución. La consigna de ese boicot sería en la actualidad una consigna de autoaislamiento. Hay que tomar una participación activísima en las elecciones.

### ***El cretinismo parlamentario de los reformistas y el cretinismo antiparlamentario de los anarquistas***

El cretinismo parlamentario es una enfermedad detestable, pero el cretinismo antiparlamentario no vale mucho más, como lo pone de manifiesto con claridad el destino de los anarcosindicalistas españoles. La revolución plantea en toda su magnitud los problemas políticos y, *en su fase actual*, les da la forma parlamentaria. La atención de la clase obrera no puede dejar de estar concentrada en las Cortes, y los anarcosindicalistas votarán “sigilosamente” por los republicanos e incluso por los socialistas. En España, menos que en ninguna otra parte, no se puede luchar contra las ilusiones parlamentarias sin combatir al mismo tiempo la metafísica antiparlamentaria de los anarquistas.

En una serie de artículos y cartas hemos demostrado la enorme importancia de las consignas democráticas para el desarrollo ulterior de la revolución española. La ayuda a los parados, la jornada de siete horas, la revolución agraria, la autonomía nacional, todas estas cuestiones vitales y profundas están ligadas en la conciencia de la gran mayoría de

---

<sup>8</sup> La Oposición de Izquierda no tiene prensa diaria. No hay más remedio que desarrollar en cartas privadas ideas que deberían constituir el contenido de los artículos cotidianos. L. Trotsky.

los obreros españoles, sin excluir a los anarcosindicalistas, con las futuras Cortes. En el periodo de Berenguer era necesario boicotear las Cortes de Alfonso en nombre de las *Cortes Constituyentes Revolucionarias*. En la agitación era necesario colocar desde el principio, en primer término, la cuestión de los derechos electorales. Sí; ¡la cuestión prosaica de los derechos electorales! Ni que decir tiene que la democracia soviética es incomparablemente superior a la burguesa. Pero los sóviets no caen del cielo. Es preciso crecer para llegar a ellos.

Hay en el mundo gentes que se permiten llamarse marxistas y que manifiestan un espléndido desprecio por consignas tales como, por ejemplo, la del sufragio universal igual, directo y secreto para los hombres y las mujeres a partir de los dieciocho años. Sin embargo, si los comunistas españoles hubieran lanzado a su tiempo esa consigna, defendiéndola en discursos, artículos y manifiestos, habrían adquirido una popularidad enorme. Precisamente porque las masas populares de España están inclinadas a exagerar la fuerza creadora de las Cortes, es por lo que todo obrero consciente, todo campesino revolucionario, quieren participar en las elecciones. No nos solidarizamos ni un instante con las ilusiones de las masas; pero lo que tienen de progresivo dichas ilusiones debemos utilizarlo hasta el fin; de lo contrario, no somos revolucionarios, sino unos despreciables pedantes. Aunque no sea más que porque la reducción de la edad electoral interesa vivamente a muchos millares de obreros, de obreras, de campesinos y campesinas. Y ¿a cuáles? A los jóvenes, a los activos, a los que están llamados a realizar la segunda revolución. Oponer estas jóvenes generaciones a los socialistas que se esfuerzan en apoyarse en los obreros de más edad, constituye la misión elemental e indiscutible de la vanguardia comunista.

Es más. El gobierno de Alcalá Zamora quiere hacer aprobar una constitución con dos cámaras. Las masas revolucionarias que acaban de derribar la monarquía y que están impregnadas de una aspiración apasionada, aunque muy confusa todavía, hacia la igualdad y la justicia, acogerán con ardor la agitación de los comunistas contra el plan de la burguesía, consistente en colocar sobre la espalda del pueblo una “cámara de señores”. Esta cuestión *particular* podrá desempeñar un papel enorme en la agitación, crear grandes dificultades a los socialistas, sembrar la discordia entre los socialistas y republicanos, es decir, dividir, aunque no sea más que temporalmente, a los enemigos del proletariado y, lo que es mil veces más importante, establecer una línea divisoria entre las masas obreras y los socialistas.

La reivindicación de la jornada de siete horas, lanzada por la *Pravda*, es muy justa, extraordinariamente importante e inaplazable. Pero, ¿se puede plantear esta reivindicación de un modo abstracto, ignorando la situación política y los fines revolucionarios de la democracia? Al hablar *únicamente* de la jornada de siete horas, de los comités de fábrica y del armamento de los obreros, ignorando la política, sin mencionar ni una sola vez en sus artículos las elecciones a Cortes, *Pravda* hace el juego al anarcosindicalismo, lo alimenta, lo cubre. Sin embargo, el joven obrero, al cual los republicanos y los socialistas privan del derecho al voto, a pesar de que la legislación burguesa lo considera suficientemente maduro para la explotación capitalista, o al cual se quiere imponer la segunda cámara, en la lucha contra estas ignominias, querrá mañana volver la espalda al anarquismo y tender la mano hacia el fusil. Oponer la consigna del *armamento de los obreros* a los procesos políticos reales que arrastran vigorosamente a las masas, significa aislarse de estas últimas y aislar a éstas de las armas.

La consigna de la *autodeterminación nacional* reviste actualmente en España una importancia excepcional. Sin embargo, esta consigna se plantea también hoy en el terreno democrático. No se trata, evidentemente, para nosotros, de incitar a los catalanes y a los vascos a separarse de España, sino de luchar para que se les dé esa posibilidad si expresan



ellos mismos esta voluntad. Pero, ¿cómo determinarla? Muy sencillamente: mediante el sufragio universal, igualitario, directo y secreto de las regiones interesadas. Hoy no existe otro medio. Más adelante, las cuestiones nacionales, lo mismo que todas las otras serán resueltas por los sóviets, como órganos de la dictadura del proletariado. Pero no podemos imponer los sóviets a los obreros en cualquier momento. Lo único que podemos hacer es conducirlos hacia ellos. Aún menos podemos imponer al pueblo los sóviets que el proletariado creará únicamente en el porvenir. Pero hay que dar una respuesta a las cuestiones de hoy. En el mes de mayo los municipios de Cataluña fueron llamados a elegir sus diputados para la elaboración de la constitución catalana, es decir, para decidir su actitud hacia España. ¿Es que los obreros catalanes pueden mostrarse indiferentes ante el hecho de que la democracia pequeñoburguesa, que, como siempre, se somete al gran capital, intente resolver la suerte del pueblo catalán por medio de unas elecciones antidemocráticas? La consigna de la autodeterminación nacional, sin las consignas de la democracia política que la completan y la concretan, es una fórmula vacía, o, lo que es mucho peor, un modo de engañar a la gente.

Durante un cierto periodo, todas las cuestiones de la revolución española aparecerán, en una u otra forma, a través del prisma del parlamentarismo. Los campesinos esperarán, con una tensión extrema, lo que digan las Cortes a propósito de la *cuestión agraria*. ¿No es fácil comprender la importancia que podría tener en las condiciones actuales un programa agrario comunista sostenido desde la tribuna de las Cortes? Para esto son necesarias dos condiciones: hay que tener un programa agrario y conquistar un acceso a la tribuna parlamentaria. Ya sabemos que no son las Cortes las que resolverán el problema de la tierra. Es necesaria la iniciativa audaz de las propias masas campesinas. Pero para una iniciativa semejante las masas tienen necesidad de un programa y de una dirección. La tribuna de las Cortes es necesaria a los comunistas para mantener el contacto con las masas. y de este contacto nacerán los acontecimientos que desbordarán las Cortes. En esto consiste el sentido de la actitud revolucionaria-dialéctica hacia el parlamentarismo.

¿Cómo se explica, entonces, el hecho de que la dirección de la IC guarde silencio sobre esta cuestión? Únicamente porque es prisionera de su propio pasado.

Los estalinistas rechazaron demasiado ruidosamente la consigna de la asamblea constituyente para China. El VI Congreso [de la Internacional Comunista] estigmatizó oficialmente como “oportunismo” las consignas de la democracia política para los países coloniales. El ejemplo de España, país incomparablemente más avanzado que China e India, pone al descubierto toda la consistencia de las decisiones del VI Congreso. Pero los estalinistas están atados de pies y manos. Como no se atreven a incitar al boicot del parlamentarismo, sencillamente se callan. ¡Qué perezca la revolución, pero que se salve la reputación de infalibilidad de los jefes!<sup>9</sup>

### ***¿Cuál será el carácter de la revolución en España?***

En el artículo teórico citado más arriba, que parece escrito expresamente para embrollar los cerebros, después de los intentos de definir el carácter de clase de la

---

<sup>9</sup> El grupo italiano “Prometeo” (bordiguianos) niega en general las consignas democráticas revolucionarias para todos los países y todos los pueblos. Este doctrinarismo sectario, que coincide prácticamente con la posición de los estalinistas no tiene nada de común con la de los bolcheviques-leninistas. La oposición internacional de izquierda debe declinar todo asomo de responsabilidad por semejante infantilismo de extrema izquierda. Precisamente la experiencia actual de España atestigua que las consignas de la democracia política desempeñarán indudablemente un papel de una gran importancia en el proceso de derrumbamiento de la dictadura fascista. Entrar en la revolución española o italiana con el programa de “Prometeo”, es lo mismo que ponerse a nadar con las manos atadas a la espalda; el nadador que tal haga corre un riesgo muy considerable de ahogarse. L. Trotsky.

revolución española, se dice textualmente lo siguiente: “A pesar de todo esto (¡!), sería falso, sin embargo (¡!), caracterizar ya la revolución socialista”. (*Pravda*, 10 de mayo.) Esta frase basta para apreciar todo el análisis. ¿Es que hay alguien en el mundo (debe preguntarse el lector) capaz de creer que la revolución española “en la etapa actual” puede ser considerada como socialista sin que corra el riesgo de ir a parar a un manicomio? ¿De dónde ha sacado en general la *Pravda* la idea de la necesidad de semejante “delimitación”, y en una forma tan suave y condicional? “A pesar de todo esto sería falso, sin embargo...” Se explica esto por el hecho de que los epígonos han hallado, por desgracia suya, una frase de Lenin sobre la “transformación” de la revolución burguesodemocrática en socialista. Como no han comprendido a Lenin y han olvidado o deformado la experiencia de la revolución rusa, han puesto en la base de los errores oportunistas más groseros la noción de la “transformación”. No se trata, ni mucho menos (digámoslo inmediatamente), de sutilezas académicas, sino de una cuestión de vida o muerte para la revolución proletaria. No hace aún mucho tiempo, los epígonos esperaban que la dictadura de Kuomintang se “transformaría” en dictadura obrera y campesina, y esta última en dictadura socialista del proletariado. Se imaginaban, además (Stalin desarrollaba este tema con una profundidad particular), que de una de las alas de la revolución se irían desprendiendo poco a poco los “elementos de derecha”, mientras que en la otra ala se irían reforzando los “elementos de izquierda”. Así se veía el progreso orgánico de la “transformación”. Por desgracia, la magnífica teoría de Stalin-Martínov está enteramente basada en el desprecio más absoluto hacia la teoría de clases de Marx. El carácter del régimen social, y, por consiguiente, de toda revolución, está determinado por el carácter de la clase que detenta el poder. El poder no puede pasar de manos de una clase a las de otra más que mediante un levantamiento revolucionario, y de ningún modo mediante una “transformación orgánica”. Los epígonos pisotearon esta verdad fundamental, primero en China y ahora en España. Y vemos en la *Pravda* a los sabios científicos ponerse los manguitos y colocar el termómetro bajo el sobaco de Alcalá Zamora, mientras reflexionan: ¿se puede o no se puede reconocer que el proceso de “transformación” ha conducido ya la revolución española a la fase socialista? y los sabios (rindamos justicia a su sabiduría) llegan a la conclusión siguiente: No; por ahora aún no se puede reconocer.

Después de habernos dado una apreciación sociológica tan preciosa, la *Pravda* entra en el terreno de los pronósticos y de las directivas. “*En España [dice] la revolución socialista no puede ser la finalidad inmediata*. La finalidad inmediata (¡!) consiste en la revolución obrera y campesina contra los grandes terratenientes y la burguesía.” (*Pravda*, 10 de mayo). Es indudable que la revolución socialista no es en España la “finalidad inmediata”. Sin embargo, sería mejor y más preciso decir que *la insurrección armada con el objetivo de la toma del poder por el proletariado no es en España la “finalidad inmediata”*. ¿Por qué? Porque la vanguardia diseminada del proletariado no arrastra aún tras de sí a la clase, y ésta no arrastra tras de sí a las masas oprimidas del campo. En estas condiciones, la lucha por el poder sería aventurismo. Pero, ¿qué significa en este caso la frase complementaria: “la finalidad inmediata es la revolución obrera y campesina contra los grandes terratenientes y la burguesía”? ¿Es decir, que entre el régimen republicano burgués y la dictadura del proletariado actual habrá una revolución *particular* “obrero y campesino”? Además, ¿es que esta revolución intermedia, “obrero y campesino”, particular en oposición a la revolución socialista, es en España una “finalidad inmediata”? ¿Está, pues, a la orden del día un cambio de régimen? ¿Por la insurrección armada o por otro medio? ¿En qué se distinguirá precisamente la revolución obrera y campesina “contra los terratenientes y la burguesía” de la revolución proletaria? ¿Qué combinación de fuerzas de clase le servirá de base? ¿Qué partido dirigirá la primera revolución en oposición a la segunda? ¿En qué consiste la diferencia de programas y métodos de esas

dos revoluciones? Buscaremos en vano una respuesta a estas preguntas. La confusión y el barullo mental están cubiertos por la palabra “transformación”. A pesar de todas las reservas contradictorias, esa gente sueña en un proceso de tránsito evolutivo de la revolución burguesa a la socialista, por una serie de etapas orgánicas que se presentan bajo distintos seudónimos: Kuomintang, “dictadura democrática”, “revolución obrera y campesina”, “revolución popular”, y en este proceso el momento decisivo en que una clase arrebató el poder a otra, se disuelve imperceptiblemente.

### ***El problema de la revolución permanente***

La revolución proletaria, claro está, es al mismo tiempo una revolución campesina; [pero es imposible actualmente concebir una revolución campesina *al margen* de la revolución proletaria]<sup>10</sup>. Podemos decir a los campesinos con pleno derecho que nuestro fin es la creación de una república obrera y campesina, de la misma manera que después del levantamiento de octubre hemos dado el nombre de “gobierno obrero y campesino” al gobierno de la dictadura proletaria. Pero no oponemos la revolución obrera y campesina a la proletaria, sino que, por el contrario, las identificamos. Es ésta la única manera justa de plantear la cuestión.

Aquí chocamos de nuevo con el centro mismo de la cuestión de la llamada “revolución permanente”. En su lucha contra esta teoría los epígonos han llegado hasta la ruptura completa con el punto de vista de clase. Es verdad que después de la experiencia del “bloque de las cuatro clases” en China, se han vuelto más prudentes. Pero a consecuencia de esto se han embrollado aún más y procuran con todas sus fuerzas embrollar a los demás.

Por fortuna, gracias a los acontecimientos, la cuestión ha salido de la esfera de los sabios ejercicios de los profesores rojos sobre los viejos textos. No se trata de recuerdos históricos, ni de seleccionar extractos, sino de una nueva y grandiosa experiencia histórica que se desarrolla ante nuestros ojos. Aquí dos puntos de vista son confrontados en el campo de la lucha revolucionaria. No se puede escapar a su control. El comunista español que no se dé cuenta a tiempo de la esencia de las cuestiones relacionadas con la lucha contra el “trotskismo”, se verá teóricamente desarmado ante las cuestiones fundamentales de la revolución española.

### ***¿Qué es la “transformación” de la revolución?***

Sí, Lenin propugnó en 1905 la fórmula hipotética de la “dictadura democrática del proletariado y de los campesinos”. De existir en general un país en el cual pudiera esperarse una revolución agraria democrática *independiente* anterior a la toma del poder por el proletariado, ese país era precisamente Rusia, donde el problema agrario dominaba toda la vida nacional, donde los movimientos campesinos revolucionarios se prolongaban durante décadas, donde existía un partido agrario revolucionario con una gran tradición y una amplia influencia entre las masas. Sin embargo, aun en Rusia, no hubo sitio para una revolución intermedia entre la burguesa y la proletaria. En abril de 1917 Lenin repetía sin cesar, refiriéndose a Stalin, Kámenev y otros que se aferraban a la vieja fórmula bolchevique de 1905: “No hay y no habrá otra “dictadura democrática” que la de Miliukov-Tseretelli-Chernov: *la dictadura democrática* es, por su esencia misma, *una dictadura de la burguesía sobre el proletariado*; sólo la dictadura del proletariado puede suceder a la “dictadura democrática”. Quien invente fórmulas intermedias es un pobre

---

<sup>10</sup> La edición de Ruedo Ibérico, o Nin en su momento, cometen aquí un error que anula por completo el sentido de la frase cuando dicen “pero en las condiciones contemporáneas es una revolución campesina *fuera* de la revolución proletaria.” Hemos traducido desde la versión francesa y encorchetado. EIS.

visionario o un charlatán.” He aquí la conclusión que sacaba Lenin de la experiencia viva de las revoluciones de febrero y de octubre. Nosotros seguimos colocados sobre la base de esa experiencia y de esas conclusiones.

¿Qué significa, pues, en este caso, para Lenin la “transformación de la revolución democrática en socialista”? Desde luego nada de lo que ven en su imaginación los epígonos y razonadores hueros pertenecientes al grupo de profesores rojos. Hay que saber que la dictadura del proletariado no coincide, ni mucho menos de una manera mecánica, con la noción de revolución socialista. La conquista del poder por la clase obrera se produce en un medio nacional determinado, en un periodo determinado y para la solución de cuestiones determinadas. En las naciones atrasadas dichas cuestiones de solución inmediata tienen un carácter democrático: liberación nacional del yugo imperialista y revolución agraria, como en China; revolución agraria y de los pueblos oprimidos, como en Rusia. Lo mismo vemos actualmente en España, aunque en otra disposición. Lenin decía incluso que el proletariado ruso había llegado en octubre de 1917 al poder, ante todo, como *agente de la revolución burguesodemocrática*. El proletariado victorioso empezó por la resolución de los problemas democráticos, y, poco a poco, mediante la lógica de su dominación, enfocó las cuestiones socialistas. Sólo doce años después de su poder ha empezado a emprender seriamente la colectivización de la economía agraria. Es esto lo que Lenin calificaba de “transformación” de la revolución democrática en socialista. No es el poder burgués el que se transforma en obrero-campesino y luego en proletario, no; el poder de una clase no se “transforma” en poder de otra, sino que se arrebató con las armas en la mano. Pero después que la clase obrera ha conquistado el poder, los fines democráticos del régimen proletario se transforman inevitablemente en socialistas. El tránsito orgánico y por evolución de la democracia al socialismo es concebible sólo bajo la *dictadura del proletariado*. He aquí la idea central de Lenin. Los epígonos han deformado todo esto, lo han embrollado, falsificado, y ahora envenenan con sus falsificaciones la conciencia del proletariado internacional.

### ***Dos variantes: el oportunismo y el aventurismo***

Se trata (repetámoslo nuevamente) no de sutilezas académicas, sino de cuestiones vitales de la estrategia revolucionaria del proletariado. No es cierto que en España esté a la orden del día la “revolución obrera y campesina”. No es cierto que, en general, esté *hoy* a la orden del día en España una nueva revolución, es decir, una lucha *inmediata* por el poder. No; lo que está a la orden del día es la lucha por las masas, para libertarlas de las ilusiones republicanas y de su confianza en los socialistas, por su agrupamiento revolucionario. La segunda revolución vendrá; pero será la revolución del proletariado conduciendo tras de sí a los campesinos pobres. No habrá sitio para una “revolución obrera y campesina” especial entre el régimen burgués y la dictadura del proletariado. Contar con una revolución semejante y adaptar la política a la misma significa “kuomintangizar” al proletariado, es decir, matar la revolución.

Las fórmulas confusionistas de *Pravda* abren dos caminos que fueron experimentados en China hasta sus últimas consecuencias: el camino oportunista y el camino de la aventura. Si hoy *Pravda* no se decide aún a “caracterizar” la revolución española como revolución obrera y campesina, quién sabe si no lo hará mañana, cuando Zamora Chang Kai-shek sea reemplazado por el “fiel Van-Tan-Vei”: en este caso el izquierdista Lerroux. ¿No dirán entonces los sabios profesores (los Martínov, Kuusinen y Cía) que nos hallamos en presencia de una república obrera y campesina que hay que “sostener en tanto en que...” (fórmula de Stalin en marzo de 1917), o sostenerla enteramente? (Fórmula del mismo Stalin con respecto al Kuomintang en 1925-1927.)

Pero hay también una posibilidad aventurista, que acaso responda aún mejor al estado de espíritu centrista de hoy. El editorial de la *Pravda* dice que las masas españolas “empiezan asimismo a dirigir sus golpes, contra el gobierno.” Sin embargo, ¿es que el partido comunista español puede lanzar la consigna del derrumbamiento del gobierno actual como una finalidad inmediata? En la sabia incursión de la *Pravda* se dice, como hemos visto, que la finalidad inmediata es la revolución obrera y campesina. Si se entiende esta “fase” no en el sentido de la transformación, sino en el derrocamiento del poder, aparece completamente ante nosotros la variante del aventurismo. El débil partido comunista puede decir en Madrid, como dijo (o como se le mandó que dijera) en diciembre de 1927 en Cantón: “Para una dictadura proletaria, naturalmente, no estamos todavía en sazón; pero como hoy se trata de un grado intermedio, de la dictadura obrera y campesina, intentemos la insurrección, aunque no sea más que con nuestras débiles fuerzas, y acaso salga alguna cosa de ello.” En efecto no es difícil prever que cuando se ponga de manifiesto el retraso criminal con que se ha obrado en el primer año de la revolución española los culpables de esta pérdida de tiempo empezarán a azotar a los “ejecutores” y les empujarán, acaso, a una aventura trágica por el estilo de la de Cantón.

### ***Las perspectivas de las “jornadas de julio”***

¿Hasta qué punto es real este peligro? Es completamente real. Tiene sus raíces en las condiciones interiores de la revolución misma, que revisten un carácter particularmente amenazador a causa de los equívocos y de la confusión de los jefes. En la situación española de hoy se oculta una nueva explosión de las masas que corresponde más o menos a aquellos combates de 1917 en Petrogrado, que han entrado en la historia con el nombre de “Jornadas de Julio” y que no condujeron al desastre de la revolución gracias a la justa política de los bolcheviques. Es necesario detenerse en esta cuestión candente para España.

Hallamos el prototipo de las “Jornadas de Julio” en todas las antiguas revoluciones, empezando por la gran revolución francesa, con distintos resultados, pero, como regla general, desdichadas y a menudo catastróficas. La etapa de este orden es inherente al mecanismo de la revolución burguesa, en la medida en que la clase que se sacrifica más por el éxito de la revolución y que deposita más esperanza en la misma, es la que obtiene menos de ella. La lógica de este proceso es completamente clara. La clase poseyente, después de haber obtenido el poder por el golpe de estado, se inclina a considerar que por ello mismo la revolución ha realizado ya íntegramente su misión, y de lo que más se preocupa es de demostrar su buena conducta a las fuerzas reaccionarias. La burguesía “revolucionaria” provoca la indignación de las masas populares por las mismas medidas con las cuales se esfuerza en conquistar la buena disposición de las clases derribadas. La desilusión de las masas se produce muy pronto, antes de que su vanguardia se haya enfriado de los combates revolucionarios. El sector avanzado se imagina que con un nuevo golpe puede dar cima a lo realizado antes de una manera insuficientemente decisiva o corregirlo. De aquí el afán de una nueva revolución sin preparación, sin programa, sin tener en cuenta las reservas, sin pensar en las consecuencias. De otra parte, la burguesía llegada al poder no hace más que vigilar el momento del empuje impetuoso de abajo para intentar arreglar definitivamente las cuentas al pueblo. Tal es la base social y psicológica de esa semirevolución complementaria que, más de una vez en la historia, se ha convertido en el punto de partida de la contrarrevolución victoriosa.

En 1848 las “Jornadas de Julio” se desarrollaron en Francia en junio y tomaron un carácter incomparablemente más grandioso y más trágico que en Petrogrado en 1917. Las llamadas “Jornadas de Junio” del proletariado de París habían nacido con una fuerza irresistible de la revolución de febrero. Los obreros de París, con los fusiles de febrero en

la mano, no podían dejar de reaccionar ante las contradicciones existentes entre el programa pomposo y la realidad miserable, ante ese intolerable contraste que repercutía cada día en sus estómagos y en sus conciencias. Sin plan, sin programa, sin dirección, las Jornadas de Junio de 1848 no eran más que un reflejo potente e inevitable del proletariado. Los obreros insurreccionados fueron aplastados despiadadamente. Fue así como los demócratas desbrozaron el camino al bonapartismo.

La explosión gigantesca de la **Commune** fue, asimismo, con respecto al golpe de estado de septiembre de 1870, lo que habían sido las jornadas de junio con respecto a la revolución de febrero de 1848. La insurrección de marzo del proletariado parisién no tenía nada que ver con el cálculo estratégico, sino que nació de una trágica combinación de circunstancias, completada por una de esas provocaciones de que es tan capaz la burguesía francesa cuando el miedo excita su mala fe. En la Commune de París el proceso reflexivo del proletariado contra el engaño de la revolución burguesa se elevó por primera vez al nivel de revolución proletaria, pero para ser echada abajo inmediatamente.

Hoy la revolución incruenta, pacífica, gloriosa (la lista de estos adjetivos es siempre la misma), en España prepara ante nuestros ojos sus “jornadas de junio”, si se toma el calendario de Francia, o sus “jornadas de julio”, si se toma el calendario de Rusia. El gobierno de Madrid, bañándose en frases que parecen a menudo una traducción del ruso, promete medidas amplias contra el paro forzoso y los latifundios, pero no se atreve a tocar ninguna de las viejas llagas sociales. Los socialistas de la coalición ayudan a los republicanos a sabotear los fines de la revolución. El jefe de Cataluña, de la parte más industrial y más revolucionaria de España, predica un reinado milenarista sin naciones ni clases oprimidas, pero al mismo tiempo no hace absolutamente nada para ayudar al pueblo a liberarse, por lo menos, de una parte de sus cadenas más odiadas. Macià se esconde tras el gobierno de Madrid, el cual, a su vez, se esconde tras las Cortes Constituyentes. ¡Como si la vida se detuviera esperando esas Cortes! ¡Y como si no fuera evidente que las cortes futuras no serán más que una reproducción ampliada del bloque republicano-socialista, que no tiene otra preocupación más que la de que todo quede como antes! ¿Es difícil prever el incremento febril de la indignación de los obreros y de los campesinos? La desproporción entre la marcha de las masas en la revolución y en la política de las nuevas clases dirigentes es el origen de ese conflicto irreconciliable que, en su desarrollo ulterior, o dará lugar a la primera revolución, la de abril, o conducirá a la segunda revolución.

Si el partido bolchevique se hubiera obstinado en considerar el movimiento de junio como “inoportuno” y hubiese vuelto la espalda a las masas, la semiinsurrección hubiera caído inevitablemente bajo la dirección esporádica e incoherente de los anarquistas, de los aventureros, de los elementos que hubieran expresado de un modo ocasional la indignación de las masas, y se habría visto ahogada en sangre por convulsiones estériles. Pero, por el contrario, si el partido, poniéndose al frente del movimiento, hubiera renunciado a su apreciación de la situación en su conjunto para deslizarse hacia las sendas de los combates decisivos, la insurrección habría tomado un impulso audaz; los obreros y los soldados, bajo la dirección de los bolcheviques, se habrían adueñado temporalmente del poder en Petrogrado en el mes de junio, pero únicamente para preparar luego el fracaso de la revolución. Sólo la dirección acertada del partido de los bolcheviques evitó las dos variantes de ese peligro fatal en el sentido de las jornadas de junio de 1848 y de la Commune de París de 1871. El golpe asestado en julio de 1917 a las masas y al partido fue muy considerable. Pero no fue un golpe decisivo. Las víctimas se contaron por decenas, pero no por decenas de miles. La clase obrera salió de esa prueba no decapitada ni exangüe; conservó completamente sus cuadros combativos, los cuales aprendieron mucho, y en octubre condujeron al proletariado a la victoria.

Precisamente desde el punto de vista de las “jornadas de junio” constituye un terrible peligro la ficción de la revolución “intermedia” que, según se pretende, está a la orden del día en España.

### ***La lucha por las masas y las juntas obreras***

El deber de la **Oposición de Izquierda** consiste en poner de manifiesto, desenmascarar y condenar a la vergüenza eterna en la conciencia de la vanguardia proletaria, de un modo implacable, la fórmula de una “revolución obrera y campesina” particular, distinta de las revoluciones burguesa y proletaria. ¡No creáis esto, comunistas de España! No es más que una ilusión y un engaño. Es una trampa diabólica que puede convertirse mañana en una soga para vuestro cuello. Reflexionad bien en las lecciones de la revolución rusa y en las de los desastres de los epígonos. Ante vosotros se abre una perspectiva de lucha por la *dictadura del proletariado*. En nombre de esta misión debéis agrupar a vuestro alrededor a la clase obrera y levantar a los millones de campesinos pobres para que ayuden a los obreros. Es ésta una labor gigantesca. Sobre vosotros, comunistas de España, recae una responsabilidad revolucionaria enorme. No cerréis los ojos ante vuestra debilidad, no os dejéis engañar por las ilusiones. La revolución no cree en las palabras, sino que somete todo a prueba, a la prueba sangrienta. Sólo la dictadura del proletariado puede derrocar la dominación de la burguesía. No hay, no habrá, ni puede haber, ninguna revolución intermedia, más “simple”, más “económica”, más accesible a vuestras fuerzas. La historia no inventará para vosotros ninguna dictadura con descuento. El que os hable de ella os engaña. Preparaos seriamente, con tenacidad, de un modo incansable, para la dictadura del proletariado.

Sin embargo, el objetivo inmediato que se plantea a los comunistas españoles *no es la lucha por el poder, sino la lucha por las masas*, y esta lucha se desarrollará en el periodo próximo sobre la base de la república burguesa y, en proporciones enormes, bajo las consignas de la democracia. El objetivo inmediato es, indudablemente, la creación de juntas obreras (sóviets). Pero, sería absurdo oponer las juntas a las consignas de la democracia. La lucha contra los privilegios de la Iglesia y contra la dominación de los órdenes religiosos y de los conventos (lucha puramente democrática) condujo en mayo a una explosión de las masas que creó condiciones favorables, desgraciadamente no utilizadas, para la elección de diputados obreros. En la fase actual, las juntas son la forma organizada del frente único proletario, para las huelgas, para la expulsión de los jesuitas, para la participación en las elecciones a las constituyentes, para el contacto con los soldados, para el apoyo al movimiento campesino. Es sólo a través de las juntas, que engloban al núcleo fundamental del proletariado, como los comunistas podrán asegurar su hegemonía entre el proletariado y, por consiguiente, en la revolución. Sólo a medida que vaya aumentando la influencia de los comunistas sobre la clase obrera, las juntas se convertirán en órganos de lucha por el poder. En una de las etapas ulteriores (no sabemos todavía cuándo) las juntas, como órganos del poder del proletariado, se verán opuestas a las instituciones democráticas de la burguesía. Sólo entonces llegará la última hora de la democracia burguesa.

En todos los casos en que las masas se ven arrastradas a la lucha, sienten invariablemente (no pueden menos de sentirla) la necesidad aguda de una organización prestigiosa que se eleve por encima de los partidos, de las fracciones y de las sectas, y que sea capaz de unir a todos los obreros en una acción común. Son precisamente las juntas obreras elegibles las que deben presentar esta forma de organización. Hay que saber sugerir a las masas esta consigna en el instante oportuno, y momentos semejantes aparecen actualmente a cada instante. Oponer la consigna de los sóviets, como órganos de la dictadura del proletariado, a la lucha real de hoy, significa convertir dicha consigna

en un santuario ultrahistórico, en un icono ultrarrevolucionario, que pueden adorar algunos devotos, pero que no puede nunca arrastrar a las masas revolucionarias.

### ***La cuestión de los ritmos de la revolución española***

Pero ¿queda aún tiempo para la aplicación de una táctica acertada? ¿No es ya tarde? ¿No se han dejado pasar ya todos los plazos?

El determinar acertadamente los ritmos de desarrollo de la revolución tiene una enorme importancia, si no para definir la línea estratégica fundamental, al menos para la definición de la táctica. Ahora bien, sin una táctica justa, la mejor línea estratégica puede conducir a la ruina. Naturalmente, es imposible prever los ritmos por un largo periodo. El ritmo debe ser comprobado en el curso de la lucha, sirviéndose de los síntomas más variados. Además, en el curso de los acontecimientos, el ritmo puede cambiar bruscamente. Pero, a pesar de todo, hay que tener ante los ojos una perspectiva determinada, a fin de efectuar en la misma, en el proceso de la experiencia, correcciones necesarias.

La gran revolución francesa empleó más de tres años para llegar al punto culminante: la dictadura de los jacobinos. La revolución rusa condujo en ocho meses a la dictadura de los bolcheviques. Vemos aquí una diferencia enorme de los ritmos. Si en Francia los acontecimientos se hubieran desarrollado más rápidamente, los jacobinos no hubieran tenido tiempo para formarse, pues en vísperas de la revolución no existían como partido. De otra parte, si los jacobinos hubieran representado una fuerza ya en vísperas de la revolución, los acontecimientos indudablemente se habrían desarrollado con más rapidez. Tal es uno de los factores que determina el ritmo. Pero hay otros que son acaso más decisivos.

La revolución rusa de 1917 fue precedida de la revolución de 1905, calificada de ensayo general por Lenin. Todos los elementos de la segunda y de la tercera revolución fueron preparados de antemano, de manera que las fuerzas que participaron en la lucha avanzaban por un camino conocido. Esto aceleró extraordinariamente el periodo de ascensión de la revolución hacia su punto culminante.

Pero, así y todo, hay que suponer que el factor decisivo en la cuestión del ritmo en 1917 fue *la guerra*. La cuestión de la tierra podía ser aún aplazada por algunos meses, incluso acaso por algunos años. Pero la cuestión de la muerte en las trincheras no permitía ningún aplazamiento. Los soldados decían: “¿Qué necesidad tengo de la tierra si yo no estaré allí?” La presión de una masa de doce millones de soldados fue un factor que contribuyó extraordinariamente a acelerar la revolución. Sin la guerra, a pesar del “ensayo general” de 1905 y de la existencia del partido bolchevique, el periodo preparatorio, prebolchevista de la revolución, hubiera podido durar no ocho meses, sino acaso un año, dos y más.

El partido comunista español ha entrado en los acontecimientos en un estado de debilidad extrema. España no está en guerra; los campesinos españoles no están concentrados por millones en los cuarteles y en las trincheras, ni se hallan bajo el peligro inmediato de exterminio. Todas estas circunstancias obligan a esperar un desarrollo más lento de los acontecimientos y permiten, por consiguiente, confiar en que se dispondrá de un plazo más largo para la preparación del partido y la conquista del poder.

Pero hay factores que obran en el sentido opuesto y que pueden provocar tentativas prematuras de un combate decisivo que equivaldría al desastre de la revolución: la ausencia de un partido fuerte aumenta la importancia de lo espontáneo en el movimiento; las tradiciones anarcosindicalistas obran en el mismo sentido; finalmente, la falsa orientación de la IC abre las puertas a las explosiones de aventurismo.



La conclusión de estas analogías históricas es clara: si la situación en España (ausencia de tradiciones revolucionarias recientes; ausencia de un partido fuerte; ausencia de la guerra) conduce a que el *alumbramiento normal* de la dictadura del proletariado se vea, según todas las apariencias, prolongado por un plazo considerablemente más largo que en Rusia, existen, por el contrario, circunstancias que refuerzan extraordinariamente el peligro de un *aborto revolucionario*.

La debilidad del comunismo español, que es el resultado de la falsa política oficial, hace, a su vez, a este último extremadamente susceptible de asimilarse las conclusiones más peligrosas de las directivas falsas. Al débil no le gusta ver su propia debilidad, teme hallarse retrasado, se enerva y corre demasiado. En particular, los comunistas españoles pueden temer las cortes. En Rusia, la asamblea constituyente, aplazada por la burguesía, se reunió después ya del desenlace decisivo y fue liquidada sin esfuerzo. Las Cortes Constituyentes Españolas se reúnen en una fase más próxima de la revolución. En las cortes, los comunistas, si en general logran ir allí, serán una minoría insignificante. De esto puede nacer el pensamiento de intentar el derrocamiento de las cortes lo más pronto posible, aprovechándose de cualquier ofensiva espontánea de las masas. Semejante aventura no sólo no resolvería el problema del poder, sino que, por el contrario, se rechazaría muy considerablemente la revolución, la cual quedaría seguramente con la columna vertebral rota. El proletariado podrá arrancar el poder de manos de la burguesía sólo a condición de que la mayoría de los obreros tiendan a ello apasionadamente y de que la mayoría explotada del pueblo tenga confianza en el proletariado. Es precisamente en la cuestión de las instituciones parlamentarias de la revolución en la que los camaradas españoles deben fijarse, no tanto en la experiencia rusa cuanto en la de la gran revolución francesa. La dictadura de los jacobinos fue precedida de tres parlamentos. Por estos tres peldaños las masas se elevaron hasta la dictadura jacobina. Sería estúpido creer (como los republicanos y socialistas madrileños) que las cortes pondrán efectivamente un punto a la revolución. No; las cortes no pueden hacer otra cosa que dar un nuevo empuje al desarrollo de la revolución, asegurando al mismo tiempo una mayor regularidad del mismo. Semejante perspectiva es muy importante para la orientación en el curso de los acontecimientos, para contrarrestar el enervamiento y el aventurismo.

Esto no significa, ni que decir tiene, que los comunistas deban desempeñar el papel de freno de la revolución, y, aún menos, que deban desolidarizarse de los movimientos y de las acciones de las masas de la ciudad y del campo. Semejante política sería funesta para el partido, el cual debe conquistar aún la confianza de las masas revolucionarias. Únicamente porque los bolcheviques dirigieron todos los combates de los obreros y de los soldados, tuvieron en julio la posibilidad de evitar la catástrofe de las masas.

Si las condiciones objetivas y la mala fe de la burguesía hubieran impuesto al proletariado el combate decisivo en las condiciones desfavorables, los comunistas habrían, naturalmente, encontrado su puesto en las primeras filas de los combatientes. Un partido revolucionario preferirá siempre exponerse a la destrucción, junto con su clase, que permanecer al margen predicando la moral y dejando a los obreros sin dirección bajo las bayonetas de la burguesía. Un partido aplastado en la lucha penetrará profundamente en el corazón de las masas, y tarde o temprano tomará su desquite. Un partido que se retire en el momento de peligro no renacerá más. Pero los comunistas españoles no se hallan en general situados en esta alternativa trágica. Al contrario, hay todos los motivos para creer que la ignominiosa política del socialismo en el poder y la desorientación lamentable del anarcosindicalismo impulsarán cada vez más a los obreros hacia el comunismo, y que el partido (a condición de que tenga una política justa) dispondrá de tiempo suficiente para prepararse y conducir al proletariado a la victoria.

***¡Por la unidad de las filas comunistas!***

Uno de los crímenes más vergonzosos de la burocracia estalinista es la escisión sistemática de las filas comunistas, poco numerosas en España, escisión que no se deriva de los acontecimientos de la revolución española, sino que les ha sido impuesta bajo la forma de directivas que se desprenden de la lucha de la burocracia estalinista por su propia conservación. La revolución crea siempre en el proletariado una fuerte corriente hacia el ala izquierda. En 1917 se fundieron con los bolcheviques todos los grupos y todas las corrientes que le eran espiritualmente afines, aunque en el pasado hubieran luchado contra el bolchevismo. El partido no sólo creció rápidamente, sino que vivió una vida interior de una extraordinaria turbulencia. Desde abril hasta octubre, y más tarde, durante los años de guerra civil, la lucha de tendencias y de grupos en el partido bolchevique alcanza en algunos momentos una gravedad extraordinaria. Pero no se producen escisiones, ni tan siquiera exclusiones individuales. La presión poderosa de las masas cohesiona al partido. La lucha interna le educa, le aclara su propio camino. En esta lucha todos los miembros del partido adquieren una convicción profunda en el acierto de la política del partido y en la seguridad revolucionaria de la dirección. Es sólo esta convicción de los bolcheviques de fila, conquistada en la experiencia y en la lucha ideológica, lo que da la posibilidad a la dirección de lanzar a todo el partido al combate en el momento necesario. y sólo la convicción profunda del partido en el acierto de su política inspira a las masas obreras la confianza en el mismo. Grupos artificiales impuestos desde fuera; ausencia de lucha ideológica libre y honrada; aplicación del calificativo de enemigos a los amigos; creación de leyendas que sirven para la escisión de las filas comunistas. He aquí lo que paraliza actualmente al partido comunista español. Este debe librarse de las tenazas burocráticas que lo condenan a la impotencia. Hay que agrupar las filas comunistas sobre la base de una discusión abierta y honrada. Hay que preparar el congreso de unificación del partido comunista español.

La situación se complica por el hecho de que no sólo la burocracia estalinista oficial en España, poco numerosa y débil, sino también las organizaciones opositoras, que formalmente se hallan fuera de la Internacional Comunista (la federación catalana y el grupo autónomo de Madrid), carecen de un programa de acción claro y, lo que es todavía peor, están contaminados en una gran parte de los prejuicios que los epígonos del bolchevismo han sembrado con tanta abundancia durante estos últimos ocho años. Los opositoras catalanes no tienen la claridad necesaria en la cuestión de la “revolución obrera y campesina”, de la “dictadura democrática” y aun del “partido obrero y campesino”. Esto redobla el peligro. La lucha por la reconstitución de la unidad de las filas comunistas debe ser combinada con la lucha contra la podredumbre ideológica y la falsificación estalinista.

Es ésta la misión de la Oposición de Izquierda. Pero hay que decir la verdad: ésta apenas ha iniciado aún su tarea. Sabemos las condiciones difíciles en que se hallan nuestros compañeros de ideas; persecuciones policiacas ininterrumpidas bajo Primo de Rivera, bajo Berenguer y bajo Alcalá Zamora. El compañero Lacroix, por ejemplo, sale de la cárcel para volver a entrar en ella. El aparato de la IC, impotente en el terreno de la dirección revolucionaria, desarrolla una gran actividad en el de las persecuciones y de las calumnias. Todo esto dificulta extremadamente el trabajo. Sin embargo, éste debe ser llevado a cabo. Hay que agrupar las fuerzas de la Oposición de Izquierda en todo el país, fundar una revista y un boletín, agrupar a la juventud obrera, formar círculos y luchar por la unidad de las filas comunistas sobre la base de una política marxista justa.

Kadiki, 28 de mayo de 1931

## ***La revolución española al día. Cartas dirigidas al Secretariado Internacional***

### ***y a los camaradas de la sección española***

#### **25 de mayo de 1930**

Los acontecimientos de la crisis que atraviesa actualmente España, se desarrollan, por el momento, con una notable regularidad que deja a la vanguardia proletaria algún tiempo para prepararse...

Dado que la burguesía se niega, consciente y obstinadamente, a tomar a su cargo el cuidado de resolver los problemas impuestos por la crisis que sufre su régimen; dado que el proletariado no está todavía dispuesto para encargarse de resolver estos problemas, no es raro que el proscenio esté ocupado por los estudiantes... La actividad revolucionaria o semirrevolucionaria de los estudiantes muestra que la sociedad burguesa atraviesa una crisis muy profunda...

Los obreros españoles han manifestado un instinto revolucionario muy acertado dando su apoyo a las manifestaciones de estudiantes. Claro está, tienen que obrar así bajo su propia bandera y bajo la dirección de su propia organización proletaria. El deber del comunismo español es asegurar esta acción, y a este efecto es indispensable que tenga una política justa...

Si los comunistas emprenden este camino, hay que admitir que combatirán resuelta, audaz, enérgicamente, por las consignas democráticas. Si no entienden la cosa así, se cometería un gravísimo error sectario... Si la crisis revolucionaria se transforma en revolución, rebasará fatalmente los límites previstos por la burguesía y, en caso de victoria, será preciso que el poder sea transmitido al proletariado.

#### **21 de noviembre de 1930**

En mi artículo he expresado de un modo muy circunspecto la idea de que después de varios años de dictadura, después de un movimiento de oposición de la burguesía, después de todo el ruido artificialmente levantado por los republicanos, después de las manifestaciones de estudiantes, conviene esperar una “inevitable” acción obrera, y he dado a entender que esta acción podía coger de imprevisto a los partidos revolucionarios. Si no me engaño, algunos camaradas españoles han estimado que yo exageraba la importancia sintomática de las manifestaciones de estudiantes y, al mismo tiempo, las perspectivas del movimiento revolucionario obrero. Desde entonces, sin embargo, la lucha mediante la huelga ha adquirido en España una amplitud formidable. Es absolutamente imposible discernir claramente quiénes son los que dirigen estas huelgas. ¿No os parece que España podría pasar por el ciclo de acontecimientos que conoció Italia a partir de 1918-1919: una fermentación de huelgas, la huelga general, la toma de fábricas, la falta de dirección, la decadencia del movimiento, el desarrollo del fascismo y una dictadura contrarrevolucionaria? El régimen de Primo de Rivera no era una dictadura fascista, porque no se apoyaba en una reacción de las masas pequeñoburguesas. ¿No os parece que, a consecuencia del indudable empuje revolucionario que tiene lugar actualmente en España (la vanguardia proletaria, en tanto que partido, permanece como

en el pasado pasiva e incapaz), la situación puede prestarse a un auténtico fascismo? Lo que hay de más peligroso en semejantes circunstancias es que se pierda el tiempo.

### **12 de diciembre de 1930**

¿Cuáles son, pues, las perspectivas?... Por lo que puedo ver según vuestra última carta, todas las organizaciones, todos los grupos, se dejan llevar por la corriente, es decir participan en el movimiento en la medida en que los arrastra. Ninguna de las organizaciones tiene un programa de acción revolucionaria, ni perspectivas suficientemente meditadas.

[...] Me parece que la consigna de sóviets está sugerida por toda la situación, si se entiende por éstos los consejos obreros que se crearon y desarrollaron en Rusia. Fueron ante todo poderosos comités de huelga. Ninguno de los que se adherían al comienzo podía suponer que los sóviets eran los futuros órganos de poder... Claro está, no se pueden crear artificialmente los sóviets. Pero en cada huelga local, si afecta a la mayoría de los oficios y adquiere un carácter político, es necesario actuar para que surjan los sóviets. Esta es la única forma de organización que, en las circunstancias actuales, es capaz de tomar la dirección del movimiento y de instaurar la disciplina de la acción revolucionaria.

Os diré francamente que temo mucho que la historia del porvenir tenga que acusar a los revolucionarios españoles de no haber sabido aprovechar una situación revolucionaria.

### **19 de enero de 1931**

¿Las elecciones tendrán verdaderamente lugar el 1 de marzo?... En la situación actual, parece que se podría muy bien hacer fracasar las elecciones de Berenguer mediante una táctica de boicot enérgicamente aplicada: en 1905 fue así como hicimos fracasar las elecciones a una Duma legislativa que sólo era consultiva. ¿Cuál es sobre este punto la política de los comunistas? ¿Distribuyen con este motivo octavillas, llamamientos, proclamas?

¿Pero si se boicotean las cortes, en nombre de qué se hace? ¿En nombre de los sóviets? En mi opinión, sería erróneo plantear así la cuestión. No se puede, en este momento, unir a las masas de las ciudades y de los campos más que a base de las consignas democráticas. Entre éstas figura las cortes constituyentes, elegidas a base del sufragio universal igualitario, directo y secreto. Creo que, en la situación actual, no podéis pasar de esta consigna. Porque, finalmente, no existen todavía sóviets. Los obreros españoles no saben nada (por lo menos por experiencia) sobre lo que son los sóviets. ¿Y qué decir entonces de los campesinos? Por otra parte, la lucha con motivo y en torno a las cortes será, en el próximo periodo, toda la vida política del país. En tales condiciones sería erróneo oponer la consigna de sóviets a la de las cortes. Muy al contrario, en el periodo que va a seguir, parece que no se podrán crear soviets más que movilizandolos a las masas con las consignas democráticas. Comprendemos esto de la manera siguiente: para impedir a la monarquía que convoque a cortes elegidas con engaños, falsas y conservadoras, para asegurar la convocatoria de cortes constituyentes democráticas, para que esas cortes puedan dar las tierras a los campesinos y hacer otras muchas cosas, es preciso crear sóviets de obreros, soldados y campesinos, que fortificarán las posiciones de las clases laboriosas.

### **31 de enero de 1931**

Los comunistas españoles deben rehacer su unidad: esta consigna tendrá, sin duda, en el periodo que va a seguir, un formidable poder de atracción, que aumentará al mismo tiempo que la influencia del comunismo. Las masas, e incluso su vanguardia, sólo

aceptarán las escisiones que les sean impuestas por su propia experiencia. Por esto me parece que la consigna de frente único relativa a los obreros sindicalistas y socialistas debe ir acompañada de esta otra consigna: unificación de los comunistas (a base de una plataforma determinada).

### **5 de febrero de 1931**

[...] Creo que no os será muy posible renunciar a la consigna de Cortes Constituyentes Revolucionarias. ¿La población de España no está formada en un 70 por 100 de campesinos? ¿Cómo pueden comprender éstos la consigna de, una “república obrera”? Los republicanos y los socialistas, por una parte, y los curas por otra, dirían a los campesinos que los obreros quieren dominarles y administrarles. ¿Qué les contestaréis? Sólo veo una respuesta que se les pueda dar en las circunstancias presentes: queremos que los obreros y campesinos expulsen a los funcionarios nombrados por el poder superior y de un modo general a todos los responsables de violencias, a todos los opresores, y que expresen su libre voluntad mediante el sufragio universal. Se podrá llevar a los campesinos a la república obrera, es decir a la dictadura del proletariado, durante la lucha que tenga lugar para la conquista de las tierras y otros objetivos. Pero no es posible proponer a los campesinos la dictadura del proletariado como fórmula fijada *a priori*.

[...] Evidentemente, los comunistas han cometido una falta al omitir el tomar la iniciativa del boicot. Eran los únicos capaces, a la cabeza de los obreros revolucionarios, de dar a la campaña del boicot la audacia y la combatividad. Sin embargo, parece que la opinión está muy ampliamente dispuesta al boicot, en lo que se manifiesta el síntoma de una profunda efervescencia en las masas populares. Los últimos telegramas parecen confirmar que los republicanos y los socialistas se han pronunciado por el boicot. Si los comunistas les hubiesen combatido vigorosamente en tiempo útil, los republicanos y socialistas se habrían encontrado en una dificultad infinita para renunciar a este proyecto. Entre tanto, Berenguer y su gobierno están enfrentados, fuertemente, con las elecciones del 1 de marzo. Si el boicot obliga a Berenguer a operar una retirada en un determinado sentido, las consecuencias serían formidables: las masas adquirirían mejor conciencia de sus disposiciones revolucionarias, sobre todo si los comunistas hubieran actuado como instigadores y guías en esta táctica.

### **13 de febrero de 1931**

Con motivo de la “república obrera”. En manera alguna se debe renunciar a esta consigna. Pero actualmente conviene más a la propaganda que a la agitación. Debemos explicar a lo mejor de la clase que marchamos hacia una república obrera, pero que es necesario ante todo hacer que los campesinos acepten esta idea. Por otra parte, el convertir a los rurales a la república obrera, es decir, de hecho, a la dictadura del proletariado, sólo podremos hacerlo después de varias “experiencias” transitorias, entre ellas la del parlamentarismo. Los campesinos sólo aceptarán la dictadura del proletariado después de haber agotado todas las otras posibilidades. Es cierto que, en España, muchas posibilidades han sido ya objeto de experiencias. Sin embargo, queda la de una democracia “integral”, “consecuente”, obtenida por la vía revolucionaria. Me refiero a las cortes constituyentes. Claro está, no tenemos por esta fórmula la devoción que se podría tener por un fetiche. Si los acontecimientos se desarrollan más rápidamente, sabremos en tiempo útil remplazar esta consigna por otra.

### **15 de febrero de 1931**

Recuerdo que, en forma de “sueño”, le escribí que sería excelente cosa si el boicot forzase a la monarquía a arrodillarse, aunque no fuese más que con una sola rodilla.

Ahora, esto es un hecho. La dimisión de Berenguer no tiene una gran importancia política en sí; pero como síntoma es extraordinariamente significativa. La impotencia de la monarquía, la disgregación de las pandillas dirigentes, su falta de confianza en sí mismas, el miedo, el miedo, el miedo, ante el pueblo, ante la revolución, el miedo del mañana, las tentativas hechas para prevenir, mediante extraordinarias concesiones, las consecuencias más temibles, esto es lo que se deduce de la dimisión de Berenguer y de la semicapitulación del rey. ¡Es espléndido! ¡Verdaderamente espléndido! ¡No se podía imaginar nada mejor! El respeto fetichista del poder en la conciencia de las masas populares ha sufrido un golpe mortal. Millones de corazones van a rebosar de satisfacción, de seguridad, de audacia; ese flujo les enardecerá, les inspirará, les empujará hacia adelante.

El conjunto de la situación revolucionaria en que debe obrar el partido del proletariado es ahora de las más favorables. Toda la cuestión consiste actualmente en saber cómo se conducirá el partido. Desgraciadamente, los comunistas no han representado el papel de corifeos en el concierto de los boicoteadores. Por lo cual, no han hecho grandes conquistas en el campo durante estos dos o tres últimos meses. Durante los periodos en que la corriente revolucionaria es impetuosa, la autoridad del partido se incrementa rápida, febrilmente, a condición de que, en los virajes decisivos, en las nuevas etapas, el partido lance una consigna necesaria cuya justeza sea enseguida confirmada por los acontecimientos... Durante estos meses, durante estas últimas semanas, se han dejado escapar las ocasiones. ¿Pero para qué volver sobre el pasado? Es preciso mirar ante sí. La revolución sólo está en el comienzo de su desarrollo. Se puede todavía recuperar el céntuplo de lo que se ha dejado perder.

El problema parlamentario y constitucional se sitúa en el centro de la vida política oficial. No podemos hacer como que lo ignoramos al pasar ante él. Es preciso, según yo, redoblar nuestra energía para lanzar la consigna de cortes revolucionarias constituyentes. No hay que sentir “repugnancia” por emplear fórmulas netamente democráticas. Se debe reclamar, por ejemplo, el derecho de ser electores para todos sin distinción de sexo, a partir de la edad de dieciocho años y sin ninguna restricción. Dieciocho años para ese país meridional, es quizás incluso fijar una edad ya bastante avanzada: es preciso contar con la juventud.

[...] La cuestión del frente único de todas las fracciones comunistas, comprendido el partido oficial, será inevitablemente puesta en el orden del día. Las masas deben experimentar durante las semanas y los meses próximos, una imperiosa necesidad de estar dirigidas por un partido revolucionario unido y serio. Los disentimientos de los comunistas irritarán a las masas. Estas impondrán la unidad; no para siempre, indudablemente, porque los acontecimientos pueden enviar a las fracciones en diversas direcciones. Pero para el periodo que viene, la aproximación de las fracciones comunistas me parece totalmente inevitable. Sobre este punto, como en la cuestión del boicot y en toda otra cuestión política de actualidad, el beneficio será para la fracción que haya tomado la iniciativa de rehacer la unidad de las filas comunistas. Para que la izquierda comunista esté en condiciones de tomar esta iniciativa, es necesario que se unifique ella misma y que se organice. Es indispensable crear inmediatamente una fracción bien organizada, aunque sea poco numerosa al principio, de la Oposición Comunista de Izquierda, que publique su Boletín y tenga su grupo organizado de teóricos. Claro está, esto no excluye la posibilidad, para los comunistas de izquierda, de participar en organizaciones más amplias; al contrario, esto presupone tal participación, pero es al mismo tiempo la condición indispensable.

### 13 de marzo de 1931

Algunas palabras a propósito de las juntas de soldados. ¿Tenemos interés en que se constituyan en organizaciones *independientes*? Es una cuestión muy seria, con motivo de la cual se debe, desde el comienzo, trazar una cierta línea de conducta, al mismo tiempo que reservándose, claro está, el derecho de aportar las enmiendas según lo que indique la experiencia.

En 1905, en Rusia, no se había llegado todavía a crear sóviets de soldados. Diputados del ejército se mostraron en los sóviets obreros, pero sólo fue a título episódico. En 1917, los sóviets de soldados desempeñaron un papel formidable. En Piter (Petrogrado), el sóviet de soldados se fusionó con el de los obreros desde el comienzo, y los representantes del ejército formaban la aplastante mayoría. En Moscú, los dos sóviets permanecieron independientes entre sí. Pero, en suma, era una cuestión de organización técnica: en efecto, el inmenso ejército tenía de diez a doce millones de campesinos.

En España, los efectivos del ejército son los de tiempos de paz, son insignificantes con respecto a la cifra global de la población e incluso con respecto a los efectivos del proletariado. ¿En estas condiciones es inevitable que los soldados se constituyan en sóviets independientes? Desde el punto de vista de la política proletaria tenemos interés en atraer a los delegados de los soldados a las juntas obreras a medida que éstas vayan creándose. Las juntas únicamente compuestas de soldados podrían no tener que formarse más que en el momento en que la revolución haya alcanzado su punto culminante o cuando haya obtenido la victoria. Las juntas obreras pueden (¡y deben!) constituirse antes, a base de las huelgas, del boicot de las cortes y, después, de la participación en las elecciones. Se puede, por consecuencia, llevar a los delegados-soldados a las juntas obreras mucho antes de que las juntas puramente militares puedan organizarse. Pero incluso voy más lejos: si se adopta en tiempo útil la iniciativa de crear juntas obreras y de asegurar su acción en el ejército, se logrará quizás evitar a continuación la creación de juntas de soldados *independientes*, expuestas a caer bajo la influencia de oficiales arribistas y no bajo la de los obreros revolucionarios. La poca importancia de los efectivos del ejército español habla a favor de esta hipótesis. Por otra parte, sin embargo, este ejército poco numeroso tiene tradiciones suyas de política revolucionaria, que no se encuentran tan marcadas en las tropas de otros países. Circunstancia que podría impedir, en cierta medida, la fusión de los diputados-soldados con las juntas obreras.

Como veis, sobre este punto, no me atrevo a pronunciarme categóricamente; además, los mismos camaradas que ven de cerca la situación probablemente no están mucho más en estado de dar una solución categórica. Me limito a abrir el debate: a medida que se emprenda más pronto en los amplios círculos de la vanguardia obrera el discutir ciertas cuestiones, más fácil será resolverlas a continuación. En todo caso, convendría orientarse en el sentido de una incorporación de los delegados-soldados en las juntas obreras. Si esto no prospera más que parcialmente, ya será algo. Pero es precisamente en vistas a este resultado por lo que es necesario estudiar a tiempo y minuciosamente las disposiciones del ejército, de los diferentes cuerpos, de las diferentes armas, etc.

En suma, estaría bien tratar de establecer colectivamente un mapa de España, con el fin de definir con más precisión las relaciones de fuerzas en cada región y las relaciones mutuas entre las regiones. Sería necesario indicar en este mapa, los focos revolucionarios, las organizaciones sindicales y los partidos, las guarniciones, las relaciones de fuerzas entre rojos y blancos, las regiones donde se produzca un movimiento campesino, etc. Por poco numerosos que sean los opositores, podrían en diversos lugares tomar la iniciativa de este estudio, auxiliados por los mejores representantes de otros grupos revolucionarios. De esta manera se constituirían los elementos de un gran estado mayor de la revolución. El núcleo central daría a este trabajo la unidad necesaria. Este trabajo

preparatorio, que parecería primero de carácter “académico”, sería después de un extraordinario valor, quizás incluso de una importancia decisiva. En una época como la que atraviesa España, la mayor falta que se puede cometer es perder el tiempo.

### 14 de abril de 1931

Gracias por las citas del discurso de Thaelmann sobre la revolución «popular», de las que no me había dado cuenta. Es imposible imaginar un modo más estúpido y más cazurro de embrollar la cuestión planteándola. ¡Dar esa consigna de una «revolución popular», y además alegando a Lenin! Pero, veamos; cada número del periódico fascista de Strasser expone la misma consigna, *en contrapartida* de la divisa marxista: revolución de clase. Claro está, toda gran revolución es popular o nacional en el sentido de que agrupa en torno a la clase revolucionaria a todas las fuerzas vivas y creadoras de la nación, y porque reconstruye a ésta alrededor de un nuevo centro. Pero esto no es una consigna, no es más que una descripción sociológica de la revolución, una descripción que exige además esclarecimientos precisos y concretos. Si se quiere hacer de ello una consigna, es una tontería, es charlatanismo, es oponer a los fascistas una competencia de bazar, y los obreros pagarán las consecuencias de este engaño.

Es muy asombrosa la evolución de las consignas sobre esta cuestión. Desde el III Congreso de la Internacional Comunista, la divisa «clase contra clase» se ha convertido en la expresión popular de la política del *frente único proletario*. Fórmula absolutamente justa: todos los obreros deben apretar sus filas contra la burguesía. Pero enseguida se ha sacado también de la misma consigna una alianza con los burócratas reformistas contra los obreros (experiencia de la huelga general inglesa). Después se ha pasado al otro extremo: ningún acuerdo posible con los reformistas. “Clase contra clase”: esta fórmula, que debía servir para el acercamiento de los obreros socialdemócratas y de los obreros comunistas, ha adquirido, durante el “tercer periodo”, el sentido de una lucha contra los obreros socialdemócratas; como si estos últimos fueran de una clase diferente. Ahora, nueva voltereta: revolución popular y no ya proletaria. El fascista Strasser dice que el 95 por 100 del pueblo tiene interés en la revolución y que, por consecuencia, se trata de una revolución popular, pero no de clase. Thaelmann repite la misma canción. De hecho, sin embargo, el obrero comunista debiera decir al obrero fascista: Sí, evidentemente, el 95 por 100, si es que no el 98 por 100 de la población, es explotada por el capital financiero. Pero esta explotación está organizada jerárquicamente: explotadores, subexplotadores, explotadores de tercera clase, etc. Solamente por medio de esta gradación es como los superexplotadores mantienen en la servidumbre a la mayoría de la nación. Para que la nación pueda efectivamente reconstituirse alrededor de un nuevo centro de clase, debe reconstruirse ideológicamente, lo que sólo es realizable si el proletariado, lejos de dejarse absorber por “el pueblo”, por “la nación”, desarrolla *su programa particular* de revolución *proletaria* y obliga a la pequeña burguesía a elegir entre los dos regímenes. La consigna de una revolución popular es una canción de cuna, adormecedora tanto para la pequeña burguesía como para las amplias masas obreras, les invita a resignarse a la estructura jerárquica burguesa del “pueblo” y retarda su emancipación. En Alemania, en las condiciones actuales, esta consigna de una revolución popular hace desaparecer toda demarcación ideológica entre el marxismo y el fascismo, reconcilia a una parte de los obreros y de la pequeña burguesía con la ideología fascista, permitiéndoles creer que no es necesario hacer una elección, puesto que, tanto de un lado como de otro, se trata de revolución popular. Estos revolucionarios incapaces, cada vez que tropiezan con un enemigo serio, piensan ante todo en acomodarse a él, adornándose con sus colores para conquistar a las masas, no mediante la lucha revolucionaria, sino mediante algún truco ingenioso. Ignominioso modo, verdaderamente, de plantear la cuestión. Si los débiles



comunistas españoles se asimilasen esta fórmula, llegarían en su país a una política de Kuomintang.

### 20 de abril de 1931

Muchos rasgos de semejanza saltan a los ojos entre el régimen de febrero de 1917 en Rusia y el régimen republicano actual en España, Pero se advierten también diferencias profundas: a) España no está en guerra y no tenéis que lanzar una penetrante consigna de lucha por la paz; b) no tenéis aún sóviets obreros, ni (¿es preciso decirlo?) sóviets de soldados; en la prensa no veo incluso que esta consigna se haya propuesto a las masas; c) el gobierno republicano ejerce desde el comienzo la represión contra el ala izquierda del proletariado, lo que no se produjo en nuestro país en febrero, porque las bayonetas estaban a disposición de los sóviets de obreros y de soldados, y no en manos del gobierno liberal.

Este último punto es de una importancia enorme para nuestra agitación. El régimen de febrero realizó de primera intención, en el terreno político, una democracia completa y, en su género, casi absoluta. La burguesía no se mantenía más que por su crédito en las masas obreras y en el ejército. En vuestro país, la burguesía se apoya no solamente en la confianza, sino también en la violencia organizada que ha recogido del antiguo régimen. No tenéis la libertad plena y completa de reunión, de palabra, de prensa, etc. Las bases electorales de vuestros nuevos municipios distan mucho del verdadero espíritu democrático. Por otra parte, en una época revolucionaria, las masas son particularmente sensibles a toda desigualdad de derecho y a las medidas policíacas de cualquier género. En otras palabras, es indispensable que los comunistas, por el momento, se manifiesten como el partido democrático más consecuente, el más resuelto y el más intransigente.

Por otra parte, es preciso ocuparse inmediatamente de constituir sóviets obreros. A este respecto, la lucha por la democracia es un excelente punto de partida. Ellos tienen, *ellos*, su ayuntamiento; nosotros tenemos necesidad, *nosotros* los obreros, de nuestra junta local para defender nuestros derechos y nuestros intereses.

### 23 de abril de 1931

[De una carta dirigida a Barcelona] La Federación Catalana<sup>11</sup> debe esforzarse por adherirse a la organización comunista panespañola. Cataluña es una vanguardia. Pero si esta vanguardia no marcha al mismo paso que el proletariado y, más tarde, de los campesinos de toda España, el movimiento catalán terminará todo lo más como un episodio grandioso, en el estilo de la [Commune de París](#). La posición especial de Cataluña puede llevar a semejantes resultados. El conflicto nacional puede caldearse de tal manera que la explosión catalana se produzca mucho antes de que España, en el conjunto de su situación, esté madura para una segunda revolución. Sería una grandísima desgracia histórica si el proletariado catalán, cediendo a la efervescencia, a la fermentación del sentimiento nacional, se dejase arrastrar en una lucha decisiva antes de haber podido

---

<sup>11</sup> Se trata de la Federación Comunista Catalano-Balear, que dirigía Joaquín Maurín. En esta carta y en la siguiente, Trotsky interviene en la discrepancia que había surgido entre el Comité Ejecutivo de la Oposición Comunista Española y Andrés Nin, recién llegado éste de Rusia. Mantenía Nin que él debía ingresar en la Federación Catalano-Balear para trabajar más eficazmente por las ideas de la Oposición de Izquierda. El Comité Ejecutivo de la OCIE estimaba que Nin debía consagrar toda su actividad oficialmente a la Oposición, y al mismo tiempo destacaba el carácter confucionista y nacionalista de la Federación Catalana. Nin terminó aceptando este punto de vista, y en la revista *Comunismo* publicó varios artículos denunciando las falsas concepciones del maurinismo, y fue el autor de las tesis sobre el problema de las nacionalidades aprobada en el I Congreso de la Oposición de Izquierda Española. [J. A.] [Volvemos a remitir al lector a nuestra serie [Años 30: Materiales de la Oposición Comunista de España, de la Izquierda Comunista Española y de la Sección B-L de España. EIS](#)]

ligarse estrechamente a toda la España proletaria. La fuerza de la Oposición de Izquierda, tanto en Barcelona como en Madrid, puede y debe elevar todas las cuestiones a su nivel histórico.

### **17 de mayo de 1931**

[*De una carta dirigida a Madrid*] Hablemos de lo que se dice ser el “nacionalismo” de la Federación Catalana. Es una cuestión muy importante, muy grave. Los errores cometidos sobre este punto pueden tener consecuencias fatales.

La revolución ha despertado en España, más poderosamente que nunca, todas las cuestiones, entre ellas la de las nacionalidades. Las tendencias y las ilusiones nacionales están representadas principalmente por los intelectuales pequeñoburgueses, que se esfuerzan por encontrar un apoyo en los campesinos contra el papel desnacionalizador del gran capital y contra la burocracia del estado. El papel dirigente (para la fase actual) de la pequeña burguesía en el movimiento de emancipación nacional, como en general en todo el movimiento democrático revolucionario, introduce inevitablemente, en este último, prejuicios de toda clase. Procedentes de ese medio, las ilusiones nacionales se infiltran también entre los obreros. Esta es, seguramente, en el conjunto, la situación en Cataluña, y quizás hasta un cierto punto en la Federación Catalana. Pero lo que acabo de decir no atenúa en manera alguna el carácter *progresista, revolucionario-democrático* de la lucha nacional catalana contra la soberanía española, el imperialismo burgués y el centralismo burocrático.

Ni por un momento se puede perder de vista que España entera y Cataluña, como parte constituyente de ese país, están gobernadas actualmente no por nacionales demócratas catalanes, sino por burgueses imperialistas españoles, aliados a los grandes propietarios agrarios, a los viejos burócratas y a los generales, con el apoyo de los nacionales socialistas. Toda esta cofradía tiene la opinión de mantener, por una parte, las servidumbres de las colonias españolas y de asegurar, por otra parte, el máximo de centralización burocrática de la metrópoli; es decir, que quiere el aplastamiento de los catalanes, de los vascos y de otras nacionalidades por la burguesía española. En la fase actual, dadas las combinaciones presentes de las fuerzas de clases, el nacionalismo catalán es un factor revolucionario progresista. El nacionalismo español es un factor imperialista reaccionario. El comunista español que no comprenda esta distinción, que afecte ignorarla, que no la valore en primer plano, que se esfuerce, por el contrario, en atenuar su importancia, corre el riesgo de convertirse en un agente inconsciente de la burguesía española y de estar perdido para siempre para la causa de la revolución proletaria.

¿Dónde está el peligro de las ilusiones pequeñoburguesas? En que pueden dividir al proletariado de España en sectores nacionales. El peligro es muy serio. Los comunistas españoles pueden combatirlo con éxito, pero de una sola manera: denunciando implacablemente las violencias cometidas por la burguesía de la nación soberana y ganando así la confianza del proletariado de las nacionalidades oprimidas. Toda otra política equivaldría a sostener al nacionalismo reaccionario de la burguesía imperialista que es dueña del país, contra el nacionalismo revolucionario-democrático de la pequeña burguesía de una nación oprimida.

### **20 de mayo de 1931**

Me escribe usted que las mentiras de *L'Humanité* provocan indignación en Cataluña. Es fácil imaginárselo. Pero no es suficiente con indignarse. Es indispensable que la prensa opositora dé sistemáticamente el cuadro de lo que pasa en España. Es una cuestión de una enorme importancia. Según la viva experiencia de la revolución española es como debe hacerse la reeducación de los cuadros del comunismo

internacional. Si correspondencias metódicamente ajustadas llegan de Barcelona y de Madrid (no ya simplemente cartas), serán documentos políticos de una importancia de primer orden. Si esto falta, los estalinistas son capaces de crear en torno a la Federación Catalana una atmósfera de aislamiento y de hostilidad, que, por sí sola, podría impulsar a los obreros catalanes por el camino de la aventura y de una catástrofe.

[Aquí se interrumpen, en el apéndice a *La révolution permanente*, las cartas de Trotsky; nosotros reproducimos todas las cartas reproducidas en los *Escritos sobre España* editados por Ruedo Ibérico en 1971]

### **31 de mayo de 1931**

Por lo que veo, los anarcosindicalistas llevan a cabo una política conciliadora con respecto al régimen detestable del coronel Macià, el comisionista barcelonés de los imperialistas madrileños. Los jefes del anarcosindicalismo se han convertido en empleados subalternos y en verdaderos agentes del nacionalismo catalán de paz social. La Federación Catalana ha adoptado, a mi modo de ver, una posición conciliadora respecto de los anarcosindicalistas, lo que significa que la Federación reemplaza la política revolucionaria de frente único por la política oportunista de defensa y adulación de los anarcosindicalistas, y, por consiguiente, del régimen de Macià. Precisamente en este hecho veo yo una de las fuentes de explosiones que pueden, en determinada fase, adquirir un carácter peligroso.

La labor de los sindicatos, de ninguna manera consiste en retener a los obreros, sino, al contrario, en movilizarles y organizarles para la lucha en todos los frentes. Los sindicatos deben, ante todo, sublevar a los obreros de las regiones atrasadas de Cataluña y del resto de España. La labor de la Federación Catalana no consiste en embellecer la actitud de la confederación anarcosindicalista, sino en ejercer una crítica constante, paso a paso, y en denunciar ante los obreros su bloque tácito con la contrarrevolución pequeño burguesa de Macià.

Para que las advertencias contra los actos insensatos y prematuros no se transformen en una manera menchevique de sofocar la revolución, es necesario poseer una línea estratégica clara, es necesario que los obreros avanzados comprendan bien esta línea, para que puedan explicarla incansablemente al grueso de las masas. La Federación Catalana carece, evidentemente, de línea estratégica. Sus jefes temen reflexionar sobre los problemas fundamentales de la revolución; de lo contrario, no tendrían ese miedo estúpido y pueril ante el trotskismo, que expresa todo el nivel de su pensamiento político.

### **18 de junio de 1931**

Queridos camaradas: El curso de los acontecimientos pone hoy en el orden del día una cuestión grandiosa, con respecto a la cual la Oposición de Izquierda puede y debe decir su opinión. Me refiero a la revolución española. Se trata, ahora, no de una crítica *post factum*; se trata, por el contrario, para la Oposición Internacional de Izquierda<sup>12</sup>, de una intervención activa en los acontecimientos, a fin de prevenir la catástrofe.

Tenemos pocas fuerzas. Pero la ventaja de una situación revolucionaria consiste precisamente en la posibilidad, aun para un grupo poco numeroso, de llegar a ser una gran fuerza en un corto espacio de tiempo, a condición de dar pronósticos justos y de lanzar a tiempo consignas apropiadas. Aludo no solamente a nuestra sección española, afectada de modo directo por los acontecimientos, sino a todas nuestras secciones; porque, a

---

<sup>12</sup> [El lector puede ver nuestra serie [Cuarta Internacional. Años 30-40: Materiales de la construcción de la IV Internacional. EIS](#)]

medida que la revolución avance, irá reclamando la atención de todos los obreros del mundo. La verificación de las líneas políticas se llevará a cabo a la vista de la vanguardia proletaria mundial. Si somos verdaderamente el ala izquierda, si somos verdaderamente fuertes por nuestra concepción revolucionaria justa, debemos demostrar esta fuerza de una manera particularmente acentuada durante una situación revolucionaria. Si somos verdaderos internacionalistas, debemos llevar a cabo el trabajo a escala internacional.

Dos cuestiones fundamentales debemos plantear resueltamente: 1) la cuestión del carácter general de la revolución española y la línea estratégica que de la misma se desprende; 2) la cuestión de la utilización táctica justa de las consignas democráticas y de las posibilidades parlamentarias y revolucionarias. Yo he tratado de expresar todo lo que hay de esencial en estas cuestiones en mi último trabajo sobre España<sup>13</sup>. Ahora no pretendo más que pronunciarme en forma somera sobre el conjunto de las cuestiones a propósito de las cuales debemos pasar a la ofensiva en toda la línea de la Internacional Comunista.

¿Es de esperar en España una revolución intermedia entre la consumada revolución republicana y la futura revolución proletaria, una pretendida revolución “obrero y campesino”, con una “dictadura democrática”? ¿Sí o no? Toda la línea estratégica está determinada por la respuesta que se dé a esta pregunta. El partido español oficial está hundido hasta el cuello en una confusión ideológica en lo tocante a esta cuestión fundamental, confusión que fue sembrada y que se sigue sembrando por los epígonos, y que encuentra su expresión en el programa de la IC. Aquí tenemos la posibilidad de desenmascarar diariamente, ante la vanguardia proletaria, a la luz de los hechos vivos, todo el vacío, toda la falta de sentido y al mismo tiempo el peligro terrible que supone la ficción de una revolución intermedia.

Los camaradas dirigentes de todas las secciones no deben perder de vista que somos nosotros, en tanto que izquierda, quienes nos debemos colocar sobre una base científica sólida. El juego frívolo con las ideas, el charlatanismo periodístico al estilo de Landau y compañía, son contrarios a la esencia misma de una fracción revolucionaria proletaria. Es necesario estudiar las cuestiones fundamentales de la revolución, de la misma manera que los ingenieros estudian la resistencia de los materiales, o los médicos la anatomía y la patología. El problema de la revolución permanente ha llegado a ser actualmente, debido a los acontecimientos de España, el problema central de la Oposición Internacional de Izquierda.

Las cuestiones de las consignas democráticas, de la utilización de las elecciones e inmediatamente de las cortes, son cuestiones de táctica revolucionaria, subordinadas a la cuestión general de la estrategia. Pero las fórmulas estratégicas, aun las más justas, no valen nada si no se encuentra en todo momento una solución táctica a estas fórmulas. Sin embargo, las cosas se presentan muy mal, a este respecto, en España. Los periódicos franceses publican una noticia según la cual el dirigente de la Federación Catalana, Maurín, había declarado en su conferencia de Madrid que su organización no participará en las elecciones porque no creía en la sinceridad de las mismas. ¿Es posible que esto sea cierto? Tal cosa significaría que Maurín aborda los problemas de la táctica revolucionaria, no desde el punto de vista de la movilización de las fuerzas del proletariado, sino desde el punto de vista de la moral y del sentimentalismo pequeñoburgués. Hace dos semanas hubiera estado dispuesto a creer que la prensa burguesa se entretenía en publicar gansadas; pero después de haber conocido la plataforma de la Federación Catalana, me veo obligado a reconocer que esta noticia, por muy monstruosa que sea, no es del todo imposible y no debe, por tanto, ser excluida de antemano.

---

<sup>13</sup> Ver en esta misma obra “La revolución española y sus peligros”, página 29 y siguientes.

Sobre esta línea debemos llevar a cabo una lucha implacable en nuestras propias filas. Resulta completamente absurdo e indigno querellarse con diferentes grupos a propósito de las funciones de los derechos y de las prerrogativas del secretariado en el momento en que nosotros no tenemos con estos grupos ninguna base común de principios. Me refiero, en primer lugar, al grupo *Prometeo*<sup>14</sup>, que se halla en desacuerdo con los bolchevique-leninistas en todas las cuestiones fundamentales de la estrategia y de la táctica. A nadie se le debe permitir ahogar estas divergencias profundas con querellas pendencieras en el terreno de la organización y mediante bloques sin principios, que degeneran inevitablemente en intrigas entre bastidores.

Conforme a la experiencia rusa, la cuestión de las consignas democráticas en la revolución fue de nuevo planteada en el curso de la lucha en China. Sin embargo, todas las secciones europeas no tuvieron la posibilidad de seguir todas las etapas de esta lucha. La discusión sobre estas cuestiones revistió, de hecho, un carácter semiacadémico para ciertos camaradas y para ciertos grupos. Pero hoy estas cuestiones son la encarnación misma de la lucha, de la vida. ¿Podemos permitir que se nos ate de pies y manos en un viraje histórico de tamaña importancia? Así como durante el conflicto chinorruso, que amenazaba desencadenar la guerra, no podíamos perdernos en discusiones para decidir si era necesario apoyar a la Unión Soviética, o a Chang Kai-shek, de la misma manera, hoy, frente a los acontecimientos españoles, no podemos asumir ni la más leve responsabilidad indirecta por las supersticiones sectarias y semibakuninianas de ciertos grupos.

Mis proposiciones prácticas se resumen en lo siguiente

1) Todas las secciones deben plantear los problemas de la revolución española en el orden del día.

2) Las direcciones de nuestras secciones deben crear comisiones especiales, que se impongan la tarea de recopilar materiales para profundizar las cuestiones y, sobre todo, para seguir atentamente la actividad de los partidos oficiales y la manera de plantear los problemas de la revolución española.

3) Todos los documentos importantes del comunismo español, de todas sus tendencias, deben ser comunicados (o por lo menos extractados) regularmente para conocimiento de todas nuestras secciones nacionales.

4) Tras una preparación necesaria, cada sección nacional de la Oposición debe emprender el ataque contra la política de la IC en la revolución española. Esta ofensiva puede revestir diferentes formas: intervenciones en las reuniones, trabajo individual y por grupos, etc. Pero todas estas formas deben coordinarse rigurosamente.

5) Después de cierto trabajo preparatorio, tanto en las secciones nacionales como en el Secretariado Internacional, es indispensable elaborar un Manifiesto de la Izquierda Internacional sobre la revolución española, que debe confeccionarse de la manera más concreta posible y en colaboración estrecha con la sección española. Hay que dar a este manifiesto la más amplia difusión.

Estas son las proposiciones concretas. Os ruego que las discutáis y que enviéis al mismo tiempo copia de esta carta a todas las secciones nacionales, para que la discusión se lleve a cabo simultáneamente en todas ellas.

## 24 de junio de 1931

Queridos camaradas: En una carta al camarada Lacroix he expuesto algunas consideraciones complementarias con respecto a la situación española. Desgraciadamente, carezco de información completa para estar al tanto de la forma en cómo los comunistas españoles de las distintas agrupaciones plantean las cuestiones

---

<sup>14</sup> Título del órgano de los bordiguistas. NDE.

políticas actuales. El análisis de la situación revolucionaria en estas condiciones es más difícil que jugar al ajedrez sin mirar al tablero. Siempre quedan cuestiones que requieren un estudio complementario. Antes de recurrir a la prensa quiero plantearos estas cuestiones, y, por mediación vuestra, a los comunistas españoles y a todas las secciones de la Oposición Internacional.

Una parte considerable de mi artículo sobre los peligros que amenazan a la revolución española está consagrada a demostrar que entre la revolución burguesa democrática de abril y la futura revolución proletaria no hay intervalo para una revolución obrera-campesina intermedia. De paso, recalca que esto no quiere decir que el partido del proletariado deba, “hasta la lucha final”, ocuparse solamente en acumular fuerzas. Semejante concepción sería antirrevolucionaria y digna de filisteos. Si no puede existir revolución intermedia, régimen intermedio, puede haber, por el contrario, manifestaciones intermedias de masas, huelgas, demostraciones, choques con la policía y el ejército, sacudidas revolucionarias impetuosas, durante las cuales los comunistas estarán, claro está, en las primeras filas de combate. ¿Cuál es el sentido histórico posible de estas luchas intermedias? De un lado, pueden provocar cambios democráticos en el régimen burgués republicano, y de otro, pueden preparar a las masas para la conquista del poder, para la creación del régimen proletario.

La participación de los comunistas en estas luchas, y sobre todo su participación en la dirección de estas luchas, exigen de ellos, no solamente una comprensión clara del desarrollo de la revolución en su conjunto, sino también capacidad para dar consignas particulares ardorosas y de combate que no se desprendan directamente del programa, sino que estén inspiradas en las contingencias de la lucha diaria e impulsen las masas hacia adelante.

Todo el mundo sabe qué enorme papel desempeñó en 1917, durante la coalición rusa de los socialistas conciliadores y de los liberales, la consigna bolchevique: “¡Abajo los diez ministros capitalistas!”. Las masas tenían todavía confianza en los socialistas conciliadores; pero las masas, aun las más confiadas, sienten siempre una instintiva desconfianza hacia los burgueses, los explotadores, los capitalistas. En esto se basó la táctica bolchevique durante un período determinado. No decíamos: “¡abajo los ministros socialistas!”, ni siquiera “¡abajo el gobierno provisional!”. Incansablemente remachábamos el mismo clavo: “¡Abajo los diez ministros capitalistas!”. Tal consigna desempeñó un papel importantísimo, ya que permitió a las masas convencerse que los socialistas conciliadores tiraban mucho más hacia los ministros capitalistas que hacia las masas obreras.

Consignas de este género corresponden a más no poder con el estado actual de la revolución española. La vanguardia proletaria está completamente interesada en empujar a los socialistas españoles para que tomen el poder en sus manos. Por esta razón es necesario romper la coalición. La tarea actual consiste en luchar para excluir a los ministros burgueses de la coalición. No es posible otra solución si no surgen acontecimientos políticos importantes, bajo la presión de nuevos movimientos de masas, etc...

Las elecciones a las cortes revelarán, a mi juicio, una extraordinaria debilidad de los republicanos de derecha, género [Alcalá]Zamora-Maura. Estas elecciones darán una ventaja preponderante a los conciliadores pequeñoburgueses de los distintos matices: radicales, radicales socialistas y “socialistas”. A pesar de esto, se puede predecir con certidumbre que los socialistas y los radicales-socialistas ayudarán con todas sus fuerzas a sus aliados de derecha. La consigna “¡abajo Maura-[Alcalá]Zamora!” es de una oportunidad completa. Sin embargo, es necesario comprender lo siguiente: los comunistas no llevan a cabo una agitación por el ministerio Lerroux, ni asumen la más mínima

responsabilidad por un ministerio socialista; pero en cada momento dado encauzan sus ataques contra el enemigo de clase más determinado y consecuente, y con ello debilitan a los conciliadores y despejan el terreno al proletariado. Los comunistas dicen a los obreros socialistas: “Si tenéis confianza en vuestros jefes socialistas, obligadles a tomar el poder. Nosotros os ayudaremos parcialmente, aunque no tenemos la menor confianza en ellos. Y cuando estén en el poder, les someteremos a la prueba y veremos quién tiene razón: nosotros o vosotros.”

Esta idea ha sido apuntada anteriormente, al hablar de la composición de las cortes. Pero otros acontecimientos, como, por ejemplo, las represalias contra las masas, pueden dar una agudeza excepcional a la consigna: “¡Abajo Maura-[Alcalál Zamora]!”. La victoria en este dominio, es decir, la dimisión de [Alcalál Zamora, podría tener, en esta etapa, casi la misma significación, para el desarrollo ulterior de la revolución, que la dimisión de Alfonso en abril. Para dar tales consignas hay que conducirse no con arreglo a abstracciones doctrinales, sino según el estado de conciencia de las masas, según la reacción que inspire a las masas cada éxito parcial. El oponer pura y simplemente la consigna “dictadura del proletariado” o “gobierno obrero y campesino” en el régimen actual, es de todo punto insuficiente, porque tales consignas no llegan al corazón de las masas.

A propósito de lo que queda dicho, surge de nuevo la cuestión del “socialfascismo”. Esta estúpida invención de la burocracia, terriblemente “izquierdista”, es hoy en España el mayor obstáculo en el desarrollo de la revolución. Volvamos a la experiencia rusa. Los mencheviques y los socialistas-revolucionarios en el poder practicaban la guerra imperialista, defendían a los capitalistas, perseguían a los soldados, a los campesinos y a los obreros, llevaban a cabo detenciones. Restablecieron la pena de muerte, protegían y preconizaban el asesinato de los bolcheviques, obligaban a Lenin a hacer vida ilegal, retenían en la cárcel a los demás líderes del bolchevismo, divulgando contra ellos las más indecentes calumnias, etc... Todo esto era más que motivo suficiente para calificarlos de “socialfascistas”. Pero entonces, en 1917, esta palabreja no había sido puesta en circulación, lo que no impidió, como se sabe, la toma del poder por los bolcheviques. A pesar de las terribles persecuciones contra los bolcheviques en julio-agosto, los bolcheviques participaron con los “socialfascistas” en las organizaciones de lucha contra Kornilov. A principios de septiembre, Lenin propuso a los “socialfascistas”, desde su escondite ilegal, el compromiso siguiente: “Romped con la burguesía, tomad el poder y nosotros, los bolcheviques, lucharemos en el seno de los sóviets por el poder con procedimientos normales (pacíficos).”

Si no hubiera existido ninguna diferencia entre los conciliadores y Kornilov, que fue el verdadero “fascista”, no hubiera sido posible ninguna lucha en común entre bolcheviques y conciliadores para aplastar a Kornilov. Y, sin embargo, esta lucha desempeñó un gran papel en el desarrollo de la revolución repeliendo el ataque de la contrarrevolución de los generales y ayudando a los bolcheviques a arrebatar por completo las masas a la influencia de los conciliadores.

La naturaleza de la democracia pequeñoburguesa consiste precisamente en su carácter oscilante entre el comunismo y el fascismo. Durante la revolución, estas oscilaciones son particularmente acentuadas. Considerar a los socialistas españoles como una especie de fascismo significa renunciar a utilizar sus oscilaciones inevitables a izquierda; significa obstruirse a sí mismo el camino hacia los obreros socialistas y sindicalistas. Para terminar, quiero recalcar que la crítica implacable del anarcosindicalismo español es una tarea de una importancia tal, que no debe dejarse un solo instante de la mano. El anarcosindicalismo en sus esferas dirigentes reviste la forma más velada, perversa y peligrosa de la conciliación con la burguesía. Entre los obreros que

constituyen la base del anarcosindicalismo se encuentran grandes fuerzas potenciales de la revolución. La labor fundamental de los comunistas a este respecto debe ser la misma que hacia los socialistas: oponer la base a la dirección.

Quiero insistir todavía una vez más: hay que recoger artículos, resoluciones, plataformas, etc., de las organizaciones revolucionarias y de los grupos de España, traducirlas al francés y enviarlas a todas las secciones para traducirlas a otros idiomas.

### **29 de junio de 1931**

Hay que criticar sin duelo y de una manera implacable a Maurín; los acontecimientos confirmarán enteramente nuestra crítica. Dentro de poco tiempo, Maurín no será más que una figura cómica con su marrullería provinciana, sus doctrinas gastadas y sus consignas rudimentarias. La cuestión está en saber quién le sucederá. La Oposición de Izquierda no podrá llegar a ser una fuerza dirigente en toda España sin serlo en Cataluña. La segunda cuestión urgente es la cuestión de los anarcosindicalistas. Es indispensable publicar un folleto contra el anarcosindicalismo y difundirlo ampliamente, no sólo en España, sino también en los demás países. ¿Habéis leído los artículos de Monatte<sup>15</sup>, en los que expresa su esperanza de ver a los anarcosindicalistas españoles oponer al estado bolchevique un estado verdaderamente “anarquista”? Toda la suerte del anarquismo mundial, o mejor de sus residuos, esparcidos por la revolución rusa, está íntimamente unido hoy a la suerte del anarcosindicalismo español. Y puesto que el anarcosindicalismo en España va inevitablemente a la derrota más miserable y ridícula, está fuera de duda que la revolución española será la tumba del anarquismo. Pero hay que procurar por todos los medios que la tumba del anarcosindicalismo no sea al mismo tiempo la tumba de la revolución. Si Maurín es la cobertura temporal para los estalinistas, el anarcosindicalismo es una cobertura temporal para los socialistas y los republicanos, es decir, para la burguesía. Así como Maurín puede poner en las manos de la burocracia centrista a los obreros catalanes avanzados, de la misma manera los anarcosindicalistas pueden poner toda la revolución en las manos de la burguesía. La lucha teórica y práctica contra el anarcosindicalismo está ahora en el orden del día. Es evidente que esta lucha debe emprenderse sobre la base de la política del frente único, de la unidad de la organización sindical, etc. Hay que desenmascarar a los jefes del anarcosindicalismo y, ante todo, poner al desnudo a ese miserable pope laico de Pestaña, que desempeñará, sin ninguna duda, el papel más infame y cobarde en el desarrollo ulterior de la revolución.

[...] Las muestras del discurso de Maurín producen una impresión penosa. Contrariamente a nosotros, él considera (¡quién lo diría!) el Plan Quinquenal como una adquisición de la revolución. ¿Es posible que no haya leído nada más?

A propósito, la Agencia Reuter, y con ella otras agencias, publican falsos telegramas relativos a supuestos artículos e interviús míos sobre el Plan Quinquenal (fracaso completo, mentira, etc...). Es extremadamente importante desenmascarar y desmentir estas infamias. En el caso presente, la burguesía se sirve contra los estalinistas de las propias calumnias y mentiras de estos últimos.

### **1 de julio de 1931**

Al Secretariado internacional: 1) Tengo a la vista un periódico turco (en lengua francesa), de fecha 1 de julio, conteniendo las primeras informaciones sobre las elecciones españolas. Verdaderamente, todo ocurre en la forma por nosotros prevista. La inclinación a izquierda se ha producido con una regularidad particular. Esperamos que

---

<sup>15</sup> Pierre Monatte, director de *La Révolution Proletarienne*, que defendía el principio de la independencia del sindicalismo revolucionario. NDE.



nuestros camaradas españoles analizarán los resultados de las elecciones con mucho cuidado, apoyándose en materiales efectivos. Hay que llegar a saber cómo han votado los obreros, en particular los anarcosindicalistas. En ciertas regiones, la respuesta debe deducirse de una manera clara de la estadística electoral. Es muy importante saber cómo han votado los campesinos en diferentes provincias. Al mismo tiempo hay que recoger todos los “programas agrarios” que fueron presentados por los distintos partidos en todos los lugares del país. Todo esto es un trabajo urgente y de mucha importancia.

2) Como era cosa de esperar, los socialistas han conseguido una gran victoria. Este es el momento central de la situación parlamentaria. Los jefes socialistas se consideran felices por el hecho de no tener mayoría en las cortes y por creer que su coalición con la burguesía se justifica así por la estadística parlamentaria. Los socialistas no quieren tomar el poder porque temen, no sin razón, que el gobierno socialista llegue a ser una etapa hacia la dictadura del proletariado. Se deduce del discurso de Prieto que los socialistas están decididos a apoyar la coalición hasta conseguir refrenar al proletariado, para, inmediatamente, cuando la presión de los obreros llegue a ser demasiado fuerte, pasar a la oposición con un pretexto radical cualquiera y dejar a la burguesía el cuidado de disciplinar y aplastar a los obreros. En otros términos, nos encontramos ante una variante de Ebert<sup>16</sup> y de Tseretelli<sup>17</sup>. Recordemos que la línea de Ebert triunfó, en tanto que la de Tseretelli fracasó, y que en ambos casos la fuerza del partido comunista y su política desempeñaron un papel decisivo.

3) Debemos inmediatamente denunciar el plan de los socialistas (este juego político de retirada), confundiéndoles en todas las ocasiones. Esto se refiere, desde luego, ante todo a la oposición española de izquierda. Pero esto no basta. Es necesario esgrimir una consigna política clara: los obreros deben romper la coalición con la burguesía y obligar a los socialistas a tomar el poder. Los campesinos deben ayudar a los obreros si desean de verdad la tierra.

4) Los socialistas dirán que no pueden renunciar a la coalición porque no tienen mayoría en las cortes. Nuestra conclusión debe ser: exigir la elección de cortes verdaderamente democráticas sobre la base del derecho electoral verdaderamente universal y directo para ambos sexos a partir de los dieciocho años. En una palabra, a las cortes no democráticas y restringidas debemos, en la actual etapa, oponer las cortes populares verdaderamente democráticas y honradamente elegidas.

5) Si los comunistas quisieran hoy volver la espalda a las cortes, oponiéndoles la consigna de los sóviets y de la dictadura del proletariado, solamente demostrarían con ello que no se les debe tomar en serio. No hay ni un solo comunista en las cortes (según los periódicos turcos). Es evidente que el ala revolucionaria es mucho más fuerte en la acción, en la lucha, que en la representación parlamentaria. No obstante, existe una cierta correlación entre la fuerza de un partido revolucionario y su representación parlamentaria. La debilidad del comunismo español se ha revelado por completo. En estas condiciones, hablar de derribar el parlamentarismo burgués por la dictadura del proletariado significaría simplemente desempeñar el papel de payaso y de charlatán. La cuestión estriba en llegar a adquirir fuerza sobre la base de la etapa parlamentaria de la revolución y en agrupar las masas en torno [suyo]. Solamente así se podrá vencer el parlamentarismo.

---

<sup>16</sup> Fritz Ebert, dirigente de la socialdemocracia alemana; en 1919 fue elegido presidente de la república alemana. [NDE]

<sup>17</sup> Tseretelli, menchevique georgiano, líder del grupo socialista en la Segunda Duma; exiliado por el zar, fue liberado por la revolución de febrero de 1917; ministro del gobierno de coalición entre febrero y octubre de 1917. Se exilió después de la revolución de octubre. [NDE]

Precisamente por esta razón resulta indispensable desarrollar actualmente una agitación violenta bajo las consignas de la más extrema y decisiva democracia.

6) ¿Cuáles son los criterios para esgrimir estas consignas? De una parte, es necesario saber apreciar justamente la dirección general del desarrollo revolucionario que determina nuestra línea estratégica; por otra parte, hay que tener en cuenta el estado de conciencia de las masas. El comunista que no cuente con este último factor se expone a romperse la cabeza. Reflexionemos un poco sobre la cuestión de saber cómo los obreros españoles, las masas, se representan la situación actual. Sus jefes, los socialistas, están en el poder. Esto aumenta las exigencias y la intransigencia de los obreros. Todo obrero huelguista creará que no solamente no hay que temer al gobierno, sino que, al contrario, hay que esperar una ayuda del mismo. Los comunistas deben dirigir el pensamiento de los obreros precisamente en el sentido: “Exigirlo todo del gobierno, puesto que vuestros jefes se encuentran en él.” Los socialistas responderán a las delegaciones obreras que ellos no tienen la mayoría. La respuesta está clara: concédase el verdadero derecho de sufragio, rómpase la coalición con la burguesía y la mayoría quedará asegurada. Pero es esto precisamente lo que no quieren los socialistas. Su posición les coloca en contradicción con las consignas democráticas audaces. Si nosotros oponemos simplemente la dictadura del proletariado a las cortes, sólo conseguiremos agrupar a los obreros en torno a los socialistas, porque tanto unos como otros dirán: los comunistas nos quieren dominar. En tanto, que, empleando consignas democráticas y por la ruptura entre los socialistas y la burguesía, metemos una cuña entre los obreros y los socialistas y preparamos así la etapa siguiente de la revolución.

7) Todas las consideraciones mencionadas quedarán en letra muerta si nos limitamos solamente a las consignas democráticas en el sentido parlamentario. No se trata de esto. Los comunistas participan en todas las huelgas, en todas las manifestaciones de protesta, en todas las demostraciones. Arrastrando cada vez capas más numerosas, los comunistas deben estar siempre con las masas, colocándose siempre a la cabeza en todos los combates. Sobre la base de estos combates, los comunistas darán la consigna de los sóviets, a la primera ocasión, como organización de frente único proletario. En la etapa actual los sóviets no pueden ser otra cosa que esto. Pero si surgiesen como organizaciones de combate del frente único proletario, se convertirían inevitablemente, bajo la dirección de los comunistas, en órganos de la insurrección e inmediatamente en órganos de poder.

8) Al desarrollar audazmente el programa agrario no hay que olvidar en ningún caso el papel independiente de los obreros agrícolas. Es la palanca más importante de la revolución proletaria en el campo. Con los campesinos, los obreros hacen la unión, en tanto que los obreros agrícolas forman parte del mismo proletariado. No hay que olvidar jamás esta profunda diferencia.

9) Me he enterado por *La Vérité* que los estalinistas acusan, sea a la oposición de izquierda en conjunto, sea a mí personalmente, de estar en contra de la confiscación inmediata de los propietarios terratenientes. Verdaderamente, es difícil de prever en qué sentido virarán los burócratas demagogos. ¿Qué significa “confiscación inmediata” de la tierra? ¿Por quién? ¿Por qué organizaciones? Verdad es que el incomparable Peri<sup>18</sup> afirmaba todavía en abril que los campesinos españoles construían los sóviets y que los obreros seguían en masa a los comunistas. Desde luego, estamos de acuerdo en que los sóviets (o las uniones o los comités) campesinos tomen inmediatamente la tierra de los grandes propietarios. Pero hay que sublevar a los campesinos. Y para ello hay que arrancar a los obreros de la influencia de los socialistas. Lo uno no se puede hacer sin lo otro. ¿Querrán decir los estalinistas que nosotros defendemos la propiedad de los

---

<sup>18</sup> Redactor de política internacional de *L'Humanité*. [NDE]

terratenientes? Pero hasta para calumniar es necesaria la lógica. ¿Cómo puede la defensa de la propiedad terrateniente derivarse de la revolución permanente? Que traten de demostrarlo. Por lo que respecta a nosotros, responderemos que cuando los estalinistas practicaban en China la política de las cuatro clases, el buró político, bajo la dirección de Stalin, remitía telegramas al Comité Central del Partido Comunista Chino exigiendo que se frenara el movimiento campesino para no despojar a los generales “revolucionarios”. Stalin y Molotov han establecido una pequeña restricción en el programa agrario: la confiscación de las tierras de los grandes propietarios, salvo las de los oficiales. Pero puesto que todos los pomieschikis y los hijos y los sobrinos de los pomieschikis (grandes propietarios) estaban en el ejército de Chang Kai-shek, el círculo de los oficiales “revolucionarios” llegó a ser un seguro para la propiedad de los pomieschikis. No es posible borrar este capítulo vergonzoso de la historia de la dirección estalinista. La oposición encontró la copia del telegrama en el texto taquigráfico del buró político, denunció y puso a la pública vergüenza esta traición de la revolución agraria. Ahora estos señores tratan de atribuirnos en España los crímenes que ellos cometieron en China. Pero esto no lo lograrán: la Oposición tiene ya en casi todos los países su sección, y no consentirá que se difundan impunemente la mentira y la confusión. La Oposición de Izquierda aclarará todas las cuestiones litigiosas fundamentales a la luz de la revolución española y dará un paso gigantesco hacia adelante. No en vano es la revolución la locomotora de la historia.

## **2 de julio de 1931**

Lo más nocivo, lo más peligroso e incluso lo más nefasto sería que, en opinión de los obreros de Cataluña, de España y del mundo entero, se fortifique la creencia de que nosotros somos solidarios de la política de la Federación Catalana o que nosotros compartimos la responsabilidad, o por lo menos que estamos más cerca de ella que del grupo centrista<sup>19</sup>. Los estalinistas presentan con todas sus fuerzas las cosas de este modo. Hasta ahora nosotros no hemos luchado contra esto con suficiente vigor. Es muy importante y urgente disipar este equívoco, que nos comprometería terriblemente y obstaculizaría el desarrollo de los obreros catalanes y españoles.

Claro está, la denuncia de la Federación Catalana es una tarea que corresponde, en primer lugar, a nuestros partidarios de Cataluña misma. Deben manifestarse mediante una crítica clara, abierta, precisa, una crítica que no calle nada sobre la política de Maurín, esa mezcla de prejuicios pequeñoburgueses, de ignorancia, de “ciencia” provinciana y de cuquería política.

En las elecciones a las cortes, la Federación [Catalana] ha recogido cerca de 10.000 votos. No es mucho. Pero en una época revolucionaria, una organización verdaderamente revolucionaria es capaz de crecer rápidamente. Sin embargo, hay una circunstancia que disminuye mucho el peso de esos 10.000 votos; en las elecciones a las cortes, la Federación Catalana ha obtenido menos votos que en las elecciones municipales de Barcelona, es decir, en el centro revolucionario más importante. Este hecho, mínimo a primera vista, tiene una significación sintomática enorme. Demuestra que, mientras en los rincones más alejados del país se manifiesta una afluencia, aunque aún débil, de obreros hacia la Federación, en Barcelona la confusión de Maurín no atrae, sino que, más bien, rechaza a los obreros. Claro está, la derrota inevitable de Macià puede ayudar a Maurín como fracasado de segundo orden. Pero la impotencia de la dirección actual de la Federación [Catalana] se ha demostrado completamente con las elecciones a las cortes:

---

<sup>19</sup> Por “grupo centrista” en el lenguaje de la época se entendía el Partido Comunista de España oficial. [NDE]

es verdaderamente preciso “talentos” particulares para hacer de manera que no aumente su influencia en Barcelona durante los tres meses de la revolución.

¿Qué representa la Federación [Catalana] en el lenguaje de la política revolucionaria? ¿Es una organización comunista? Y cuál concretamente: ¿de derecha, de centro, o de izquierda? No cabe duda que son obreros revolucionarios, comunistas en potencia, los que votan por la Federación. Pero no tienen todavía ninguna claridad en la cabeza. ¿Y cómo podrían tenerla si estos obreros están dirigidos por confusionistas? En estas condiciones, los obreros más decididos, los más audaces, los más consecuentes deben precipitarse inevitablemente al lado del partido oficial. Este último ha obtenido en Barcelona 170 votos y cerca de 1.000 en toda Cataluña. Pero no hay que creer que son los peores elementos. Por el contrario, la mayor parte de estos elementos podrían estar con nosotros y lo estarán cuando despleguemos nuestra bandera.

Al principio de la revolución de 1917, la mayoría de las organizaciones socialdemócratas rusas tenían un carácter mixto y comprendían en sus filas a los bolcheviques, los mencheviques, los conciliadores, etc. La tendencia a la unificación era tan grande que, en la conferencia del Partido Bolchevique, Stalin, algunos días antes de la llegada de Lenin, se pronunció por la unificación con los mencheviques. Algunas organizaciones de provincias siguieron siendo mixtas hasta la revolución de octubre. Me represento a la Federación Catalana como una especie de organización mixta semejante, organización no delimitada, que comprende futuros bolcheviques y futuros mencheviques. Esto justifica una política que tienda a aportar en las filas de la federación una diferenciación política. El primer paso en este camino es la denuncia de la vulgaridad política del maurinismo. En esta cuestión no puede haber piedad. La comparación de la Federación Catalana con las organizaciones unificadas de Rusia obliga, sin embargo, a restricciones esenciales. Las organizaciones unificadas no excluían a ningún grupo socialdemócrata existente. Todos tenían derecho a luchar por sus opiniones en el interior de la organización unificada. La cuestión es diferente en la Federación Catalana. En ella, el “trotskismo” está incluido en el *Índice*. Todo confusionista tiene derecho a defender su confusión, pero el bolchevique-leninista no puede elevar abiertamente su voz. De esa manera esta organización unificada mixta, ecléctica, se delimita desde el comienzo del ala izquierda. Pero por esto mismo, se convierte en un bloque caótico de tendencias centristas y derechistas. El centrismo puede desarrollarse a izquierda o bien a derecha. El centrismo de la Federación Catalana que se aleja del ala izquierda durante la revolución, está destinado a una destrucción vergonzosa. La tarea de la Oposición de Izquierda consiste en precipitar esta destrucción mediante su crítica implacable.

Pero hay otra circunstancia a la que es preciso prestar una importancia excepcional. La Federación Catalana está oficialmente por la unificación de todas las organizaciones y grupos comunistas. Es cierto que los miembros de la base desean sincera y lealmente esta unidad, aunque a esta consigna la conceden toda clase de ilusiones. Nosotros somos completamente ajenos a estas ilusiones. Luchamos por la unidad porque dentro de un partido unificado, esperamos hacer con éxito un trabajo progresivo de delimitación ideológica sobre la base de las cuestiones y de las tareas impuestas, no desde fuera, sino que se derivan del desarrollo de la revolución española misma. Pero, de todos modos, sostenemos la lucha por la unificación de los comunistas. Las condiciones fundamentales de esta unificación son para nosotros el derecho a la posibilidad de luchar por nuestras consignas, por nuestros puntos de vista en el interior de la organización unificada. Podemos y debemos prometer una lealtad completa en esta lucha, pero esta condición fundamental es destruida desde el comienzo por la propia Federación [Catalana]: luchando bajo la bandera de la unidad, expulsa a los bolchevique-leninistas de sus propias filas. En estas condiciones, apoyar el papel dirigente de la Federación

Catalana en la lucha por la unidad del PC sería la mayor de las inepticias por nuestra parte. En el congreso de unificación, Maurín se dispone a tocar el primer violín. ¿Podemos tolerar en silencio esta hipocresía repugnante? Luchando contra la Oposición de Izquierda, Maurín imita a la burocracia estalinista para ganar sus favores. En realidad, dice a los estalinistas: dadme vuestra bendición y ante todo vuestros subsidios, y os prometo luchar contra los bolchevique-leninistas, no por temor, sino con toda sinceridad. La actividad unificadora de Maurín no es más que una forma de chantaje hacia los estalinistas. Si nos callásemos sobre esto, no seríamos revolucionarios, sino auxiliares pasivos del chantaje político. Debemos denunciar implacablemente el papel de Maurín, es decir su charlatanismo “unificador”, sin por ello debilitar ni un solo momento nuestra lucha por la unificación real de las filas comunistas y sin disminuir nuestra lucha para que las filas comunistas se sitúen bajo nuestra bandera.

El trabajo de la izquierda internacional debe actualmente estar concentrado en 9/10 partes sobre España. Es preciso restringir todos los gastos para tener la posibilidad de sacar un semanario en español y ediciones periódicas en catalán, lanzando al propio tiempo octavillas en cantidad considerable. Es necesario considerar la cuestión de restringir todos los gastos para otros fines sin excepción, con objeto de prestar la mayor ayuda posible a la Oposición Española.

El Secretariado Internacional debe consagrar en mi opinión, las 9/10 partes de sus fuerzas a las cuestiones de la revolución española. Es preciso, simplemente, olvidar que hay en el mundo toda clase de Landau<sup>20</sup>. Es necesario volver la espalda a toda clase de querellas, a todas las intrigas y a los intrigantes, sin consagrarles un solo minuto. La revolución española está en el orden del día. Es preciso sin tardanza traducir los documentos más importantes y someterlos a la crítica necesaria. El próximo número del *Boletín Internacional* debe estar enteramente consagrado a la revolución española. Es preciso también adoptar toda una serie de medidas de organización. Para esto es preciso hombres y medios. Ambos deben encontrarse.

No hay ni puede haber más crimen que la pérdida de tiempo.

---

<sup>20</sup> Kurt Landau, revolucionario marxista austriaco, que fue secretario de la Oposición de Izquierda Internacional y rompió con ésta a consecuencia de sus discrepancias con Trotsky. Al declararse la guerra civil en España, se trasladó a Barcelona y fue un colaborador del POUM. En agosto de 1937 fue asesinado por la GPU, sin que se pudiera encontrar su cadáver, ni saber exactamente las circunstancias del crimen. [NDE]

Edicions internacionals Sedov



- **01. Trotsky inédito en internet y castellano / Obras Escogidas**
  - **02. Obras Escogidas de León Trotsky en español**
  - **03. Obras Escogidas de Rosa Luxemburg en castellano**
    - **04. Obres escollides de Lenin en català**
    - **05. Obres escollides de Rosa Luxemburg en català**
      - **06. León Sedov: escritos**
      - **07. Primera Internacional**
  - **08.a Segunda Internacional (Internacional Socialista): resoluciones y otros materiales**
    - **08.b Internacional de Mujeres Socialistas**
- **09. Tercera Internacional. Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista**
- **10. Cuarta Internacional. Años 30-40: Materiales de la construcción de la IV Internacional**
- **11. La Constitución de la Revolución Rusa y sus complementos jurídicos, 1917-1921 (decretos revolucionarios et alii)**
  - **12. Marx y Engels, algunos materiales**
    - **13. Eleanor Marx**
    - **14. Lenin: dos textos inéditos**
  - **15. La lucha política contra el revisionismo lambertista**
  - **17. Documentos históricos recuperados por el Grupo Germinal**
- **16. Años 30: Materiales de la Oposición Comunista de España, de la Izquierda Comunista Española y de la Sección B-L de España**

Consulta el catálogo de las series de nuestro sello hermano:  
**Alejandría Proletaria**

